


JAZMÍN RIERA

Amor de
verano

 Planeta

Amor de verano

Amor de verano

Jazmín Riera

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Amor de verano

Riera, Jazmín
Amor de verano / Jazmín Riera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2018.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6473-5
1. Narrativa Juvenil Argentina. I. Título.
CDD A863.9283

© 2018, María Jazmín Guggiana

Diseño de cubierta: Carolina Cortabitarte

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2018, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Destino®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: octubre de 2018
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6473-5

Esta novela es ficción, excepto por las partes que no lo son.

Dedicado a mi mamá, Laura, porque es la mujer más valiente y fuerte que conocí en mi vida. Tu cariño y creatividad me ayudan continuamente a volar.
Y dedicado a mi papá, Osvaldo, que con su corazón duro siempre está para ayudarme cuando me estanco.

Soy feliz teniéndolos a mi lado, los amo por siempre.
(Saltéense las partes sensuales, por favor.)

Jeppe se pronuncia «shep». «Suena como un eructo aburrido» es lo que él suele decir cuando las personas se traban al leer su apodo. Cada vez que su nombre salía de mis labios, sentía que estaba diciendo algo en francés o en un idioma elegante; me gustaba escuchar cómo él lo pronunciaba: «Mi nombre es Shep», seguido de una sonrisa dulce, casi como si contara un chiste interno. Su apodo era tan exótico, llamativo y original... como él.

Capítulo 1

Corría 1995 y yo tenía siete años. Mi madre estaba terminado de ordenar las últimas cosas mientras mi padre esperaba detrás del volante del auto mientras yo estaba encerrada con el cinturón de seguridad en la parte trasera. Como era muy inquieta, no querían que me moviera demasiado porque siempre me mareaba en los viajes largos.

—¡Vamos, Lorena, se nos caerá la reserva! —apuró mi padre algo ansioso.

—¿A dónde es que vamos, papá? —pregunté.

Lo escuché suspirar.

—Te lo dije ya varias veces, Adelina —dijo sin quitar los ojos de la puerta de entrada.

Siempre me llamaba por mi nombre entero cuando estaba enojado. —Iremos a Cariló —continuó lentamente—. Marcos, por favor, ponte el cinturón de seguridad —ordenó mi padre al ver a mi hermano mayor a un costado, quien bufó mientras dejaba sus cómics a un costado y acataba la orden.

—Me siento asfixiado con esta cosa —dijo molesto.

—Es mejor que te sientas afixiado y no que salgas volando por la ventana. —Mi padre lo miró levantando una ceja y él simplemente volvió a bufar.

Mi madre salió de la casa para luego cerrar la puerta y correr con un gran bolso de mano.

—Listo, ya está todo. Quería poner la alarma —finalizó con la respiración agitada.

—No llegaremos a tiempo. Tenemos muchas horas de viaje —apuró mi padre mientras ponía en marcha el auto.

Miré por la ventana mientras mantenía a mi amiga Betty, la muñeca, agarrada con mi mano derecha. Era mi mejor amiga.

Una canción de las que le gustaba a papá sonaba en el auto, las casas grandes empezaron a desaparecer para convertirse en una larga calle con mucho pasto alrededor.

—¡Una vaca! —exclamé al ver al animal a lo lejos.

—Veremos muchas vacas, Lina —anunció mi madre con voz dulce.

Pero yo ya me encontraba pegada a la ventana con ojos grandes, viendo cada vaca y caballo que pasaba.

—¿Hay vacas en Bariló? —pregunté luego de un rato.

Mi madre rio mientras que mi padre me miró a través del espejo.

—Cariló —corrigió—. Es un lugar a unas horas, cerca de Pinamar. ¿Recuerdas Pinamar? Fuimos el año pasado... No creo que haya vacas, pero vas a tener mucho lugar para jugar, hay bosques y playas —explicó mi madre—. Y un amigo de tu abuelo está encantado de alquilarnos la casa —finalizó sin más.

—Por un gran precio —carcajeó mi padre—. ¿Puedes creer que ayer en la oficina Mario me dijo que necesitamos nuevamente hablar con un escribano por la nueva casa? —Y ahí es cuando empezaron a hablar de cosas difíciles y mi atención volvió a la ventana.

Observé a Betty, que de repente parecía tener algo pegado en la frente; la toqué, lo que fuera que tuviera pegado estaba húmedo.

—¡Maaaarcos! —grité viendo a mi hermano que se reía a los gritos.

—¡Adelina! —Mi mamá me miró y yo le mostré a la pobre Betty con el chicle pegado en la frente. Ella la agarró mientras sacaba de la cartera un papel para limpiarla—. ¡Marcos! Nada de juegos hasta que lleguemos —dijo mientras estiraba la mano. Al no ver reacción alguna de mi hermano, mi padre intervino.

—Marcos...

Mi hermano dejó el videojuego arriba de la mano de mi madre con un bufido.

—Fue un chiste, mamá —dijo Marcos, molesto.

—Bien, te salió caro —concluyó y volvió a la conversación con mi padre como si nada. Miré hacia mi lado: Marcos me observaba con los ojos en llamas. Abracé a Betty con fuerza al ver cómo mi hermano me hacía una seña de que le cortaría el cuello.

Mis padres siempre me defendían de Marcos, pero a veces pensaba que tal vez no iban a poder a defender a Betty.

—Yo te defenderé —le susurré a la muñeca cuando mi hermano miró por la ventana. No iba a dejar que nadie le hiciera daño.

Observé con lentitud a los enormes árboles; la casa estaba en lo que parecía ser un bosque. Caminé de la mano de Betty, agarré una rama y la golpeé contra un árbol haciendo que se rompiera.

—¡Lina! ¿Ya estás lista para ir a la playa? —preguntó mi madre desde dentro de la casa.

—Sí, mamá —contesté agachada mientras observaba a un caracol trasladarse del pasto a una piedra. Unas voces sonaron desde el bosque, levanté la mirada intentando ver algo más que árboles y arbustos. Eran tres chicos.

—Entonces, con esto golpeas en el momento... —dijo uno de los que tenía el pelo casi blanco y peinado para arriba. Los acompañaba un chico con el pelo rapado y anteojos; el tercero, que ahora parecía hablar, estaba detrás de un árbol.

—Papá dijo que las juntemos para cocinar... —comentó el chico que no podía ver.

—Sí, pero con esto podemos armar una guerra —dijo el rubio, divertido, para luego tirarle una piña del árbol al chico de anteojos.

Me acerqué a ellos con lentitud, parecían de mi edad... o tal vez un poco más grandes.

—¡Hay algunas con pinches! —dijo riendo el que todavía no podía ver.

Los otros dos chicos buscaron con rapidez más piñas en el piso. Los observé desde mi lugar hasta que el de anteojos me descubrió y le hizo señas al rubio. Ambos me observaron. Empecé a dar pasos hacia atrás para estar más cerca de la casa mientras agarraba con fuerza a Betty.

—¡Ey! ¿Qué miras, metiche? —inquirió para luego revolver una piña en mi dirección, que cayó a un costado—. ¡Contra la espía! —gritó el rubio mientras los demás buscaban más piñas en el piso.

Con rapidez comencé a correr hacia la casa mientras los escuchaba reír. Al entrar, cerré la puerta corrediza de vidrio y abracé a Betty; vi a mis enemigos haciendo señas graciosas a lo lejos, o por lo menos a dos de ellos; el que todavía no había visto ahora me daba la espalda y juntaba más piñas un poco más alejado de los demás.

—Lina, qué bueno que estás aquí. Llévale esto a tu padre así ya podemos ir a la playa —dijo mi madre dándome un envase de plástico.

—¡Marcos...! ¡Marcos! —gritó mi madre y salió de la cocina.

Observé por última vez a través de la puerta de vidrio y vi que los chicos ya no parecían estar allí.

Los días eran casi todos iguales: playa, comida y más playa, pero eso hacíamos siempre en los viajes. Mi papá decía que esa era la forma de vacacionar.

Junté arena en mis manos y terminé de armar una gran torre; con lentitud hice formas en esta para que pareciera un castillo. Si hacía un puente tal vez pudiera unir dos torres.

Mi madre yacía acostada bajo el sol y mi padre jugaba con mi hermano a la paleta. La playa no me gustaba, más que nada porque Betty debía quedarse en el bolso de mi madre para que no se ensuciara con la arena. La observé mirarme a lo lejos con su pelo de lana rojo y le sonreí para luego volver a mi construcción de arena.

Después de comer unos sándwiches que mamá había preparado, Marcos se alejó un poco de nuestra tienda para jugar con la pelota; amaba su pelota. Le gustaba decir que de grande sería un futbolista profesional, pero papá siempre le repetía que para jugar en las ligas mayores se necesita jugar todos los días... y Marcos no quería hacerlo. Los videojuegos parecían ocupar el primer lugar.

—¿Estás lista para competir con el rey de la paleta? —le preguntó mi padre a mi madre que se estaba estirando bajo el sol nuevamente; esta río.

—Siempre te gano, Pablo —dijo divertida.

—Demuéstralo entonces. —Achinó los ojos mientras le tendía una de las paletas de madera —. ¿Irás al agua, cariño? —me preguntó mi padre cuando agarré mi tabla de barrenar; tenía pintada una flor de distintos colores en el dorso, mis padres me la habían comprado luego de que mi tabla se hubiera partido en dos por una ola el año pasado.

—Sí —le dije, sin más, arrastrando la tabla.

—Sabes cuál es la única condición... Mantente cerca de la orilla —advirtió a mis espaldas mientras empezaba a jugar a la paleta con mi madre.

Al llegar al mar, una pequeña ola hizo que mis pies tocaran el agua, estaba helada. Observé a lo lejos a la gente que surfaba, según mi papá en algunos años podría empezar a hacerlo. Sin más, me metí dejando que mi cuerpo se congelara en el primer impacto, agarré la tabla que ahora se encontraba amarrada con velcro a mi tobillo y empecé a deslizarme con la fuerza de las olas que me llevaban hasta la orilla. Volví a intentar, pero no me moví tanto pues se trataba de una ola pequeña, con rapidez intenté meterme más profundo para poder tomarla desde el nacimiento, pero la rompiente no me dejaba nadar en contra. Con rapidez, me bajé de la tabla y nadé hasta la rompiente de las olas intentando pasarla; luego de varios intentos por fin lo logré. Observé cómo los surfistas ahora estaban más cerca y las olas parecían un poco más grandes. Los miré deslizarse por el agua con total facilidad y luego dejarse caer.

—¡Lina! —el grito de mi madre me sacó de mis pensamientos, giré para verla—¡Ven más cerca, por favor! —gritó con las manos alrededor de la boca.

—Ya vo... —No pude terminar la frase, de repente sentí cómo me sumergía en el agua. No podía moverme, mi cabeza golpeó con algo duro para luego girar en el agua con rapidez; antes de que pudiera hacer algo, la ola ya me había escupido... más lejos de la orilla. No entendía absolutamente nada, solo que mi tabla ya no estaba a mi lado. Observé una ola gigante lista para romper sobre mí; con rapidez me sumergí en la ola.

—¡Oye! —escuché un grito de repente y vi a alguien nadando hacia mí—. ¡Sumérgete! —gritó

y ambos vimos cómo una ola volvía a pasarnos por arriba. Al salir, estaba a mi lado. Era un niño.

—¡Nos vamos a ahogar! —grité intentando flotar. Nos sumergimos en una nueva ola para luego salir a la superficie.

—Tu tabla —gritó a la vez que me la pasaba—. ¡Súbete y barrena las olas hasta la orilla! —ordenó—. Está por venir el guardavidas, perderás la tabla —dijo ayudándome a subir.

Ambos observamos cómo una ola estaba a punto de romper sobre nosotros; me preparé, lista para dejarme deslizar por el monstruo, pero algo ocurrió. Simplemente la tabla se partió en la mitad por la violencia de la rompiente haciendo que me volviera a hundir.

Ya bajo el agua sentí cómo alguien me sacaba.

—¡No es tu día de suerte! —dijo el chico, divertido, mientras agarraba su propia tabla, que era de surf. ¿Cómo tenía una tabla de surf si era de mi edad?—. Súbete. Allí está el guardavidas. —Escuché el sonido de un silbato y de repente me estaba deslizando junto a la ola.

Me agarré con fuerza de la tabla que parecía de un material mucho más duro que la mía.

—¡Estamos barrenando! —grité y observé a mi lado. El niño no estaba, se había quedado atrás entre las olas. Con rapidez sentí cómo unos brazos me agarraban; el guardavidas me arrastraba fuera del agua.

—¡Lina! ¡Lina! —dijo mi madre agarrándome, mi cuerpo estaba agotado y no podía respirar bien. Observé al mar nuevamente que parecía aún más violento que antes. Mi padre, que estaba completamente mojado, salía del agua con la respiración agitada.

—¡No vuelvas a asustar...! —empezó.

—Hay un niño —le dije al guardavidas mientras señalaba al agua. La mayoría de las miradas de la playa estaban sobre nosotros—. Hay un niño en el agua —dije rápidamente. El hombre bronceado corrió nuevamente al agua pero vimos cómo una cabecita salía entre las olas sin problema; el chico llegó a la orilla en tan solo unos segundos. Llevaba un traje negro que le cubría todo el cuerpo.

—¡Shep! —gritó un hombre con el cabello afeitado—. ¡Sal de ahí! El agua está picada —dijo acercándose a él. El niño me miró.

—Lina, qué susto —dijo mi madre abrazándome—. Mira... te has golpeado la cabeza —dijo mientras inspeccionaba en el nacimiento de mi cabello, arriba de mi frente.

—Él me ayudó —señalé al niño.

—¡Gracias! —exclamó mi madre sonriéndole al niño.

—Shep es un héroe bajo el agua —dijo el que parecía ser su padre, completamente orgulloso.

—Siempre le decimos a Lina que se mantenga cerca de la orilla... pero no nos hace caso —sostuvo mi padre riendo—. Pablo —dijo presentándose al hombre.

—Camilo —anunció el hombre—. Y por allí está mi esposa, observando todo —dijo divertido.

—¿Estás bien, nadadora? —El niño se acercó a mí dejando de lado la conversación de los grandes. Mi respiración ya se estaba calmando, aun así el golpe en mi cabeza dolía.

—Sí —contesté observando la tabla de surf que yacía en la arena mojada, tenía unas llamas dibujadas en blanco y negro junto a una cruz negra ladeada. Era un poco más pequeña de la que ya había visto—. ¿Es tuya? —pregunté y me agaché para verla. Asintió y recordé que la mía se había roto en mil pedazos. Observé a mis padres hablar, completamente ajenos a la destrucción de mi tabla.

—Las tablas de barrenar se rompen fácil —dijo sonriendo—. Si quieres te puedo prestar la mía para que aprendas a surfear.

—Mi papá dice que tengo que esperar a ser grande para surfear —dijo mirándolo. El niño estaba bronceado, tenía el cabello castaño claro y sus ojos marrones no me dejaban de observar. Dejó ver una sonrisa ancha con *brackets* y de repente quise tenerlos yo también. Siempre lo había querido; varias amigas del colegio los tenían pero mi mamá insistía en que mis dientes estaban bien.

—Mi papá dice que no hay que esperar para ser grande a nada —dijo él, divertido—. Me llamo Shep —prosiguió y, sin darme cuenta, estábamos sentados en la arena con la tabla en el medio.

—¿Shep? —pregunté. Era un nombre raro, él volvió a sonreír.

—Es como un eructo aburrido —dijo.

—Lina —me presenté.

—¿Ese castillo lo hiciste tú? —preguntó señalando el castillo ahora olvidado a unos pasos, asentí.

—Es enorme —sonrió, divertido, y observé los agujeritos que se formaban a sus lados cuando sonreía. A mi amiga Lila también se le armaban los mismos.

—Shep, ¿vienes? Vamos a comenzar el torneo —dijo un niño mientras se acercaba. De repente, lo reconocí como el de anteojos. Él me miró pero no pareció darse cuenta de que era la espía que habían atacado hacía solo unas horas. A lo lejos estaban algunos niños con una pelota y el rubio que me había tirado la piña.

—Ya voy —dijo. Me paré junto a él y vi cómo nuestros padres seguían hablando—. ¿Quieres venir? Haremos un torneo de trucos. Nos ponemos en ronda, nos pasamos la pelota y si a alguno se le cae, pierde —explicó. Negué con la cabeza.

—No... iré a terminar mi castillo —dije observando por unos segundos cómo jugaban. Me daba vergüenza, no quería hablar con los chicos que creían que era una espía.

—Está bien —dijo agarrando su tabla con agilidad—. Si quieres venir a jugar, solo acércate. —Me sonrió por última vez para luego darse vuelta y dirigirse a la ronda sin olvidarse de dejar la tabla donde estaba su familia.

Y ese fue el momento en que todo comenzó: Shep, con tan solo diez años, no era un chico común y corriente, y yo lo sabía.

—¿Ya estás, Lina? —preguntó mi padre tocando la puerta de la habitación.

—Sí —dije abriéndola. Mi padre me miró frunciendo el ceño mientras se arreglaba la corbata.

—¿Qué haces con el pijama? —preguntó.

—No iré a esa casa, esos dos chicos me llamaron espía —dije molesta—, y me tiraron una piña de un árbol. —Me crucé de brazos. Marcos ahora estaba también parado afuera y reía.

—Tan fuerte no fue, sino no estarías aquí lloriqueando —dijo ofuscado.

—Marcos, ve a terminar de vestirte, por favor. Se hace tarde —le dijo y mi hermano se fue con las manos en alto como si no hubiese hecho nada.

—La familia Soriano es muy amable en invitarnos, Lina. Vístete bien —comentó—. No me hagas llamar a tu madre. —Me vio hacer una mueca. Sabía que mi madre se pondría a gritar si veía que todavía no estaba vestida.

—¡No sabemos nada de ellos! ¡Pueden ser secuestradores! —exclamé.

—Su hijo te ayudó a salir del agua. Además parecen una familia agradable —aseveró—. Se

hospedan a tan solo pasos de aquí, si te aburres, podemos volver temprano. ¿Te parece? —dijo dándome un pequeño toque en el mentón— Vístete. No lo volveré a repetir —concluyó, sin más, y me dejó allí parada. Bufé molesta mientras miraba a Betty, ella también estaba enojada.

A la media hora ya estábamos caminando a la casa de la gente que me parecía ahora una amenaza. Por lo menos Shep estaría allí.

—No entiendo por qué te vestiste toda de negro, empacamos ropa tan bonita... —dijo mi madre mirándome.

—Porque estoy yendo a una casa de brujas —dije molesta, agarrando con fuerza a Betty. Mis padres me habían dicho que no querían que la llevara, pero si ella no iba, yo tampoco.

—Tiene mucha imaginación... eso lo sacó a ti —dijo mi madre, divertida.

—Aquí —dijo mi padre y frenó en una casa blanca con una piscina adelante. Era la primera vez que veía una así. La casa era grande e iluminada y, al igual que la nuestra, estaba escondida en un gran bosque. La mujer que reconocí de la playa abrió la puerta con una gran sonrisa; parecía amable.

—Tú eres la pequeña Lina, ¿no? —dijo sonriendo cuando llegó mi momento de saludarla. Asentí tímidamente—. Vi todo lo que pasó ayer en el agua, qué suerte que Shep pudo ayudarte. Fuiste muy valiente... —dijo sonriendo. Yo no había hecho nada—. Yo odio el mar, me da mucho miedo—. ¿Existía gente que odiaba el mar? ¿Por qué? ¿Qué podía hacerte el mar?

Al entrar, la casa se veía tal como las que le gustaba ver a mi madre en las revistas: blanca, con grandes ventanales y un sillón color madera frente a una gran chimenea. A los pocos segundos, el padre de Shep, Camilo, apareció y comenzó una conversación aburrida con mis papás. Por el momento, no había pistas de los espías ni de Shep...

—Les presento a la familia Moscú, son grandes amigos que veranean con nosotros —dijo Camilo, mis padres los saludaron y comenzaron a hablar.

—Los chicos están jugando arriba a los videojuegos —indicó Patricia mirándonos a Marcos y a mí—. Si quieren suban y les avisamos cuando esté lista la comida —insistió con una sonrisa. Mi hermano no lo pensó dos veces, pero yo prefería quedarme con mis padres y Betty.

—Cariño, ve a jugar con los niños —me dijo mi padre acariciando mi espalda.

—No quiero —le dije en un susurro.

—Está tu hermano, ve a hacer amigos. —Me dio aliento con una sonrisa. Refunfuñé mientras caminaba hacia las escaleras. Agarré a Betty con fuerza cuando me acerqué a la puerta abierta.

Los tres chicos estaban sentados junto a Marcos y un chico con el pelo tirando a rubio con tintes rojizos frente a un televisor jugando a un juego de peleas. Otra chica estaba coloreando un libro sentada arriba de la cama.

—¡Toma esto! —gritó Marcos con una sonrisa mientras intentaba terminar con el personaje que parecía ser de Shep.

—Necesitas más que eso. ¡Perdedooooor! —dijo divertido—. De repente una mirada me descubrió. El rubio que me había dicho que era una espía y que no se encontraba jugando me miró.

—¡La espía! —dijo parándose en el sillón. Abrí los ojos como platos y agarré aún más fuerte a Betty. Shep pausó el juego y de repente los seis chicos me observaron. Marcos bufó.

—No es una espía, es mi hermana —dijo como si nada mientras volvía a jugar.

—Hola, Lina —me dijo Shep.

—Hola —me saludó el chico de cabello afeitado para luego volver la vista al televisor, donde había recommenzado el juego; el único que no me había quitado los ojos de encima era el rubio. El chico de un rubio rojizo me observó desde su lugar, cuando lo miré simplemente corrió

la mirada nuevamente al televisor; la chica por su lado movió la mano en un saludo para luego seguir pintando. Di un paso hacia dentro de la habitación pero el rubio de un salto llegó a mi lado.

—No se permiten niñas —susurró mirándome fijamente. Los otros chicos ni se inmutaron frente a nuestra conversación.

Su cabello estaba peinado hacia arriba, tenía los ojos claros y la piel pálida.

—Mis papás me dijeron que viniera y además ella es una niña —le indiqué mirándolo fijamente sin soltar a Betty.

—Sí, pero tú no eres nuestra amiga —insistió.

Los otros cuatro chicos reían a los gritos mientras dejaban de jugar.

—Te dije que era bueno —declaró Marcos.

—Oye, Lina. ¿Quieres jugar? —preguntó Shep dándose vuelta en el sillón y mostrándome el comando—. Ven aquí a sentarte. Axel, no la asustes —dijo, divertido, mientras le tiraba un almohadón. Observé por última vez al rubio para luego caminar hacia el sillón y sentarme con lentitud—. ¿Sabes jugar? —preguntó Shep con una pequeña sonrisa.

—No, no sabe jugar —contestó Marcos.

—¿Quieres intentarlo? —insistió Shep. Negué con la cabeza.

—¡Mi turno entonces! —exigió el chico afeitado mientras agarraba el comando con una sonrisa.

—¿Te duele? —preguntó Shep por el golpe que tenía en la frente. Negué con la cabeza sonriendo.

—Dejen de hablar. Intento concentrarme —dijo Marcos, que seguía jugando, con la punta de la lengua hacia afuera; siempre hacía eso para concentrarse.

—Ven, te mostraré mi habitación —dijo Shep a la vez que se paraba. Lo seguí con Betty aferrada a mi mano—. Siempre venimos a la misma casa y mis papás nos dejan traer nuestros juguetes —aclaró para luego entrar a una habitación que era un poco más pequeña que la anterior.

Tenía una cama en el medio con un cobertor de color azul y una ventana que daba al bosque.

—¿Qué es esto? —pregunté al ver lo que parecía ser un juguete para armar.

—Una batería electrónica —dijo mirándola con fascinación—. Es nueva, me la regalaron para mi cumpleaños —dijo divertido—. ¿Nunca viste una? —preguntó saltando a la pequeña silla y agarró dos palos negros; comenzó a golpear con rapidez, pero ningún sonido salía—. Ouch —dijo, para luego apretar un botón y que el sonido comenzara a salir. Shep siguió golpeando completamente concentrado, pero era un desastre—. Estoy aprendiendo —dijo luego de un rato. Observé a lo lejos la tabla de surf que ya había visto antes y me senté con tranquilidad en la cama. Este lugar me hacía sentir más tranquila—. ¿Y ella quién es? —preguntó sentado desde la silla mientras miraba a la muñeca.

—Betty —dije mostrándosela, él se paró, caminó hacia mí y tomó a Betty. Normalmente no dejaba que nadie la tocara, pero sabía que Shep no le haría nada.

—Hola, Betty, soy Shep —dijo mirándola con una pequeña sonrisa.

—Es mi mejor amiga —dije sonriendo.

—¿Sabes? Yo tenía una figura de acción gigante del Capitán América—recordó emocionado—. ¡Llegaba hasta aquí! —Señaló un poco más arriba de su cabeza—. Después Axel lo decapitó y mi papá lo dejó en el sótano —dijo mientras jugaba con una pelota de Superman por el lugar—. A mi mamá le asustaba verlo —rio.

—¿Por qué hizo eso? —pregunté mientras agarraba a Betty. No podía imaginarme que alguien le podría sacar la cabeza. Shep rio mientras continuaba jugando con la pelota.

—Porque no le gustaba, decía que era un perdedor... —Pateó hacia la pared—. ¡Gol del gran Sheperson! —dijo, divertido, con los brazos en alto.

—¿Axel es tu hermano? —pregunté.

—¿Quéééé? Estás loca... —comentó con la pelota en la mano ahora mirándome— Es mi primo, siempre pasa el verano con nosotros y Peter es mi amigo, este año sus papás lo dejaron pasarlo con nosotros —dijo volviendo a jugar con la pelota.

Me alegré de que el rubio no fuera hermano de Shep... Aunque era su primo.

—Tu nombre es raro —dije. Me paré y dejé a Betty sobre la cama; caminé y miré la batería electrónica, parecía de juguete.

—Todos dicen lo mismo, después se acostumbran —dijo mientras seguía entretenido con la pelota de un lado para otro—. ¿Te cuento un secreto? —preguntó divertido mirándome desde la otra punta.

—Sí —contesté.

—Solo si prometes no decírselo a nadie —dijo, divertido, mientras se acercaba.

—Lo prometo —respondí mientras lo miraba. Levantó su dedo meñique y lo miré confundida—. Engánchalo con tu dedo así sabremos que es una promesa oficial. —Reí a la vez que hacía lo que me decía. Enganchamos nuestros dedos y cerramos el pacto.

—En realidad, no me llamo Shep. Tengo otro nombre... pero no puedo decírtelo —declaró mientras los agujeritos de sus cachetes aparecieran al sonreír.

—¡Oigan, a comer! —Marcos apareció por la puerta—. ¡Nooooo! ¡Una batería electrónica!

Ese día quedó grabado a fuego en mi memoria; durante años intenté descubrir el verdadero nombre de Shep, pero era casi imposible, él siempre inventaba uno distinto o una excusa nueva. Incluso llegué a pensar que me había mentado, pero él nunca mentía.

Capítulo 2

—Mira esto —me dijo Terra mientras caminaba hacia mí y me mostraba una roca con forma de corazón.

Su vestido blanco estaba completamente sucio pero igual así se veía como una princesa de cuento. Por otro lado, León se encontraba callado observando algo en el pasto con tranquilidad. Eran opuestos en todo y aun así eran mellizos; Terra era extrovertida y tenía el cabello largo castaño claro mezclado con rojizo, mientras su hermano era callado y observador, y su pelo era rubio con tintes rojizos. Ambos me caían muy bien.

Empezaba a caer la noche y nuestros padres se encargaban de preparar la cena mientras nosotros jugábamos; esta vez había tocado en el gran bosque. Camilo nos había pedido que buscáramos piñas para cocinar a las brasas; Marcos se había quedado con Shep a jugar videojuegos.

—Wow, es linda —dije agarrándola y observándola.

—¿Crees en los duendes? —preguntó de pronto Terra mirándome con ojos grandes. Negué con la cabeza—. Dicen que viven arriba de los árboles, tal vez se le cayó a alguno —dijo y agarró nuevamente la piedra para volver a observarla.

—Tal vez es el corazón de uno de los duendes que se endureció —dijo León acercándose a nosotras. Me reí, ojalá tuviera su imaginación.

—Algo no me suena bien, se fueron hace un tiempo —dije mirando hacia el fondo del bosque—. Tal vez deberíamos ir a ver que todo está bien —comenté.

Los tres comenzamos a caminar con tranquilidad; Leo, como le decía su familia, seguía jugando con la rama y golpeando con delicadeza los árboles mientras que Terra seguía buscando pistas de duendes.

—Allí están —susurró alguien.

—Esperen —dije al detenerme. Ellos me imitaron.

—¿Duendes? —preguntó Terra.

—No, algo peor —dije, pero fue tarde. De repente, Axel y Peter salieron de atrás de unos árboles y comenzaron a tirarnos piñas. Terra gritó y León logró esconderse detrás de un pequeño árbol. Por mi parte, intenté cubrirme, pero parecía como si alguien estuviese tirando en mi dirección con saña—. ¡Ya paren! —grité agarrando como pude una de las piñas y tirándola a donde ellos estaban. Podía escuchar la risa de Axel.

—¡No queremos espías! —dijo divertido. Me agaché en el momento en que se quedaron sin municiones y me puse a buscar piñas; los mellizos corrieron hacia la casa con Peter pisándoles los talones y tirándoles las piñas que les quedaban.

Yo no iba a correr de Axel. No le tenía miedo. Ya tenía once años.

Intenté esquivar sus tiros mientras que uno de los míos golpeaba su cabeza.

—¡No soy una espía! —grité cubriéndome detrás de un árbol y le tiré una piña. Él me respondió tirándome otra. Nunca había entendido eso de «espía», tan solo era una excusa de Axel para golpearme.

—Sí lo eres —gritó mientras me corrí. La adrenalina avanzó por mi cuerpo y comencé a correr más fuerte dejando pasar los árboles a mis costados. No sabía hacia dónde estaba yendo, solo sabía que Axel me estaba persiguiendo y que era capaz de cualquier cosa—. Deja de molestarme —le dije al detenerme detrás de una gran roca.

—No hasta que te vayas —dijo con una piña en la mano.

—Axel, basta, quiero volver a la casa —le dije mirándolo fijo. Ahora sí tenía miedo, no entendía por qué me odiaba tanto.

Levantó la mano y cerré mis ojos dispuesta a recibir el tiro. Pero para mi sorpresa, escuché un ruido y un quejido de Axel. Al abrir los ojos nuevamente, Shep estaba a unos metros de nosotros con varias piñas apiladas en su brazo; comenzó a tirárselas a Axel, quien le tiró una y volvió a agarrar más del suelo. Ambos se tiraban con fuerza.

—Déjala en paz —dijo Shep acercándose a él; un tiro de Axel dio con fuerza en la frente del castaño—. Auch —dijo este llevando una mano a su ojo. Sin más me apuré a agarrar piñas y comencé a tirárselas con fuerza a Axel. Ahora éramos dos contra uno.

—Perdedores —dijo para luego salir corriendo nuevamente hacia la casa. Observé a Shep que se tocaba la ceja con la cabeza gacha.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando estuve cerca de él.

—Siempre tira fuerte —susurró y dejó caer su brazo, tenía una lastimadura ahora arriba de la ceja.

—Estás lastimado —dije.

—Está bien, todavía hay que agarrar algunas piñas para llevarle a papá —dijo mientras comenzaba a tomar algunas; lo ayudé y fuimos caminando con tranquilidad a la casa; me había ayudado nuevamente. ¿Cómo hacía para siempre aparecer en el momento exacto en el que lo necesitaba?

No volvimos a hablar de la escena, en el camino de regreso quedamos en que diríamos que una piña se había caído de un árbol sobre el rostro de Shep; él realmente quería a Axel, eso lo sabía, pero no entendía cómo era que siempre lo cubría pasara lo que pasara.

Observé la playa con lentitud mientras juntaba caracoles, mi mirada se dirigió a una pequeña figura que caía al agua mientras intentaba surfear; Shep estaba junto a Camilo, que lo ayudaba a mejorar su técnica. Ojalá mi papá hiciera eso por mí...

—¿Qué haces? —preguntó Terra, que había aparecido con una malla enteriza rosa y una corona en la cabeza.

—Junto caracoles —contesté.

—¿Para qué? —preguntó frunciendo el ceño.

—Para decorar la arena... —respondí con lentitud mientras seguía poniendo caracoles en mi mano. Ella se agachó para ayudarme. Observé nuevamente el mar; allí seguía esa pequeña figura que caía cada vez que quería subirse a una ola.

—¿Crees que le dolerá? —preguntó Terra mirando lo mismo que yo.

—Creo que nada le duele. Su papá lo llama «el héroe del agua» —comenté mientras miraba los caracoles. Terra rio.

—Si le doliera, supongo que dejaría de hacerlo, ¿no? —dijo mi amiga y asentí. Terra me caía bien, era simpática y su ropa era linda—. ¡Oye! Mira este —dijo riendo mientras me mostraba uno con forma de corazón—. ¡DUENDES! —gritó de pronto dando un salto.

—Cómo van a ser duendes... —susurré.

—¡Sí! Nos están mandando un mensaje —comentó mientras observaba el caracol con una amplia sonrisa. Reí y vi cómo buscaba más caracoles con forma de corazón—. ¡El primero que encuentra otro corazón se gana un duende! —gritó Terra cuando León y Axel se acercaron a nosotras.

León comenzó a buscar siguiéndole la corriente a Terra mientras que Axel simplemente rio.

—¿Acaso estás loca? Los duendes no existen —dijo el rubio mirando con ojos fijos.

—¡Claro que existen! —dijo Terra mientras seguía buscando.

—No, no existen. Están en tu imaginación... —siguió Axel con maldad.

—Ya basta —exclamó León desde su lugar.

—¿Qué? Alguien tiene que decirle que está completamente... cucú —dijo poniendo una mano en su sien.

Shep caminaba hacia nosotros con el traje de neoprene y la tabla; estaba empapado.

—Solo porque tú no creas en ellos... No significa que no existan. Yo los veo... —dijo Terra mirándolo de mala gana; de repente sentí que mi amiga quería llorar.

—¡NO EXISTEN! —gritó Axel—. ¿Eres tonta o qué? —preguntó.

—Dije que ya basta —exhortó León mientras se paraba. Era la primera vez que veía cómo se enfrentaba a Axel. Shep había llegado a nosotros y nos veía algo confundido.

—¿Por qué? No es mi culpa que tu hermana esté loca... —dijo Axel divertido.

—¡Oye! ¿¡Acaso no escuchaste!?! —dije mirándolo con dureza—. ¡Que te calles, pelo de cepillo! —gruñí molesta. Todos se sorprendieron para luego romper en risas por cómo lo había llamado; Shep no salía del asombro.

—Ya verás... —dijo Axel dándose media vuelta y yéndose. León y Terra seguían riendo, mi amiga se acercó y me abrazó efusivamente; era la primera vez que alguien festejaba mi carácter, normalmente era algo malo, según mis padres.

—Gracias —me dijo.

—«Pelo de cepillo» —rieron los mellizos por un largo rato, Shep seguía algo sorprendido.

—Has cavado tu propia tumba... —sentenció.

—La estaba lastimando... —comenté mientras seguía buscando caracoles y sabiendo que Terra no nos escuchaba. Shep, sin preguntar, comenzó a juntar caracoles también.

—Te perseguiré para toda la vida... ya lo hace conmigo —comentó divertido.

—No le tengo miedo —contesté mirándolo a los ojos. Él sonrió mostrándome los *brackets*.

—Yo no dejaré que te haga nada —dijo y me sentí de repente muy segura. Sonreí y luego los cuatro seguimos juntando caracoles sin más.

Nuestras familias se habían unido casi como parientes desde aquel primer verano y nos veíamos alrededor de una vez por mes durante todo el año. Mis padres habían encontrado en los Soriano y los Moscú una gran amistad, y así comenzamos a ir todos juntos al mismo lugar de veraneo para compartir noches de cenas y días de playa; mis padres estaban contentos porque nosotros nos llevábamos bien con los otros chicos, o por lo menos Marcos sí lo hacía. Por mi lado, aprendí a llevarlo, pasaba la mayor parte del tiempo con los mellizos Terra y León, pero mi preferido siempre era Shep; él siempre hacía la diferencia con su dulzura y forma de sociabilizar con cualquiera. Hacía sentir cómoda a la gente.

Aunque aprendí a valorarlo muy tarde.

Los dos últimos años él no había venido a veranear con nosotros; sí lo había hecho Axel, que se había convertido en algo así como mi peor pesadilla...

Capítulo 3

—¡Mamá! ¿Por qué no puedo llevar una amiga!? —le dije molesta—. Hay suficiente lugar en la casa —contesté de mal humor.

—Lina, ya te lo dije mil veces: porque tu hermano llevará a Francisco —dijo observándome mientras terminaba de guardar las últimas cosas.

—¿Y por qué puede llevar él a Francisco y yo a nadie? —pregunté cruzándome de brazos.

—Porque él es más grande, el año que viene llevas a alguien tú —contestó mientras cerraba el bolso.

—Mamá, me lo paso sola —dije molesta. Ya tenía dieciséis años—. Prefiero quedarme acá y hacer los talleres de verano de baile.

—Claro que no estás sola. Están Axel, Terra y León, y seguro esta vez irá Shep con un amigo... —dijo sin mirarme mientras terminaba de hacer sus cosas.

—Shep no va desde hace dos años y... y... —bufé. Amaba pasar tiempo con los mellizos, pero igual quería llevar a Leila conmigo.

—¡Y tienes a tu hermano! —contestó ella mirándome.

—¡Marcos ni me mira, mamá! —le dije y ella me observó con una ceja levantada por haber gritado.

—Adelina, no levantes el tono. Además tú siempre te la pasas con la tabla en la playa. Seguro que conocerás a alguien. Comportate como una chica de dieciséis años, no de diez —dijo finalizando la conversación. Mi padre entró para agarrar el bolso de mi madre y llevarlo al auto.

—¡Papá! ¿Puedes hacer entrar en razón a mamá? No me deja llevar una amiga, pero el estúpido de Marcos puede llevar a su amigo —dije molesta.

—No le digas estúpido a tu hermano, Lina. Tu madre ya ha dicho que este año no, el próximo será —dijo mientras bajaba las escaleras sin prestarme casi atención. Escuché la risa molesta de mi hermano que ahora me observaba desde la puerta de su habitación.

—Imbécil —susurré y cerré la puerta de mi cuarto de un portazo. Nadie me entendía, este verano iba a ser una completa mierda.

Mar del Plata era prácticamente igual que Buenos Aires; cuando decidieron cambiar el destino pensé que iríamos al exterior, como habíamos hecho en el año 2000. Pero al parecer mis padres no querían separarse de los Sorianos y los Moscú, y cuando Marcos se enteró de que prácticamente todos sus amigos irían allí, aceptó sin más. Yo, por mi lado, prefería quedarme, pero al verlo imposible me entusiasmé con el simple hecho de que había playas con grandes olas y eso me ayudaría a mejorar mi técnica.

—¿Ves, Lina? Estamos en las afueras —indicó mi padre mientras bajábamos del auto. Está bien, estábamos en una zona linda, con mucho verde, fuera del caos de la ciudad que volvía loca mi cabeza—. Además, me dijeron que estamos cerca de las playas donde van todos los *surfers*... —dijo guiñándome un ojo mientras entrábamos en la nueva casa.

Mis papás siempre seguían un estilo: les gustaba la madera, las casas que parecían casi cabañas y yo estaba de acuerdo con eso. Pero esta casa sin dudas era la mejor. Amplia, con grandes espacios, iluminada, madera, ladrillo y una chimenea de puta madre. Afuera había una piscina que rápidamente fui a ver, de ella salía humo.

—Climatizada, ¿eh? —dijo mi padre sonriente. Di un aplauso divertida. Luego de acomodar nuestros bolsos y terminar de investigar la casa, cada uno se sentó a relajarse.

—Podríamos ver quiénes están en el teatro... —dijo mi madre, divertida, mientras leía un diario de espectáculos que había encontrado sobre la mesa; Mar del Plata siempre tiene una gran variedad de teatro nacional.

—Paso. —La voz de Marcos rebotó por el lugar mientras seguía escribiendo algo en el celular.

—Yo también, prefiero irme a dormir así me levanto temprano para ir a surfear —comenté.

Recién oscurecía, pero si aprovechaba a dormir lo suficiente a las siete de la mañana ya estaría lista para agarrar las mejores olas. Las playas a esa hora están vacías y el mar, ideal.

—Oh, no, no, no. Mañana pasaremos el día como familia —dijo mi madre mirándonos—. Fran viene dentro de dos días así que tú te quedarás con nosotros hasta ese entonces —dijo señalando a mi hermano—, y tú, la misma regla, pero respecto a irte a primera hora de la mañana —dijo mirándome—. Luego desapareces por todo el día... tengamos dos días familiares o por lo menos mañana.

—¿Familiares? ¿Dices con las demás familias? —dije bufando.

—Nos juntaremos con los demás en unos días también, Lina —dijo mi padre, relajado, desde uno de los sillones—. Me parece una buena idea la de su madre, hacer cosas como familia... nosotros cuatro... será divertido.

Sí... muy divertido. La noche terminó en una cena en un restaurante, el gran problema fue que a la noche la temperatura bajó notablemente y, aunque hiciéramos como si nada pasara, el frío se hizo insoportable y nosotros estábamos vestidos con ropa de verano. Así que preferimos volver a la casa y así levantarnos temprano al día siguiente para ir a la playa.

—¡Vamos, Lina, agarra alguna! —gritó mi padre, divertido; uno de sus entretenimientos favoritos era jugar con la pelota en la playa, solo que le gustaba tirármela para que no pudiera alcanzarla.

—Papá, si la sigues tirando tan lejos, no puedo —dije corriendo por la arena.

Correr en la arena era el maldito infierno; la tiré nuevamente hacia él sintiendo mi cuerpo agotado. Si bien consideraba que tenía bastante resistencia física (clases de baile, correr y el surf me mantenían en forma), mi padre tenía mucha energía. Marcos, por su lado, escuchaba música mientras se refugiaba debajo de la sombrilla y mi madre tomaba sol. La pelota volvió a volar a lo lejos y bufé mirándolo, mi padre simplemente se rio.

—¡No, no iré! —le dije señalándolo—. Olvídalo, ve tú —refunfuñé sin moverme del lugar; el sol se hacía sentir.

—Lina, la caprichosa. —Una voz hizo que miráramos de dónde provenía. Cabello ahora afeitado, ojos claros y una sonrisa casi diabólica. Axel se encontraba ahora mirándonos con una sonrisa que yo sabía era fingida. Atrás observé cómo los Soriano venían hacia nuestro lado. Mierda... No tenía nada contra Camilo y Patricia, al contrario, eran realmente graciosos y cariñosos, pero Axel era una molestia.

Mi madre y mi padre los saludaron cuando se acercaron; Marcos salió de su escondite para

recibir a Axel, se habían hecho buenos amigos y no era raro ya que ambos tenían la misma edad. Algo dentro de mí se removió al ver que Shep no estaba. Hacía dos años que no lo veía y al parecer eso seguiría igual; la familia Moscú tampoco había llegado. Me senté mirando al mar, debía intentar relajarme.

—Lina, ¿estás lista para pasar otro verano juntos? —preguntó Axel riendo mientras me miraba.

Axel había crecido notablemente, dejando el niño revoltoso atrás. Ahora tenía diecinueve años y, por lo que había escuchado, era fanático del rugby, cosa que podía comprobarse con su aspecto corpulento y la ausencia de miedo a golpearse con cualquier cosa a su alrededor. Era un perfecto idiota, torpe y engreído, y no tenía miedo de mostrarse así frente a mí. Nunca lo había tenido.

—Todo lo que esperaba de este verano era pasarlo contigo, Axel —comenté sin mirarlo; él carcajeó con acidez.

—Tú y yo nos podríamos entender bien si no fueras tan testadura —dijo observándome y quise golpearle la cara.

Me paré y salí de mi escondite para verlo; él sonrió, odiaba su sonrisa. Parecía realmente diabólica, aun así entendía que a algunas chicas podía parecerle atractivo.

—Pasaré un verano tranquilo, sin tus chistes de mierda, ¿entiendes? —le dije en un susurro para que solo él pudiera escucharme. Él me miró fijo.

—¿Me estás amenazando? —preguntó con seriedad.

—Te estoy advirtiendo —susurré—. ¡Me iré a caminar! —le grité a mis padres y agarré mi pareo.

Observé por última vez a Axel y me alejé atando la tela a mi cintura; se veía como una falda de colores. Sabía que Axel era un buen chico a pesar de todo, pero había que ponerlo en su lugar de vez en cuando. El «buen chico» estaba muy en el fondo...

Dejé que el sol me abrazara, amaba la playa a la mañana. No había nadie y para mi sorpresa ni siquiera surfistas, iba a ser un gran día. Estaba acostada sobre el pareo con la tabla como almohada. Había estado surfeando por una hora entera, iba a descansar un poco y después seguir. Llevé el brazo por arriba del rostro para taparme los ojos y sentir cómo la piel picaba levemente por el sol. Agradecí haberme puesto protector solar antes de salir de la casa.

—Mira lo perezosa que te has vuelto —dijo una voz masculina.

Moví mi brazo y abrí mis ojos, el sol me impedía ver con claridad; él pareció notarlo ya que caminó para taparlo. Y allí estaba. Shep, de dieciocho años, agarraba su tabla con tranquilidad.

—Shep —dije sentándome casi como si viera un fantasma.

La última vez que lo había visto seguía con su cuerpo delgado y no era tan alto. Él... él ahora era diferente. Diferente en el buen sentido.

—No me ves por un par de años y ya no me reconoces, niña —dijo regalándome una sonrisa ancha, de esas con las que se le marcan los hoyuelos. Madre santa, esa sonrisa—. Ven a darme un abrazo —dijo dejando la tabla en la arena y abriendo sus ahora fuertes brazos que se dejaban ver por la musculosa. Me paré todavía pasmada y lo abracé; él me envolvió con cariño y me levantó prácticamente sin esfuerzo. Yo sentí que todo daba vueltas.

—¿Qué haces aquí? —logré preguntar cuando ya me encontraba de pie nuevamente en la arena.

Él sonrió de lado y pasó los dedos por su cabello castaño tirándolo hacia atrás, lo tenía más corto que antes. Observó el mar maravillado.

—¿Qué crees, nadadora? —preguntó mirándome con diversión—. ¿Estás dispuesta a surfear unas olas con tu instructor o piensas seguir durmiendo? —preguntó.

Shep era el que me había enseñado a surfear, por lo menos lo básico. Camilo, su padre, que tenía una marca de implementos de surf, me había regalado la primera tabla.

—No estaba durmiendo, patán. Estaba descansado; tú llegas tarde, en cambio yo estoy aquí desde las siete —dije sonriendo. Él revoleó los ojos mientras llevaba su brazo por arriba de la cabeza y se quitaba la camiseta de un tirón.

Mis ojos lo observaron: cuerpo trabajado, musculoso y bronceado. Shep siempre había sido atlético: si no estaba surfear, se dedicaba a nadar, mucho. Era un animal de agua y con una gran facilidad en los deportes. Pero nunca lo había visto tan musculoso como hasta ahora. Tal vez porque ahora se estaba pareciendo cada vez más a un hombre...

—Está fría —dije mientras veía cómo agarraba la tabla.

Yo vestía una camiseta de neoprene, pues soy muy friolenta.

—Creo que lo resistiré. Vamos, nadadora, que ya quiero ver cómo te caes —dijo, divertido, mientras caminaba hacia el agua con el *leash* conectado a su tobillo derecho.

Observé su espalda triangular desaparecer cuando se tiró de cabeza al fondo del mar. Sin más agarré mi tabla y corrí hacia él. ¿Por qué de repente me sentía en una película para adolescentes con un protagonista atractivo? Ya saben... de esas de Disney; esperaba no ponerme a bailar una coreografía.

—¡Agarra esa! Es buena —dijo sentado sobre su tabla con el cabello mojado.

Habíamos estado horas en el agua, la playa ya se había comenzado a poblar; la ola llegó hacia mí y moví los brazos para poder agarrarla con la tabla; al sentir que ya estaba arriba de ella, me paré dando un pequeño salto y comencé a deslizarme mientras esta iba avanzando. Me dejé llevar antes de que la ola se cerrara.

—Me dejaste pasmado —dijo aplaudiendo cuando me acerqué nadando arriba de la tabla—. Has mejorado como una bestia —dijo con una sonrisa—. Claramente, tu instructor es el mejor —dijo sentado a horcajadas de la tabla. Lo imité sentándome así en la mía.

—Mi instructor es un soberbio y además ha desaparecido. Así que no podemos atribuirle a él mis avances —dije divertida.

—También —me señaló con una sonrisa—, voy con esta —dijo mirando hacia atrás y tirándose de la tabla con destreza.

Si había algo que me impresionaba de Shep era su gran agilidad en el agua, parecía no temerle. Yo, en cambio, le tenía respeto; algo dentro de mí me decía que el agua no era un lugar del todo confiable. Shep parecía como si hubiese nacido para estar en el agua; podía verlo en la forma en que se divertía, en cómo se llenaba de paz. Se dejó caer sin más cuando ya no tenía escapatoria y sonreí al ver cómo salía a la superficie con el cabello tirado hacia atrás.

Por primera vez lo vi claro en mi mente: qué lindo era.

—Las playas realmente se llenan de gente aquí —dije mientras caminábamos fuera de la playa con nuestras tablas y yo con mi mochila. Nunca había estado tanto tiempo surfear como hoy, mi cuerpo realmente estaba agotado y hambriento. Shep caminó hacia un *jeep* antiguo turquesa desgastado y dejó la tabla en la parte de atrás. Oh, ya manejaba—. Pásamela —dijo por mi tabla, se la pasé y la dejó al lado de la suya; caminó hacia el asiento del piloto mientras que yo fui directo al de copiloto. Era un auto que realmente me gustaba, ideal para el verano.

—¿Es tuyo? —pregunté mientras comenzaba a manejar y una canción de Loggins & Messina empezaba a sonar.

—Sí, mi tío tenía esta preciosura olvidada frente a su casa y yo la arreglé parte por parte. Al final tenía problemas en el motor y alguna que otra cosa más que con un poco de amor... se solucionó —dijo regalándome una pequeña sonrisa; me miró por unos segundos para luego volver a la carretera.

—El gran Shep manejando. ¿Quién iba a decirlo? Ya eres todo un hombre —dije con burla.

—¿Sabes? Te he extrañado, nadadora —dijo sin mirarme, pero esa pequeña sonrisa seguía en sus labios como si él supiera algo que yo no y mi estómago dio un vuelco.

—Tal vez porque desapareciste por dos años... —Observé la playa mientras circulábamos por la carretera que la bordea.

—Mmm, sabía que vendría esto —dijo, divertido, sin mirarme—. ¿Quieres que vayamos a comer? Muero de hambre —dijo, mirándome por un segundo y luego volvió a mirar la carretera. Observé rápidamente su perfil y la forma en que su cabello castaño estaba revuelto por el mar, se veía como un chico rebelde.

—Ah, veo que me quieres convencer con comida —dije fingiendo con dramatismo; él rio, algo que sonó celestial.

—Tal vez —me dijo dándome una sonrisa de las que él sabía dar.

—No traje ropa para cambiarme —dije, y él observó la camiseta de neoprene mojada con el short.

—Estás bien, deja de lloriquear —dijo para luego guiñarme un ojo y acelerar.

Tal vez estas vacaciones no serían tan malas.

—Bueno, ¿ves? Tienes mejor cara —dijo mi madre mientras almorzábamos—. Y color... realmente te estás bronceando —dijo divertida.

Durante la semana había ido temprano a la playa con Shep, pero no le había contado a mis padres de su presencia. Como no habíamos vuelto a ver a las otras familias en toda la semana, había podido guardar mi secreto—. Tal vez conociste a alguien... tal vez un chico —insistió. Llevé un poco de ensalada a mi boca.

—¿Lina? ¿Conocer a alguien? No me hagas reír —dijo Marcos con burla.

—No conocí a nadie, simplemente surfeo —dije con tranquilidad—. ¿Acaso no puedo estar feliz sola? —pregunté mirándolos a los ojos—. Mi felicidad no se basa en si tengo a alguien al lado... —susurré dando por finalizada la conversación.

—Está bien, Lina. No es para tanto —dijo mi padre intentando tranquilizar las aguas—. Mañana iremos a cenar a casa de los Moscú —prosiguió luego de un rato.

—Genial, diviértanse —me reí burlona.

—No, los dos vendrán. Marcos, no te vemos nunca, así que será mejor que no desaparezcas —dijo mi madre señalándolo.

—Pero nos íbamos a juntar con los chicos en... —comenzó pero no llegó a terminar.

—Irás a la fiesta luego, no te preocupes. No empezará a las nueve —dijo mi padre riéndose de su propio chiste. Me reí también solo para molestar a mi hermano.

—Tienes razón, papá —reí para luego levantarle las cejas a Marcos, que me fulminaba con la mirada.

—¡Terra! —la saludé cuando nos abrió la puerta.

—¿Qué haces vestida así? —me preguntó cuando mis padres junto a mi hermano pasaron hacia adentro.

—¿Qué? —pregunté mientras ella cerraba la puerta.

—Tienes que parecer mayor, sino no te dejarán pasar —advirtió mientras caminaba. Terra me había mandado un mensaje en el que decía que luego saldríamos, pero que debíamos parecer de más de dieciocho; éramos las únicas dos, junto a León, que no habíamos cumplido esa edad. Aun así, ellos eran un año más grandes que yo, así que era la que corría más peligro.

—Me he puesto unos jeans ajustados —repuse mostrándoselos.

—Sí, pero no me refería a esto... —aclaró revoleando los ojos mientras señalaba el resto de mi atuendo.

—Hace frío por la noche, Terra... —dije señalándola—. Además tú no te ves tan distinta a mí... —dije mirándola, llevaba un jeans con una blusa. Bufó divertida.

—No estaré vestida así frente a mis padres —rio—. Después arreglaremos esto... —dijo mientras comenzábamos a caminar hacia el living—. Ah, tenemos una nueva integrante... —dijo en un susurro. Observé a una chica de nuestra edad sentada junto a una mujer que no conocía; tenía el cabello por las orejas de color negro y observaba con aburrimiento la escena.

—Coco, te presento a otra integrante de nuestra hermosa banda de verano —dijo Terra, divertida—. Ella es Lina y nos conocemos desde hace años. Muchos —finalizó.

—Un placer conocerte —dijo la chica con un gran acento marcado.

—Ella es su madre Nadine. —Terra presentó ahora a su madre que estaba sentada al lado de la adolescente; era prácticamente una versión adulta de su hija.

—*Bonne nuit* —sonrió la mujer.

—Son francesas. —Se unió el padre de los mellizos a la conversación.

Nadine comenzó a hablar de Francia acaparando la atención de los más grandes; al parecer era una gran amiga de la madre de Terra.

—¿Dónde está León? —pregunté. Marcos, por su lado, estaba bebiendo una cerveza y mirando su celular completamente apartado de la situación; de seguro estaba esperando por los demás o se quería ir con sus amigos.

—Se estaba bañando —comentó Terra encogiéndose de hombros.

—¿Estás viviendo en la Argentina? —le pregunté a Coco en un intento de sacar conversación.

—Sí, ya hace varios años. Mi padre era argentino —dijo sonriente con el acento todavía marcado—, y mi madre se enamoró del país.

—Qué bueno, es importante que estés feliz en donde vives —dije y sentí que la frase había salido del envoltorio de un chocolate. El timbre sonó y seguí hablando con la chica que era realmente simpática.

De repente, se hizo un griterío, claramente habían llegado los Soriano. Los primeros en aparecer fueron Camilo y Patricia, que se unieron a la mesa de charla, los siguió Axel junto a Peter. Pero mis ojos casi se salieron de las órbitas al ver a Shep tomado de la mano de una chica. Oh, santa mierda. Saludaron primero a Marcos y luego se acercaron a nosotros.

—¿Qué tal, Adele? —preguntó Axel sentándose a mi lado con una sonrisa. Sabía que no me gustaba que me llamara Adele pero lo hacía para molestarme.

—Ahora que te veo... genial. Axel, te presento a Coco —le dije y ambos se saludaron.

Peter me saludó de manera más amigable y se sentó también.

—Nadadora —me saludó Shep con un beso en la mejilla a diferencia de los demás. Su voz se

había vuelto más gruesa y profunda—. Te presento a mi novia, Camille —dijo y la mujer me saludó.

—Un gusto, Shep me habló mucho de ti —dijo con una sonrisa. La observé; claramente tenía deciocho o un año más. Llevaba el cabello oscuro atado y era malditamente hermosa. De repente, me sentí mal por no seguir las indicaciones de Terra de vestirme como si fuese más grande.

—Coco —se presentó la francesa.

—Shep —contestó.

—Qué nombre original —reparó la morena.

—Es como un eructo aburrido —dijo su típica frase, y luego tomó asiento para presentarle a los adultos a su novia.

De pronto, solo quería irme a mi casa.

—Cambia esa cara, Adele —me dijo Axel mientras pasaba un brazo por arriba de mis hombros—. Esta noche la pasaremos de maravilla. —No sé por qué sentía que su tono escondía algo.

—Si tú lo dices, Axel... —susurré sin mirarlo.

—Estás muy callada —me dijo Terra mientras me pasaba el quinto conjunto para que me probara. Coco, por su lado, comía un poco del postre sentada cómodamente en la cama; parecía que hubiera salido de una de esas películas donde los protagonistas casi no hablan, no porque Coco fuera callada, al contrario, sino por su estilo: cabello negro hasta el final de las orejas y un flequillo corto. Llevaba un maquillaje delicado que contrastaba con la boca roja. Era clásica y elegante, eso era seguro.

—Estoy pensativa —le dije a la vez que miraba su look: una falda roja y un top, el cabello semipelirrojo suelto y un maquillaje sutil pero efectivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó sentándose a mi lado—. Si no nos apuramos, Shep y Camille nos dejarán aquí y no podremos ni siquiera ir a tomar algunos tragos antes de ir a la fiesta. —Mi mente fue a la pareja—. Hmm, ya sé qué es... Es Shep —dijo.

—Claro que no. ¿Qué pasa con Shep? —le dije rápidamente.

—Por favor, ¿piensas que no me di cuenta en todos estos años? Vamos, crecimos juntos. Sé que... ustedes siempre tuvieron una conexión o algo... —dijo—. Es simplemente una novia, no durará —me intentó consolar.

—Él siempre me vio como su hermana menor... —Negué con la cabeza. Coco me observó desde su lugar. Eso no significaba que Shep me gustara, por favor... no lo veía desde hacía dos años. Solo que, de alguna manera, en el verano siempre habíamos sido él y yo.

—Bueno, ¿por qué no le demostramos que ya eres una *femme*? —habló Coco poniéndose de pie.

—Yo me encargo del maquillaje y la bella Coco te encontrará algo para que te pongas —dijo Terra sacándome la ropa que había puesto sobre mi regazo.

—No sé si estoy de acuerdo con esto... —repuse— No funciona como en las películas. Estamos al tanto de eso, ¿no? —dije divertida.

—Mira... necesitamos hacer esto, más allá de Shep, tienes que parecer más grande. Así que nosotras nos encargaremos... —habló Terra.

—Sé maquillarme... —dije al ver cómo traía su pequeña valijita con diferentes tipos de sombras, labiales y bases. Realmente sabía maquillarme y era algo que me divertía, pero en el día

a día nunca usaba maquillaje. Pensándolo bien tampoco salía a fiestas, pues mis padres no estaban muy de acuerdo...

—Solo déjanos divertirnos. ¿Sí? —dijo Terra y ya no hubo más nada que discutir.

Luego de media hora, las chicas parecían estar terminando con mi «transformación»: un vestido negro básico, pero algo más corto y apretado de lo usual, un maquillaje delicado y el pelo lacio. Un toque a la puerta sonó y Coco abrió. Camile estaba allí parada. Bueno, tal vez sí pasaba como en las películas...

—Me pidió Shep que les preguntara si ya están listas... se nos va a hacer tarde —dijo con suavidad.

Estaba bronceada y su pelo oscuro caía de costado como si se lo hubiese puesto así tan solo segundos atrás.

—Ya estábamos terminando —anunció Terra—. Coco, si quieres ve bajando y nosotras nos unimos —habló mi amiga. La morena asintió y desapareció con Camille.

—No le creo ese personaje de mosquita muerta —dijo abriendo su valija nuevamente.

—Es amigable, Terra. No busques pelea —propuse y me senté en el borde de la cama dispuesta a ponerme mis zapatillas Converse.

—Oh, no —señaló mientras me mostraba unos zapatos de taco alto negros—. No irás con zapatillas... No esta vez —me dijo.

—Uno, no tenemos el mismo talle. Dos, no iré con eso —dije a la defensiva.

—¿Qué? No importa, los haremos entrar —dijo a la vez que los hacía caer frente a mí. Suspiré. Terra era una persona... a la que no le gustaba escuchar un no por respuesta. Después de todo, tenía razón: si quería aparentar ser más grande debería ponerme tacos.

Bajé última intentando no caer de esos malditos zapatos mientras tratábamos de escabullirnos para que nuestros padres no nos vieran.

—Adiós —dijimos al unísono abriendo la puerta. Allí estaban conversando Camille, Coco y Shep, que tenía las manos en los bolsillos.

—¡Estamos! —avisó Terra mientras caminaba sin más hacia el *jeep*.

Shep y yo nos miramos; él levantó las cejas y abrió levemente la boca.

—Madre mía —susurró. Me acerqué a él sintiendo frío y se me cruzó por la cabeza pedirle una chaqueta a mi amiga, pero se nos haría más tarde. Shep vestía una camiseta básica negra, jeans oscuros y una chaqueta, y no separaba sus ojos de mí—. Veo que tendré que ser tu guardaspaldas hoy, nadadora —dijo sonriendo de lado.

—¿Por qué lo dices? —pregunté cuando empezamos a caminar hacia el auto.

—Porque estás jodidamente sexy —susurró abriendo la puerta de los asientos de atrás.

Esa honestidad me dejó completamente pasmada, era la primera vez que Shep me veía con esos ojos... Era como si me viera como a una mujer. Luego de unos minutos arrancó, con su novia a su lado, y de repente quise ser ella. ¿Qué me ocurría? Nunca había visto a Shep así...

La reunión previa (y secreta) era en casa de los Soriano y parecían haber comprado cantidades de alcohol suficiente para una multitud. Peter me tendió un pequeño vaso con tequila dentro. Todos tenían uno.

—Oye, no. Tú no —dijo Shep sacándomelo.

—Deja que la chica se divierta —dijo Axel con una sonrisa. Marcos, por su lado, hablaba con Coco sentados en el sillón, completamente ajenos a la situación; León y Terra intentaban encontrar

una buena canción.

—Tiene dieciséis... —volvió a insistir Shep. Estaba más serio de lo normal y no estaba segura de si me sentía cómoda con eso.

—Como si tú a los dieciséis hubieses sido un santo... Vamos, Sheperson —dijo Axel riendo.

—No, no pasa nada. Tomaré algo más liviano —dije sin más.

—Oh, vamos, es un trago nomás. —Camille se metió en la conversación con una sonrisa. Axel me tendió su pequeño vaso y lo agarré bajo su mirada; el rubio luego le sacó mi vaso de la mano de Shep, quien todavía se encontraba serio.

—Por la primera noche de muchas... —dijo Axel levantando el vaso con una gran sonrisa. Todos tomaron el *shot*. Shep, a mi lado, tomó un trago también y lo imité; el tequila quemó mi garganta con furia.

—Que Axel no te arme los tragos —susurró Shep a mi lado, para luego separarse de mí. Me quedé dura como una estaca, de repente una canción movедiza comenzó a sonar. No estaba acostumbrada a tomar alcohol; vamos, no estaba acostumbrada a salir, recién tenía malditos dieciséis años. Terra comenzó a servirse de una botella.

—¿Quieres? —preguntó—. Vodka. Debes diluirlo con ese jugo —me dijo; asentí y me sirvió. A los pocos minutos, cada uno estaba tomando algo y charlando.

—¡El 22 de junio! —le dije con rapidez. Terra y León se rieron negando con la cabeza mientras mi amiga tenía en su mano el documento de una amiga suya más grande.

—24, Lina. 24, maldita seas —dijo mi amiga y reí llevando mis manos a mi rostro.

—No me dejarán pasar, no puedo recordar los malditos datos —hablé con dramatismo.

—Pasé millones de veces con documentos falsos, solo te preguntarán un dato. Pero debes saberlos todos —me habló señalándome.

Bebí de mi trago, creo que el tercero.

—Déjala en paz, ya se acuerda de todo. Está mareada por el alcohol nomás —habló León mientras fumaba. Él siempre me defendía cuando podía y agradecía eso. Lo abracé.

—Gracias por defenderme, Leoncito. —Sonreí y me paré para cambiar la canción; me había sacado los tacos. Me dirigí al baño.

—Hay alguien ahí dentro desde hace como media hora... —comentó Camille algo frustrada. Me acerqué a la puerta para golpear.

—¡Oye! Hay gente esperando —dije pero no recibí respuesta.

—Ya lo intenté —comentó cruzándose de brazos; el silencio incómodo entre ambas iba en aumento. O al menos yo me sentía incómoda.

—Shep me ha hablado mucho de ti... —dijo con tranquilidad, mi corazón latió con fuerza.

—Sí, somos amigos desde hace varios años... —asentí, ella carcajeó.

—Nunca hubiese imaginado que eras tan linda... —comentó; parecía como si sus palabras escondieran otra cosa; habíamos bebido por lo que no estaba segura de estar escuchando bien.

—Gracias, creo... —Reí en un intento de aflojar el ambiente—. ¿Dónde se conocieron? —pregunté. ¿Por qué estaba preguntándole eso? Realmente no quería saberlo.

—En una fiesta... —Su tono era suave pero no dejaba de ser algo seca.

—Genial... —comenté incómoda. Observé la puerta del baño... nadie salía de allí. Volví a golpear— ¿Y hace cuánto están de novios? —pregunté en un intento de sacar conversación.

—Aproximadamente un año... —dijo ahora con una leve sonrisa—. De novios, novios... cuatro meses. Pero nos conocemos desde hace un año —se corrigió.

—Ah, hace poco... —dije.

—Sí, Shep da varias vueltas antes de decidirse por algo... —comentó. Por algún extraño motivo no me gustó que dijera eso de Shep, no era verdad; él no solía dar vueltas ni pensar demasiado las cosas—. Iré a ver si encuentro otro baño... —comentó con una pequeña sonrisa y salió de la escena. En silencio, le agradecí que cortara con una conversación tan incómoda.

Esperé unos minutos, pero el baño parecía seguir ocupado; suspiré y volví al salón sin más.

Marcos ahora hablaba relajado con Peter. Coco se había unido a los mellizos mientras que Shep, Camille y Axel habían desaparecido por completo y algo dentro de mí se removió.

Olvídate de él, no está disponible. Lo sé, pero es mi amigo. No, ya no. Uj.

Puse una canción movедiza y moví levemente mi cadera a la vez que bebía de mi vaso.

—¿Lo estás pasando bien? —Una voz masculina sonó a mi lado. Observé a Axel sonriendo con un trago en la mano. Usualmente no le creía, pero ahora no me parecía tan amenazante. Claro, tal vez fuera por el alcohol...

—Sí, aunque tengo miedo de que alguien me tire algo —le dije de mala gana. Él rio.

—Era un niño, Lina. ¿Por qué no lo olvidas? —preguntó.

—Porque fueron varias veces, Axel —dije mientras ponía hielo de la cubetera a mi vaso. Él se sentó arriba de la mesa.

—Claro, yo soy el villano, ¿no? —preguntó—. ¿Y quién es el héroe? —dijo mientras miraba a la gente— A ver... déjame adivinar... —comentó divertido. Me di vuelta para mirar hacia el mismo lugar que él. Ahora Shep bajaba las escaleras junto a Camille, su cabello estaba despeinado y llevaba una pequeña sonrisa juguetona.

—Creo que tu héroe encontró a otra persona para defender —comentó Axel, ahora mirándome. Despegué mi mirada del castaño y miré al rubio.

—No sé de qué hablas —le dije para luego beber de mi vaso con rapidez. Shep ahora me miró.

—¿Bailas, Axel? —preguntó Camille, el rubio sonrió y se paró para luego comenzar a bailar con ella.

Le dí la espalda a Shep que ahora se acercaba a la mesa y me serví otro trago.

—¿No estás tomando mucho? —preguntó el castaño con una pequeña sonrisa, pero esta no llegaba a sus ojos.

—Me olvidé que te tenía que pedir permiso —le dije sin mirarlo mientras seguía sirviéndome. ¿Por qué estaba enojada con él?

—Vamos, nadadora. No estás acostumbrada a tomar, intenta no... —No lo dejé terminar.

—No te metas —le dije mientras lo miraba. Sí, era una mujer con carácter, pero estaba siendo algo dura—. No sabes si no estoy acostumbrada... —dije despegando mi mirada de la de él. Pude escuchar cómo bufaba; luego su mano se encerró en mi brazo y tiró de mí para llevarme hacia lo que parecía ser la cocina. Su tacto me quemó.

—¿Qué mierda te ocurre? —susurró mirándome fijo. Lo observé mejor: era hermoso, tenía facciones delicadas y ojos marrones. Algo de él era rebelde y bueno a la vez.

—Nada, Shep o como te llames... no eres el héroe —le dije bebiendo de mi vaso—. Déjame hacer lo que quiera. —Él me arrebató el vaso y lo dejó a un lado.

—¿Sabes? Por esto no quería que tomaras, sabía que empezarías a decir cualquier cosa... —dijo pasando los dedos por el cabello con frustración, algo frecuente en él cuando se sentía así. De repente quise tocar su cabello—. Tú te vuelves a casa —dijo de repente y lo miré fijo.

—No, iré a la fiesta —afirmé, molesta. Era raro que nosotros dos peleáramos, nunca lo habíamos hecho.

—Ey, nos estamos yendo... ¿vamos? —Axel entró en la escena para luego quedarse callado.

—Dejaremos a Lina en su casa —dijo Shep sin mirarme.

—No, yo quiero ir a la fiesta —le dije—. Axel, iré a la fiesta contigo. —Me moví al lado del rubio. Shep me miró algo desconcertado.

—Ella viene conmigo, Sheperson —le dijo su primo, quien ahora pasaba su mano por mi cadera; Shep nos miraba con atención.

—Lina, vamos. Te llevaré a tu casa —insistió Shep.

—No, iré con Axel a la fiesta —dije molesta—. Puedo decidir por mí —dije mientras salía de la cocina—. Vamos, Axel —pude escuchar la risa de este y cómo me seguía.

Esa noche me divertiría o me divertiría. Eso no estaba en discusión.

Mi cabeza dolía demasiado, observé la pizza que recién había llegado. Mi familia, o por lo menos mis padres, se habían ido a la playa; yo realmente no podía moverme. El alcohol de la noche anterior había afectado por completo mi cuerpo. Comencé a masticar un pedazo sintiendo cómo mi estómago rugía con molestia, tal vez comer no había sido buena idea. Agarré mi celular con rapidez, tenía varias llamadas perdidas de Shep y Terra pero eran de la noche anterior. Me decidí por llamar a Terra, ya que recordaba la pelea que había tenido con Shep en la cocina.

—Lina —sonó la voz ronca de Terra del otro lado.

—Estoy en casa, pedí una pizza. ¿Quieres venir? Luego podemos ir a la playa —dije con lentitud. Terra estaba hospendándose cerca de mi casa, así que no supondría un problema.

—Claro, me baño y voy —dijo con voz ronca. Sin más, cortó. Yo aproveché a bañarme, ya queapestaba a cigarrillos y alcohol. Cuando estuve suficientemente limpia, opté por una biquini y un vestido playero. El timbre sonó cuando ya estaba lista.

—¡Pizza! —anunció Terra al entrar, atrás de ella venía León, también con cara de zombie y una gorra que le tapaba casi todo el rostro. Los tres nos sentamos a la mesa del comedor.

—Nuestros padres nos están haciendo comer comida sana este verano —comentó León—. Creo que nunca fui tan feliz con una pizza —dijo sonriendo mientras veía su porción. Reí viéndolos comer mientras tomaba agua de a sorbos, ya que mi estómago continuaba quejándose.

—Recuérdeme que no vuelva a tomar así —comenté cerrando los ojos. Terra rio.

—Sabía que te arrepentirías del show que diste ayer —dijo, y León la miró de mala gana.

—¿Qué? ¿Qué pasó ayer? —pregunté, ya que todo lo que recordaba era ir a la casa de los Soriano, beber, pelearme con Shep y luego irme con Axel a la fiesta y bailar. Eso era todo. Los mellizos se miraron.

—¿No recuerdas lo que pasó en la fiesta? —preguntó León dejando su pizza.

—No, y me están asustando... —dije mirándolos—. ¿Pueden hablar?

—Nada especial, Lina —susurró Terra ya satisfecha—. Fuiste con Axel a la fiesta, bailaron un poco... y se besaron —finalizó. Distintos flashes de estar besándome apasionadamente con Axel invadieron mi mente; sentí cómo las ganas de vomitar subían por mi garganta y sin más mi estómago se contrajo expulsando todo lo que tenía directo en el piso—. Mierda —maldijo Terra. Con rapidez León corrió a ayudarme—. No fue para tanto, Lina... —intentó mejorar la situación.

—Calla, Terra —le dijo León—. Ve a buscar algo para limpiar esto —ordenó.

—No, no... yo lo limp... —Y volví a vomitar el piso.

—Ven, vamos al baño —dijo León mientras me ayudaba a ponerme en pie; fuimos al baño y me arrodillé frente al retrete. Luego de unos minutos, logré tranquilizar a mi cuerpo. Y a mi mente.

—Toma —Terra apareció con un vaso de agua.

—Intenta tomar en sorbos —me aconsejó León. Asentí y bebí de a poco.

Pasó un largo tiempo hasta que los mellizos salieron del baño, dándome espacio para que me lavara los dientes y el rostro. Me sentía bastante mejor cuando volví a donde estaban ellos, que parecían estar discutiendo en susurros.

—Te dije que no le dig... —advirtió León.

—Ella debe saberlo... —susurró nuevamente.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté mirándolos. León suspiró.

—Axel y Shep se pelearon en la mitad de la fiesta —dijo Terra—. Luego de que tú te besaras con el rubio —prosiguió.

—¿Por qué? —pregunté sin entender absolutamente nada.

—Cuando pasó, estábamos todos en grupo, obviamente Marcos no estaba en ese momento. Y no sé... nos encontrábamos bailando y de repente, cuando los vimos, estaban besándose. Shep no reaccionó nada bien, quiso apartar a Axel porque sintió que se estaba aprovechando de tu estado —relató con rapidez León.

—Creo que... está bien. Axel eligió realmente mal el momento para besarte. Pero... para mí, Shep lo atacó porque estaba celoso —acotó Terra, divertida—. Su novia se puso histérica, no podía calmarlo y comenzaron luego a pelearse entre ellos —comentó lentamente.

—No entiendo. Y ¿cómo terminé aquí? —pregunté. Los mellizos volvieron a mirarse con indecisión.

—Peter y Axel llevaron a Camille donde se está hospedando con sus amigas. Y Shep te trajo —siguió la castaña.

—¿Y Marcos? —pregunté.

—Marcos se quedó con nosotros y Coco un rato más en la fiesta. Le dio su llave a Shep para que pudiera dejarte y no se enteraran tus padres —terminó León. Por eso mismo, mi hermano no estaba aquí, tal vez se había ido a donde fuera que se estaban hospedando sus amigos.

—No puedo creer que no recuerde nada —susurré sentándome en una de las sillas. Llevé mis manos a mi cabello. La vergüenza me invadía, no sabía qué había hecho o dicho la Lina borracha y eso me mataba.

—Fue una linda pelea —comentó Terra.

—Luego de que nos fuimos de la casa de los Soriano, no hablaste tanto... por si eso es lo que te preocupa —dijo León con las palabras calculadas—. Ahora, no sabemos qué ocurrió cuando estuvieron solos Shep y tú —dijo. Y recordé que me había levantado con una de las camisetas que usaba para dormir. ¿Shep me había cambiado?

—Tal vez debería llamarlo... —dije luego de un rato.

—Creo que lo mejor va a ser que dejes pasar este día, mañana seguro podrás hablar. Shep estaba bastante enojado... —comentó Terra.

—¿Por qué? Soy libre de hacer lo que quiera —dije cruzándome de brazos.

Maldita Lina borracha. ¿Qué había hecho?

Intenté con todas mis fuerzas evitar a los Soriano durante largos días, no estaba lista para ver a Shep y mucho menos a Axel; prefería cortarme los labios antes de volver a besarlo, había sido mi enemigo desde que tengo memoria.

Caminé por la playa, no había nadie y por la mañana hacía el mejor sol. Con lentitud busqué

mi lugar y dejé caer la mochila al ver a alguien surfear como todo un profesional... Era Shep, no había dudas.

Apoyé la tabla para luego sentarme arriba de ella y observar cómo se deslizaba con facilidad por el agua. Podía estar horas viéndolo surfear, parecía realmente disfrutarlo. No esperaba encontrarlo, pero no era raro, nos habíamos visto unos días atrás aquí mismo.

No sé cuánto tiempo había pasado, solo sabía que Shep estaba saliendo del agua junto a su tabla. Su cuerpo musculoso y bronceado parecía malditamente tallado a mano; llevó una mano hacia su cabello tirándolo hacia atrás mientras miraba a la arena. Levantó su vista y entonces me vio, su rostro estaba serio.

—Me has ganado esta vez —le dije cuando estuvo cerca, tenía las rodillas flexionadas y las estaba agarrando como si fuesen un escudo. Shep hacía que mi corazón latiera con fuerza.

—Para ganarte tendríamos que haber estado compitiendo... —dijo mirando hacia otro lado luego de dejar la tabla en la arena. Su tono era seco y su rostro estaba serio. Muy impropio de él. Estaba completamente empapado, el sol golpeaba contra su piel bronceada haciéndolo ver como un maldito dios.

—¿Qué tal las olas? —pregunté luego de unos minutos de silencio.

—Pruébalas por ti misma —comentó mientras se sentaba a mi lado arriba de la tabla mirando hacia el mar—. No te he visto en días —agregó luego de un rato.

—Tenía vergüenza —dije con lentitud.

Siempre había sido honesta con Shep y él también lo había sido conmigo así que no veía por qué ocultarle lo que sentía con lo ocurrido.

—¿Por qué? —preguntó sacando de su mochila una botella de agua.

—Por lo que ocurrió el fin de semana. Realmente no recuerdo demasiado, pero sé que no me porté... de forma madura —dije mirando su perfil, él largó una pequeña carcajada e hizo que mi cuerpo comenzara a relajarse.

—No tienes por qué ser madura, Lina. Tienes dieciséis años... —comentó para luego borrar su sonrisa con lentitud—. ¿Sabes que te besaste con Axel? —preguntó con la mirada fija en el mar para luego beber de su botella.

—Sí. También sé que tú te peleaste con él —comenté como al pasar.

—Y... sé cuánto lo detestas, también sé que Axel tiene una gran debilidad por las mujeres borrachas hasta los sesos —acotó—. Pero no me quisiste escuchar... ni siquiera cuando estabas sobria —sostuvo con dureza.

—No sabía que todo terminaría así, Shep. Lo haces ver como... si te hubiese traicionado —las palabras salieron rápidas. Él sonrió amargamente.

—Lo hiciste —dijo—, o por lo menos se sintió así... —concluyó molesto.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—No lo sé... siempre hemos sido nosotros dos contra Axel y verte elegirlo a él... simplemente me molestó —repuso encogiéndose de hombros—. En la cocina te tomó de la cintura, como si fueses suya, y tú no hiciste nada. Se sintió para la mierda y por un segundo... Quise ser yo el que te agarrara de esa forma... —Sentí en el estómago un pequeño cosquilleo—. Como amigo supongo —susurró con rapidez.

—Siempre te elegiré a ti ante todos —le susurré con una sonrisa. Me miró y me regaló una sonrisa ancha de las que le hacían aparecer sus hoyuelos.

—Siempre sabes qué decir, eres una adolescente manipuladora —dijo divertido.

—Y tú eres molesto, Fabio —le dije, él rio.

—No me llamo Fabio, nadadora —respondió. Reí; era un clásico que yo le inventara nombres para tratar de descubrir, sin éxito, el verdadero.

—Está bien, Lorenzo —le dije y él volvió a reír negando con la cabeza—. Bien, vine a surfear, no a ponerme sentimental con un estúpido chico del que ni siquiera sé el nombre —dije mientras me ponía de pie.

Él me observó desde su lugar con una sonrisa; Shep era una mezcla extraña de chico rebelde, niño y adulto. Siempre me había parecido muy maduro para su edad; como si hubiese vivido muchas vidas y simplemente estuviera en esta para disfrutarla.

—Oye, espera —dijo mientras se ponía de pie. Levanté el rostro para verlo mejor—. Tú puedes hacer lo que quieras, no... No dejaré de ser tu amigo si ahora empiezas a besarte con el idiota de Axel —comentó—. Pero ten en cuenta que tiene diecinueve años, y también tiene otras intenciones. Conociéndolo... las tendrá —dijo bufando. Me acerqué a él y apoyé una mano en su mejilla sintiéndola caliente y suave; mi mano picó, quería acariciarlo.

—Y tú tienes dieciocho años y sé que tienes otras intenciones... —susurré. Su sonrisa se había borrado y ahora parecíamos estar más cerca el uno de otro—. Ahogarme en el mar, ¡Marcos! —le dije y una sonrisa apareció en su rostro.

—¿Cómo supiste que ese era mi plan? Maldita nadadora —me dijo para luego con rapidez elevarme y apoyarme en su hombro con agilidad.

—¡No! ¡Shep! —grité—. Estoy con ropa todavía —le dije mientras veía cómo él caminaba hacia el agua.

—¿Cómo es mi nombre? —preguntó mientras entraba al mar con lentitud.

—¿Stefano? —pregunté.

—Incorrecto, nena —respondió y de repente sentí cómo caía directo al agua con ropa y todo. Maldito hombre sin nombre.

Pasamos todo el día juntos, entre el mar y largas caminatas; agradecí estar a solas con él, lo pasaba realmente bien. Realmente nos entendíamos, era fácil hablar y escucharnos. Y por un segundo en la tarde, cuando estuvimos uno al lado de otro... quise que pasara su mano por mi cintura como lo había hecho Axel la noche anterior.

—Los chicos están organizando para mañana un fogón en la playa con algunas personas —me dijo cuando estuvimos frente a mi casa, la oscuridad de la noche ya había caído—. Vamos a intentar escaparnos de nuestros padres, tienen una maldita cena planeada —comentó con una sonrisa de lado—. Todavía creen que tenemos diez años.

—Um, qué rebeldes... —me burlé achinando los ojos, él dio una carcajada deliciosa.

Me incliné con lentitud cerca de él para depositar un beso de despedida en su mejilla, él movió levemente su rostro hacia mí para observarme. Podía sentir el calor de su piel cerca de mi rostro, mis labios casi tocaban su mejilla; su sonrisa al igual que la mía se había borrado y la conexión era innegable. Sus manos seguían sobre el volante. De repente, sentí la necesidad de besar sus labios, simplemente probarlos; era tan solo un movimiento. *Lina, es tu amigo y está de novio.* Él pareció pensar lo mismo por un momento pero entonces acercó su rostro a mi mejilla y depositó un beso que pareció quemar mi piel.

—Nos vemos luego, nadadora —susurró, divertido, separándose de mí. Revoleé los ojos para luego bajar del *jeep* sintiendo que algo me faltaba.

—Mamá, debes dejar de comer esos churros —dije señalando la masa frita rellena; realmente se

estaba ahogando en ellos.

—En Buenos Aires no hay como estos, Lina. Déjame tranquila —dijo desde el sillón. Reí.

—Papá, mamá va a salir rodando —me burlé mientras limpiaba con tranquilidad mi tabla.

—Deja a tu madre en paz, yo la ayudaré a rodar si es necesario. —Hizo una pausa—. Veo que alguien está de buen humor —agregó.

—Otra vez con eso... —dije respirando hondo—. ¿Dónde está Marcos? —pregunté.

—Esta mañana llegó su amigo Fran, así que... supongo que estarán con sus amigos. Olvídate de verlo nuevamente —comentó mi madre de forma tranquila.

—Debemos festejar eso... —Mi padre se burló y revoleé los ojos.

—Papá, debes trabajar en tu repertorio de chistes... en serio —Me burlé esta vez.

—Oye, no te metas con el hombre que me trasladará cuando no pueda moverme —me dijo mi madre señalándome. Me reí.

—Esa es mi mujer. ¿Me compartes un churro? —preguntó mientras intentaba meter una mano en la bolsa, pero mi madre golpeó con suavidad el dorso de la mano de mi padre.

—Te pregunté si querías y me dijiste que no. Así que... todos míos —dijo divertida para luego compartirle una mitad.

Amaba la relación de mis padres, siempre parecían jugar entre ellos, como si fuesen adolescentes, y eso era realmente un espectáculo digno de ver. No, no era de esos adolescentes que odian a sus padres, ni mucho menos. Amaba a mis padres y me gustaba pasar tiempo con ellos... Bueno, no siempre.

Salí del agua con lentitud cargando mi tabla. Había tenido un pésimo día de playa y, para mi sorpresa, Shep todavía no había llegado. Un aplauso lento sonó cuando me acerqué a la orilla; se trataba de un chico con traje de neoprene y cabello rubio atado en un rodete alto.

—Eso sí que es tener talento... —dijo con una sonrisa. Era el clásico chico *surfer*: cabello rubio gastado por el sol, bronceado y gran energía.

—Gracias, aunque no fueron mis mejores olas —dije. Sentí el cuerpo agotado y dejé la tabla en la arena.

—Se notó —rio—, pero realmente eres buena... —comentó—. Me llamo Benjamín —se presentó.

—Lina —dije mientras me sacaba parte del traje de neoprene, que ya empezaba a sentirlo incómodo sobre la piel.

—Te he visto en algunas playas con otro chico. Y siempre quise acercarme; tu manera de surfear es inconfundible —comentó mientras me observaba. Parecía un chico divertido—. No suelo ver a alguien a quien no lo detengan los golpes en el agua en mis playas —dijo burlón.

—¿Tus playas? —dije y me crucé de brazos. El chico carcajeó.

—Soy de aquí, de Mar del Plata. Igual estamos acostumbrados a recibir gente de afuera en el verano... —comentó—. ¿Alguna vez pensaste en competir? —preguntó con tranquilidad.

—No, en realidad... —contesté.

—Suelen hacerse varias competencias de surf en el verano, no sé si ya habrá cerrado la inscripción. Pronto se hará la de agua azul. Si quieres averiguo si todavía hay cupos para anotarse... —me informó—. Yo lo intenté hace unos años y me hicieron papilla... —dijo divertido.

—No sé si estoy lista... —comenté. Ya sentía el sol picar en mi piel.

—Realmente eres buena, puedes por lo menos intentarlo. Por lo que vi... darás pelea —dijo encogiéndose de hombros.

—No te he visto por aquí antes —le dije con tranquilidad. Él sonrió.

—Suelo venir más temprano. Normalmente, cuando tú llegas, yo ya me estoy yendo. Observé a lo lejos que Shep se acercaba con su tabla, listo para entrar al agua. Claramente se había atrasado.

—Si quieres pásame tu número y te aviso si todavía está abierta la inscripción —dijo.

Asentí, él sacó su celular y le dicté mi número de teléfono. Shep ya estaba con nosotros.

—Hola —saludó con la mochila colgada en el hombro.

—Bueno, chicos, los dejo. Nos vemos, Lina —dijo Benjamín dándose vuelta y llevándose su tabla. Shep lo vio irse.

—¿Haciendo amigos? —comentó Shep mientras dejaba en la arena la mochila y la tabla.

—Algo así. ¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Tuve que esperar a que mi padre trajera el *jeep* de vuelta. Fue a hacer no sé qué cosa y tardó más de lo acordado... —dijo mientras cerraba su traje—. ¿Vienes conmigo?

—No, creo que descansaré un poco. El agua está difícil... —comenté. Él asintió guiñándome un ojo y caminando hacia la orilla.

La idea de la competencia no salía de mi cabeza. ¿Sería posible que compitiera? Podrían hacerme mierda. Aun así, me divertía la idea.

—Aquí tienes. —Peter me tendió una lata de cerveza. Nunca había tenido demasiada relación con él; por lo general, estaba callado.

—Gracias, Peter —le dije en el medio de un gran fogón; la noche estaba hermosa, aun así se encontraba presente la clásica brisa de Mar del Plata, y convenía estar con abrigado. Y, gracias al cielo, esta vez sí lo estaba.

—¿Quién armó el fogón? —le pregunté al chico de anteojos y cabello afeitado.

—Lo hicimos entre todos, aunque Shep y yo logramos que saliera algo de fuego —dijo relajado. Levanté la capucha de mi chaqueta y la pasé por arriba de mi cabello.

—Hace mucho que no sabía de ti —le dije mirando a la gente en la fiesta, él se prendió un cigarillo y me ofreció la caja. Negué con la cabeza.

—Bueno, yo vengo por invitación de Shep. Si él no viene, entonces yo tampoco —dijo divertido.

—¿Y por qué dejaron de venir? —pregunté al pasar. Él fumó con tranquilidad.

—¿Shep no te contó? —preguntó. Negué con la cabeza—. Será mejor que le preguntes a él entonces... —Su voz era suave y tranquila.

—De acuerdo... —Observé cómo Shep hablaba con un grupo de gente y se reía; siempre era el centro de atención, uno de sus grandes talentos era ser muy sociable, cosa que a mí me costaba. Su mirada se cruzó con la mía a la distancia, me guiñó un ojo con una pequeña sonrisa para luego seguir hablando.

—Tengo muchísimo frío. —Terra apareció a nuestro lado, claramente su chaqueta era demasiado delgada para una noche en la playa.

—Dejé unos abrigos en el auto de Shep, traje de más por las dudas. Si quieres podemos ir a buscarlos... —le dijo Peter con tranquilidad; como si le hubiesen regalado un millón de dólares, Terra aceptó la propuesta.

Cuando ambos desaparecieron, me senté al lado de León cerca del fuego para calentar mi

cuerpo.

—¿Qué ocurre, León? —pregunté acariciando su espalda.

—Estoy muerto de sueño —me dijo divertido—. Creo que me iré —finalizó.

—¡Nooooo! Un rato más y nos vamos juntos —lo abracé de costado.

—Ey, ojo con mi chica. —Ambos observamos al nuevo integrante. Axel se había sentado a mi lado en el tronco. Mi cuerpo se tensó y me separé de León.

—Axel, no te había visto —le dije.

—Llegué un poco más tarde pero aquí estoy —dijo para luego beber un poco de cerveza todavía con una sonrisa burlona. Axel era grande de contextura y le gustaba ostentar, aun así no se comparaba ni un poco con la belleza de Shep—. Oye, Leoncito... ¿Me dejas hablar con mi chica? —le preguntó a mi amigo. Este levantó una ceja. Tenía atorado en la garganta: «No soy tu chica», pero habría tiempo para eso.

—Mientras le dejes de decir que es tu chica, lo que quieras —comentó mi amigo. Se paró y me dio una última mirada antes de irse a otro lugar. Le agradecí mentalmente por eso.

—Oye... lo que pasó la otra noche... —comencé.

—Estuvo increíble —me interrumpió. ¿Qué?

—¿Eh? —pregunté sin entender. Él me miró y sonrió.

—Estuvo genial. Tuvimos... química —dijo encogiéndose de hombros. ¿Ah? ¿Yo química con Axel? No recordaba nada, evidentemente—. Siempre sentí que nosotros dos tendríamos algo, ¿sabes? Ese amor-odio con el que jugábamos... Nos íbamos a quemar, Adele —susurró divertido.

¿Estaba coquetando? Qué horror.

—Había tomado mucho, Axel. No sabía lo que hacía... —Bebí luego un poco de mi cerveza para aclararme la garganta. Jamás hubiera esperado escucharlo hablar así.

—Oye, no sé. Nos conocemos desde pequeños, yo sé cómo eres y tú sabes cómo soy... —comentó—. Y me gustaría saber si algún día te gustaría que fuéramos a otro lugar nosotros dos solos —dijo mirándome y sentí cómo todo daba vueltas. ¿Axel me estaba invitando a salir? ¿Qué demonios?

—No estoy segura... —le dije luego de unos segundos.

—Sé que nosotros no empezamos bien, ¿sí? Pero déjame mostrarte que soy un buen chico —comentó con una sonrisa; algo en el fondo de mí no le creía nada de lo que decía.

—Claro, por qué no... —hablé en un intento de terminar la conversación.

—Lo pasaremos increíble, te lo prometo —dijo sonriendo.

—Iré por otra cerveza —le dije. Me paré y terminé la charla.

Fui donde se encontraban las latas, Shep estaba ahí y me pasó una.

—¿Noche difícil? —me preguntó mientras abría una lata.

—Noche inesperada... —le dije sin más—. ¿Dónde está Camille? —pregunté.

—Con sus amigas, sigue ofendida —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué? —pregunté.

—Porque te elegí a ti —dijo como al pasar mientras tiraba una pelota de un lado a otro. Mi corazón latió con fuerza por su respuesta—. ¡Aprende a tirar! —le dijo burlón a un chico para luego patearla hacia ellos.

—¿Me elegiste? ¿A qué te refieres? —pregunté mirándolo a los ojos. Él me miró con el ceño fruncido, como si hubiese olvidado por un segundo de qué estábamos hablando.

—Ah. Es que... ella quería que la llevara a su casa, donde se hospeda con las amigas. Pero no te quería dejar sola, no en esas condiciones. Así que te llevé a ti y ella se enojó bastante —

comentó encogiéndose de hombros. Era entendible en algún punto; a mí seguramente también me hubiera molestado.

—¿Y por qué no la llevaste? —pregunté—. Yo podía haberme ido con algún otro...

—Quería estar seguro de que llegaras bien —dijo con suavidad.

—Gracias —susurré y, de repente, sentí como si la conversación se hubiese hecho más íntima.

Últimamente nuestros encuentros parecían ser más intensos que nunca, como si algo nos uniera—. Felipe —dije

—Nop —dijo divertido y negó con la cabeza.

—Mierda. ¿Por qué no me lo dices y ya? Es ridículo que seamos amigos y no sepa tu nombre —refunfuñé.

—Lo lamento, Adelina. No todos podemos tener un nombre tan predecible como el tuyo —dijo juguetón con una sonrisa de lado. Quedamos en silencio unos segundos mientras mirábamos a la gente—. ¿Qué te dijo Axel? —preguntó sin mirarme.

—Nada importante —dije quitándole importancia.

—Vamooos, dime —dijo mirándome a los ojos y con una sonrisa.

—Nada, quiere que salgamos... —contesté mientras miraba a mi amigo. Él se quedó algo desconcertado. Luego dio una miraba por la fiesta y bebió de su lata.

—Qué raro viniendo de él. ¿Qué le dijiste? —preguntó.

—Que sí —contesté.

—¿¡Qué!/? —dijo con un tono de voz elevado. Yo abrí grande los ojos.

—Cálmate —susurré—. Es solamente una salida, conozco a Axel desde hace años, Shep. Si no te acuerdas, lo conozco desde el mismo tiempo que te conozco a ti.

—Es diferente, nosotros somos amigos —susurró molesto. La palabra «amigos» había sonado amarga en mi mente—. Hemos pasado mucho tiempo juntos y tú me conoces... —dijo.

—También lo conozco a Axel, quieras o no. Tú no estuviste por dos años, Axel estuvo y se comportó bastante bien —susurré mirándolo. Él bufó revoleando los ojos.

—Comportarse bastante bien... —dijo mientras miraba a la gente.

—¿Por qué estás de repente en contra? Es tu primo, Shep. Y yo soy una mujer libre... —susurré. Me miró.

—Tú todavía no eres una mujer —me dijo mirándome fijamente. Ouch, eso había dolido.

—Claro que sí. ¿Qué crees que soy? —le pregunté levemente molesta.

—No lo sé. ¿Una adolescente quisquillosa tal vez? —susurró con burla. Reí amargamente.

—No proyectes, bastardo —le dije mirándolo fijamente.

—¡Ahora sí! —dijo Terra con una chaqueta que le quedaba enorme—. ¿En qué estamos? —preguntó al vernos. Cortamos la conversación de repente.

—Has tardado —le dije, y ella me miró algo quedada.

—Lo que pasa es que el auto estaba lejos... —comentó.

—¿El *jeep*? Está enfrente —dijo Shep con una pequeña sonrisa y los ojos achinados mientras metía sus manos en los bolsillos. Me reí, la habíamos atrapado.

—Me quedé hablando con Peter, nada especial —sonrió—. ¿De qué hablaban? —dijo al intentar cambiar de tema.

—Nada especial —le respondí riendo.

Los días transcurrían con rapidez y podía sentir cómo el verano comenzaba a terminarse; pasaba

mis días con Terra y León principalmente, y algunas mañanas me juntaba con Shep para surfear desde temprano. Sin dudas estas habían sido una de las mejores vacaciones y no quería que terminaran.

Observé por la ventana con fascinación, se podía ver que una tormenta se avecinaba en lo alto del cielo. Mis padres se preparaban para ir al teatro, mientras que mi hermano había desaparecido como todos los días.

—¿Estás segura de que no quieres venir? Es una comedia —preguntó mi madre mientras terminaba de ponerse los zapatos.

—Cien por ciento segura —comenté—. Leeré un poco o veré una película —dije acostada en el sillón. Me atraía la idea de pasar un poco de tiempo a solas.

—Bueno, si necesitas algo sabes a dónde llamar. Iremos luego a cenar así que no nos esperes —dijo mi padre mientras terminaba de arreglarse.

A los pocos minutos, ya se habían ido. Observé la casa con tranquilidad, era realmente hermosa. Casi como de cuento, no podía quejarme... mis padres tenían buen gusto. Prendí la televisión en busca de algún programa interesante y me detuve en *Bob Esponja*; había sido mi programa preferido de pequeña y me seguía pareciendo divertido. De pronto, el sonido insistente de una bocina interrumpió mi holgazanería. Me levanté y miré por la ventana: el *jeep* turquesa estaba allí. Corrí a abrir la puerta y ahí estaba Shep en su auto.

—¡Vamos! Antes de que nos agarre la tormenta, trae tu tabla —gritó desde la calle.

—Espera —dije mientras cerraba la puerta y corría de un lado para el otro.

Shep, el chico que tanto me confundía, mi mejor amigo, estaba en su puto auto afuera esperándome. Era mejor plan que *Bob Esponja*, de eso estaba segura.

—¿A dónde vamos? —pregunté ya dentro del *jeep*, que ahora tenía el techo puesto, a diferencia de otros días.

—A seguir la tormenta, nadadora. ¿Estás lista para volverte profesional? —dijo con una sonrisa mientras aceleraba. Mi corazón latió con fuerza y no supe si por lo que estábamos yendo a hacer o por él y esa maravillosa sonrisa.

—No lo sé, sinceramente —le dije con una sonrisa casi como una niña yendo a una juguetería. Los relámpagos sobresalían en las nubes oscuras y ya nos estábamos alejando.

—Aquí —dijo frenando el auto—. Vamos, nena. Nos queda poco tiempo —dijo mientras me pasaba la tabla. Caminamos hacia la playa, estaba completamente desierta.

Un mar furioso se presentó frente a mí, los relámpagos se extendían casi uniéndose al agua. De repente, no me sentí tan segura, solo agradecí haberme puesto el traje de neoprene al igual que Shep.

—Tenemos como mucho media hora antes de que la lluvia empiece, ahí tendremos que salir del agua —me informó mientras se cerraba el traje.

—No estoy segura de saber hacer esto... —comenté mientras miraba el mar que parecía el puto infierno.

—Tranquila, nadadora. Lo harás bien. Solo... no te alejes mucho, ¿sí? —Le dio un toque a mi mentón para darme confianza—. Vamos —dijo para luego comenzar a caminar hacia el mar, lo seguí. Entramos al agua, realmente era un caos y mi cuerpo temblaba. Nadamos con las tablas debajo de nuestros cuerpos—. ¡Allá, a la rompiente! —gritó. Lo seguí nadando, la corriente estaba fuerte. Pasé una ola por debajo intentando no morir hecha pedazos. De repente, observé una ola del tamaño de un puto país lista para romper en nuestras cabezas, la pasé con algo de dificultad por abajo; al salir, observé a mi alrededor.

—¿¡Shep!?! —grité sin verlo. Él salió a la superficie junto a su tabla para luego toser.

—Mierda, no la vi —dijo y se subió a la tabla.

—¡Cuidado! —grité frente a otra ola, que me revolcó con violencia. Salí a la superficie dando manotazos; el *leash* me tiraba como si mi tabla quisiera escapar de ese infierno. De repente, algo agarró mi brazo, Shep me ayudó a subir nuevamente a la tabla.

—Si le tienes miedo al mar, te comerá viva —gritó por arriba de los truenos—. ¡Vamos! —gritó mientras seguía nadando sobre la tabla. Pasamos algunas olas por abajo hasta que de repente el mar se volvió más calmo. Habíamos atravesado la rompiente—. ¡Esta! —dijo señalando una ola gigante que se aproximaba.

Con rapidez, comenzamos a nadar en contra de la corriente que succionaba la ola; con las piernas temblorosas, me deslicé en el agua y, de repente, lo estaba haciendo con facilidad. Estábamos surfeándola y se sentía increíblemente bien. Pude escuchar la risa de Shep; las olas eran inmensas y era la primera vez que estaba en algo así. Nunca había pensado que disfrutaría estar en la mitad de un mar que parecía realmente peligroso.

—¡Vámonos, nena! La lluvia está por empezar a caer —gritó sobre la tabla.

—Espera, ahí viene una —le dije al ver cómo aparecía una de las olas más grandes.

—¡Lina! ¡Salgamos! —gritó, pero yo ya me encontraba nadando en contra de la ola para subirme a ella. Grité cuando comencé a surfearla, era la ola más grande a la que alguna vez había subido.

Un trueno sonó y todo se volvió agua, sentí mi cuerpo perderse sin control en la rompiente de las olas. Desesperadamente intenté salir a la superficie, el agua entró en mi boca y mi tabla se soltó y salió disparada hacia cualquier lado. Mi cuerpo golpeó contra la arena; de repente, salí con violencia hacia la superficie y una ola rompió en mi cabeza y me arrastró nuevamente hacia el fondo, mis pulmones se esforzaron para mantener el aire hasta que sentí cómo volvía a salir afuera. Con rapidez, Shep me agarró y me subió a su tabla.

—Respira —me dijo y nos sumergimos pasando una de las olas—. Mueve las piernas para nadar. —Vi cómo se desataba su tabla y me la ataba a mi tobillo—. ¡Sal de aquí, iré por tu tabla! —dijo para luego sumergirse. Un *flashback* de cuando éramos pequeños vino a mi mente.

—¡No! —grité pero ya lo había perdido en el agua. De repente, ya no podía ver nada, la lluvia había comenzado.

Con rapidez, nadé sintiendo cómo mis músculos ardían por la fuerza que estaba haciendo para poder deslizarme hacia la orilla; nuevamente una ola rompió sobre mí y me tiró hacia la arena del fondo, sentí mi piel rasparse. Al salir a la superficie pude ver que estaba más cerca de la orilla, sin más, seguí nadando. Cuando estuve en la arena segura, mi cuerpo se encontraba agotado y la lluvia estaba espesa. Desaté la tabla mientras veía el mar en un intento de encontrar a Shep o algo de él, pero era imposible. Entre la lluvia y las olas parecía el triángulo de las Bermudas. De repente, el terror me invadió y pude ver el error de esta experiencia.

—¡SHEP! —grité con desesperación sin poder verlo por ningún lado—. ¡SHEEP! —grité cerca de la orilla. Hasta que vi cómo salía mi tabla por dentro de una ola; de allí también apareció Shep que intentaba acercarse a la orilla surfeando, ya que nadar contra la corriente parecía imposible. Grité cuando vi cómo una ola rompía sobre él y lo empujaba hacia adentro—. ¡Shep! —volví a gritar, nuevamente salió a la superficie deslizándose como podía.

Con fuerza, surfé una ola que parecía un maldito monstruo, y esto lo ayudó a acercarse a la orilla. La lluvia cada vez era más fuerte y la visión era imposible. De pronto lo vi caminar hacia la orilla completamente agotado con la tabla en su brazo. Lo ayudé a llegar hasta la arena,

respiraba entrecortadamente y le sangraba la frente.

—Se... te rompió una quilla —me informó intentando tranquilizar su respiración—. ¿Cómo es... cómo es que siempre pierdes la tabla? —se burló debajo de la lluvia. Lo abracé completamente asustada.

—Vámonos, por favor —le dije casi con desesperación.

Ya en el auto pudimos relajarnos.

—Mierda, eso ha estado buenísimo —dijo.

—Estás putamente loco —le respondí y observé su frente que tenía un tajo—. Estás sangrando —le dije asustada.

—No seas gallina, rubia. Ya terminó. Vamos. —Aceleró por las calles, pero mi cuerpo no dejaba de temblar.

Ni siquiera cuando frenó frente a mi casa me quedé tranquila.

—Ven, baja, te curaré eso. Además, no puedes seguir manejando con esta lluvia —viéndole dije mientras veía caer una lluvia furiosa.

—Sí, mamá —se burló.

Bajamos y entramos a la casa con los trajes de neoprene todavía puestos.

—Se cortó la luz.

Probé con varios interruptores pero no había caso. Lo que faltaba.

—Es normal, es una tormenta eléctrica —me informó mientras caminaba dentro de la casa oscura y solitaria—. Así que esa es la famosa piscina climatizada —dijo Shep mirándola a través de la puerta corrediza.

La piscina tenía una parte techada y otra a la intemperie, por lo que la lluvia también estaba cayendo en ella. Aun así el agua era lo único que estaba iluminado, ya que la corriente de la piscina y el jardín estaba conectada a un generador.

—No sé cuán caliente pueda estar —dije mientras bebía de mi vaso. Él terminó el suyo y lo dejó sobre la mesada.

—Solo hay una forma de averiguarlo... —dijo con una sonrisa traviesa en su boca.

Abrió la puerta corrediza como si fuese un niño que descubrió una lata de dulces; yo caminé hacia uno de los baños y tomé un poco de algodón para luego mojarlo con desinfectante. Mis manos todavía seguían temblando por la adrenalina y el miedo. Fui hacia la piscina y observé cómo Shep se bajaba el traje y dejaba ver una espalda trabajada; abajo tenía una malla parecida a unos shorts holgados de color rojo y sin más lo vi echarse un clavado a la piscina. Quedé inmóvil en el lugar.

—¿Y? —pregunté mientras observaba cómo cerraba los ojos y se mojaba la cabeza.

—Está realmente deliciosa... —susurró. El corte seguía marcado en el inicio de su frente—. Ven a darte un chapuzón —dijo con los ojos abiertos. Debo admitir que sonó tentador.

Dejé a un costado el algodón y comencé a bajarme el traje de neoprene.

Shep no me sacaba la mirada de encima y de repente sentí como si la escena fuese muy íntima, casi como si me estuviese desnudando frente a él. Quedé en biquini y luego entré lentamente en el agua. Realmente estaba caliente o nosotros nos encontrábamos helados por la lluvia y el mar.

Me metí todavía sintiendo que mi cuerpo no se relajaba.

—Lo de recién ha sido aterrador —suspiré viendo cómo la lluvia caía en una parte de la piscina y el jardín.

—¿Te asustaste? —preguntó burlón mientras se sumergía en el agua.

—Claro que sí, te perdiste por un momento —comenté mientras nadaba. El agua estaba

caliente y mis nervios comenzaban a relajarse.

—Una de las olas me tiró hasta el fondo —dijo y se tocó levemente la frente. Recordé el algodón y lo fui a buscar.

—A ver, ven —me acerqué a él en el agua; se había puesto de pie—. Baja —le dije y él sonrió sin mostrarme los dientes para luego flotar.

—No me hagas doler —susurró divertido mientras le pasaba el algodón por la herida.

—No seas tan quejón —le dije mientras seguía limpiando la herida.

La cercanía de nuestros cuerpos era notable, pero me sentía cómoda. Y esa maravillosa tensión... parecía como si todo por fin se calmara.

—¿Así que tuviste miedo de no verme más? —susurró con una pequeña sonrisa de lado. Lo miré dejando el algodón en el borde de la pileta sin cortar nuestra distancia.

—Tuve miedo de tener que rescatarte, sabes que no soy buena nadando en el mar —susurré viéndolo, nuestros rostros estaban cerca. Sus ojos me inspeccionaron con delicadeza sin dejar el clima juguetón.

—No eres buena nadando en ningún lugar, nena —se burló y golpeó su hombro.

—No todos somos Aquaman —me burlé juguetonamente para luego intentar separarme. Pero él fue más rápido y agarró mi cintura encerrándose entre el borde de la pileta y su cuerpo. Mi corazón latió con fuerza. Su brazo se sentía increíble en mi cintura, casi abrazada a él. Nos miramos por unos segundos, observé sus labios levemente abiertos.

—¿Qué haces? —susurré. Ambos estábamos rozando la punta de nuestras narices.

—Yo también me asusté cuando entraste en la rompiente. —Su voz era tan suave que parecía un sueño. Rozó la punta de su nariz con mi mejilla—. Maldita sea, Lina. Siempre soy sincero contigo y tengo que ser honesto esta vez... —susurró en un suspiro—. No puedo dejar de pensar en la noche de la fiesta... —dijo con voz ronca.

Llevé mi mano a su mandíbula y él me observó.

Estábamos debatiéndonos internamente qué hacer, esto no estaba bien pero se sentía... increíble. Sin más sus labios impactaron contra los míos, sentí cómo mi cuerpo cosquilleaba completamente. Llevé una mano a su cabello y él pasó ambas por mi cintura pegándose a él; sentí el calor de su piel contra la mía, sus labios moviéndose a la perfección con los míos, sus brazos fuertes sosteniéndome. Hasta que de repente nos separamos como si supiéramos perfectamente que habíamos hecho algo malo; él me miró con ojos grandes, mientras que yo me quedé estática en el lugar sin saber realmente qué hacer.

—Bien, nos dejamos llevar... —susurró algo afectado mientras pasaba sus dedos por su cabello.

—Sí, no volverá a pasar... —dije y nos miramos con la respiración agitada.

Nos acercamos uno al otro casi de forma desesperada y volvimos a impactar nuestros labios, como si fuese una necesidad; encerré mis piernas en su cadera y él volvió a acorralarme contra la pared de la piscina sin dejar de besarme con ferocidad. Una de sus manos tomó mi nuca mientras que la otra mi muslo trasero; las mías se perdieron en su cabellera húmeda que tanto había querido acariciar. Su lengua se entrelazó con la mía con delicadeza; madre mía, sentía todo mi cuerpo en llamas. Me iba a ahogar en el agua caliente. Shep pareció leer mi mente y caminó por la piscina sin dejar de sostenerme; de repente, sentí cómo pequeñas gotas caían arriba de nosotros. Estábamos en la parte descubierta de la piscina, sus labios me siguieron besando como si eso fuera todo lo que querían hacer para luego bajar a mi cuello.

—Shep —susurré en su oído agarrándome con fuerza a él.

—Lina —susurró burlándose y volviendo a besar mis labios; sabía besar como un experto.

Se separó levemente de mi rostro y nos vimos bajo la lluvia con la respiración agitada; acaricié su mejilla y vi sus ojos marrones conectar con los míos.

—Madre santa... —susurró. Estábamos algo pasmados, como si hubiésemos descubierto la pólvora. Estábamos asustados, encantados y excitados.

—Salgamos —susurré. Él asintió y nos separamos.

Tenía tantos sentimientos mezclados en el cuerpo que no sabía a cuál hacerle caso; con rapidez agarré dos toallas que se encontraban en el placard del jardín, cuando estuvimos parcialmente secos entramos a la oscuridad de la casa.

—Será mejor que prendamos unas velas —sugirió Shep mientras caminaba. Luego escuché un ruido—. Auch —protestó.

—Intenta no romperte la cabeza —dije, divertida, mientras abría los cajones en búsqueda de velas. Al abrir el tercero, bingo, allí estaban. Sin más, comenzamos a encender algunas velas en silencio.

—Me iré a cambiar —comenté mientras me llevaba una vela, él asintió.

Con rapidez, me cambié la biquini mojada por ropa interior seca, unos joggings y una sudadera grande. Amaba estar así cuando llovía. Bajé las escaleras y me llevé una sorpresa al ver a Shep en camiseta y pantalones secos preparando sándwiches.

—¿De dónde sacaste la ropa? —pregunté mientras me sentaba en una silla.

—Siempre llevo una mochila con una muda de ropa en el auto —comentó con una sonrisa de lado. Apoyó un plato con el sándwich frente a mí. Agarré una bebida y vasos, y ambos nos sentamos a comer en silencio.

—No es mi mejor receta, pero creo que... funciona —dijo luego de un rato.

No estaba prestando atención a lo que estaba comiendo, estaba muy concentrada en todo lo que había pasado y en que todavía podía sentir la tensión entre ambos. Y maldita sea, las velas y la oscuridad no ayudaban en nada.

—Creo que estaría bien si habláramos de lo que pasó en la piscina —dije luego de darle un mordisco al sándwich.

—¿Qué quieres hablar? —comentó divertido. Ya había terminado su plato así que simplemente estaba ahí cruzado de brazos, como si nada de esto lo afectara.

—Nos besamos, Shep. Me parece suficiente tema para hablar —dije frunciendo el ceño como si me estuviese tomando el pelo. Él bufó tirando su cabeza hacia atrás para luego mirarme.

—Somos amigos desde que somos niños, Lina. Es normal, compartimos mucho... —comenzó.

—¿Y esa es la justificación? —pregunté, él respiró hondo.

—No estoy intentando justificar nada, estoy intentando que no te atormentes con esto —dijo y me paré molesta en un intento de buscar más bebida. Pero él me frenó y evitó mi paso con el brazo estirado—. Ven aquí —susurró haciendo que me diera un temblor. Di un paso hacia él y con un movimiento de brazo hizo que me sentara ágilmente en su regazo. Pasó una mano a mi mandíbula haciendo que lo mirara—. No sé qué está pasando entre nosotros, pero está pasando... —dijo cerca de mi rostro, sin más cortó con suavidad la distancia de nuestros labios y lo besé. Shep respondió el beso casi de forma automática; nuestras lenguas se juntaron en un juego húmedo y lento. Mis manos reposaron en su nuca mientras que él me abrazaba manteniéndome cerca de él—. Y se siente jodidamente correcto... —susurró mientras besaba mi mejilla y bajaba a mi cuello dando besos lentos.

—Shep... creo... —murmuré sin terminar la frase. Volví a buscar sus labios, él sonrió

levemente.

—¿Qué crees? —susurró juguetón para luego morder mi labio inferior con delicadeza haciendo que comenzara a perder la cordura.

—Creo que... —empecé nuevamente intentando apartar mi mente del chico que ahora mordía con suavidad mi mandíbula, pero perdí mis dedos en su cabellera—. No me dejás concentrar —dije divertida.

—Mis disculpas, nadadora. Pero no te sigo —habló divertido mientras volvía a besar mis labios.

—Shep, esto está mal —susurré mientras separaba mi rostro del suyo. Él respiró hondo y me observó.

—Lo sé —dijo algo derrotado mientras jugaba con un mechón de mi cabello—. ¿Nunca te lo imaginaste? —preguntó de repente y lo observé. Mis ojos pasearon por sus facciones, era un chico realmente masculino y dulce. Claro que había imaginado esta escena, miles de veces.

—Sí —susurré, él sonrió de lado como si no hubiese podido contenerse.

—Bueno, yo también lo imaginé. Pero nunca pensé que se sentiría así —dijo con lentitud y todo quedó en silencio.

Simplemente nos observamos como si recién nos conociéramos, como si nunca hubiésemos sido amigos, como si él no fuese el niño que me ayudó a salir del agua cuando tenía siete años. Un ruido en la puerta nos hizo quedar petrificados.

—Mis padres —dije separándome rápidamente de él. Caminé con algo de ansiedad hasta la cocina sin saber qué hacer así que abrí el refrigerador.

—Se cortó la luz —habló mi madre—. ¡Shep! —dijo saludando al chico—. Qué bueno que viniste a hacerle compañía a Lina, me daba miedo que estuviera sola sin luz —comentó. Luego apareció mi padre también a saludarlo.

—Sí, en realidad estábamos esperando a que dejara de llover —comentó el castaño.

—Dejó de llover hace un rato... —respondió mi padre relajado. Shep miró algo quedado.

—Claro, sí. Entonces me iré —sonrió como si nada pasara; sí que sabía mentir.

Saludó rápidamente a mis padres, para luego depositar un beso en mi mejilla y desaparecer sin más, dejándome con la cabeza hecha un lío.

Capítulo 4

Dejé que el sol quemara con suavidad mi piel; durante el año no era fanática de broncearme, pero cuando llegaba el verano era algo que sentía casi como una necesidad. Aun así odiaba el calor y la transpiración... así que tal vez era una chica más de invierno.

Mi mente no dejaba ir a Shep ni por un segundo.

—¿Por qué no nos vemos durante el año? —preguntó Terra acostada a mi lado mientras se daba vuelta para broncearse la espalda.

—Claro que nos vemos —le contesté algo adormilada.

—Ya sé, pero... a lo que me refiero es a que no nos vemos tanto. Es como si todos fuéramos amigos solo por el verano —susurró mientras se cubría los ojos con los anteojos y miraba a la gente en la playa.

—Cada uno tiene su vida, y además vivimos lejos... —comenté—. Pero sí nos vemos a veces, por lo menos yo los veo a ustedes tres —dije tranquila.

A veces en las cenas que organizaban nuestros padres durante el año también nos veíamos nosotros, pero entendía el punto de Terra: pasábamos todos los días del verano juntos y luego simplemente... adiós. Siempre había sido así y parecía de lo más normal.

—¿Qué te ocurre? —pregunté mirándola a los ojos.

—Las vacaciones se terminan y creo... creo que te extrañaré —dijo divertida. Reí.

—Todavía no terminaron, deja de llorar —dije y volví a acostarme.

—Me contó un pajarito que Axel te invitó a salir —dijo con lentitud. Suspiré.

—Sí, dijo que me pasará a buscar el viernes —comenté al pasar. Terra hizo una mueca.

—No tengo nada en contra de Axel... pero siempre fue un chico especial —comentó apoyada en sus antebrazos—. Y en especial contigo... todavía recuerdo cuando intentó decapitar a tu muñeca —dijo negando con la cabeza. Carcajeé.

Axel había intentado cortarle la cabeza a Betty y lo habíamos encontrado con las manos en la masa.

—Siempre intentó llamar la atención —agregué.

—No lo sé, es un chico lindo... pero —pensó las palabras antes de decir las—, no es para ti —concluyó mirándome a través de los lentes.

—¿Quién es para mí entonces? —pregunté levantando una ceja e intentando ver algo a través del sol. Ella sonrió.

—El castaño que tiene un cuerpo matador y una sonrisa compradora, y por el que todas las chicas se vuelven locas —comentó mirándome.

—Shep no está a mi alcance, Terra —susurré.

—Por que tú no lo dejas... —dijo—. El chico está siempre mirándote. Tendrías que haber visto cómo se puso en la fiesta cuando te besaste con Axel —comentó—. Parecía un maldito hombre reclamando lo que es suyo —dijo divertida. Esa frase era tan... Terra—. Y eso que todavía sigue siendo un adolescente... no me quiero imaginar en un par de años más —habló pensativa.

—Shep está de novio y yo soy su amiga, él siempre me verá como a una hermana menor — dije lentamente. Terra bufó ahora dándose vuelta para quedar boca arriba.

—Esa relación no durará —habló lentamente—. Y tú, no entiendes nada... —me dijo mientras se sacaba los anteojos y se los ponía en la cabeza—. Pobre... el dulce, apuesto y encantador Shep. Su chica no quiere reclamarlo —susurró divertida.

—Cállate, imbécil. Tienes que dejar de ver programas de animales —dije golpeando su cabeza delicadamente, ella rio—. Oye, ¿sabes el verdadero nombre de Shep? —pregunté. Mi amiga me miró con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Shep no se llama así? —preguntó y negué con la cabeza.

—Nadie sabe su nombre real —susurré.

—¿Le preguntaste a sus padres? —preguntó y asentí.

—Sí, pero siempre esquivan el tema, estoy segura de que Shep les pidió que no lo dijeran. ¿No es raro? —pregunté, mi amiga se encogió de hombros.

—Shep siempre tuvo aire misterioso, como si ocultara algo. Esa cara de angelito lo delata — comentó. Pero eso me dejó pensando. Shep siempre me había parecido transparente, como si no ocultara nada.

—Nos besamos —dije de forma rápida. Terra se sentó de golpe.

—¿¡QUÉ!?! —gritó. Observé a lo lejos a nuestros padres que tomaban sol y charlaban.

—¿Puedes no gritar? —susurré.

—Estamos hablando de él hace rato y recién ahora me dices que se besaron —dijo con los ojos como platos—. ¿Cuándo? ¿Cómo? —insistió.

—Nada, salimos a surfear como siempre y... estaba lloviendo, él vino a casa... —dije intentando no entrar en detalles—. Y nos besamos... —finalicé.

—Madre santa —susurró algo en *shock* y se acostó nuevamente. Reí—. Sabía que iba a pasar, pero... no pensé que tan pronto —comentó—. Habrá que ver qué ocurre con Camille —dijo ella luego de un rato. Asentí sin querer hablar más del tema.

—¿Lina? —Una voz masculina llamó nuestra atención. Observé desde el piso al chico que me había hablado unos días atrás. Se veía más grande que nosotras.

—Benjamín, ¿no? —pregunté mientras me paraba y me quitaba un poco de arena con las manos.

Llevaba el cabello suelto, un rubio casi dorado que caía debajo de sus orejas en forma de rulos, y lentes oscuros.

—Sí, lamento molestarte... —comentó con una sonrisa—. Justo te vi y quería avisarte que no quedan vacantes para la competencia —me informó—. Pero mañana se hará la de *off the wall* en esa misma playa, así que si te interesa puedes ir a verla y ver cómo es el formato... —dijo—. Yo estaré allí también.

—Claro, mañana iré entonces —anuncié sin más. Luego de unos segundos se despidió; cuando me di vuelta, Terra me observaba desde la arena con una ceja levantada.

—¿Qué? —pregunté mientras volvía a acostarme.

—Ah, lo tenías guardado... —dijo divertida.

—Cállate, ¿sí? —dije acostándome boca abajo dispuesta a descansar.

Caminamos con tranquilidad por la calle de tierra. El día estaba nublado así que no había mucha gente a la vista y de repente me insulté mentalmente por no haber traído un abrigo.

—Peter parece un buen chico —dije para continuar la conversación.

—Lo es, aun así tuvo algunos problemas para hacer amigos en el instituto. Ve a mi familia como la suya, ¿sabes? Y eso es como tener un hermano de mi edad —me dijo sonriendo de lado—. Allí. —Señaló la arboleda y comenzamos a caminar hacia lo que parecía un bosque. Los árboles no eran tan espesos como los que recordaba en Cariló pero sí igual de hermosos y alejados del barullo de los veraneantes.

Habíamos estado surfeando por horas, así que decidimos almorzar; Shep había propuesto comer en el bosque y me había encantado la idea. Compramos hamburguesas en un local cerca de la playa.

—¿Qué tiene de especial la tuya? —preguntó luego de varios minutos.

—Qué está deliciosa, eso tiene de especial —dije sonriendo.

Estaba muerta de hambre, él rio mientras apoyaba la espalda en un árbol.

El bosque era tranquilo, pacífico, y el verde de los árboles y las distintas flores lo hacían ver como si fuese mágico. Comimos en un silencio cómodo; con Shep, siempre habíamos podido estar en un silencio estupendo.

—Ahora que terminaste el instituto, ¿qué piensas estudiar? —pregunté sin poder terminar la hamburguesa; él, por su lado, ya la había terminado y tomaba de su Coca-Cola con tranquilidad.

—Medicina —dijo y me tomó completamente por sorpresa.

—Pensé que seguirías con la natación —le dije mientras bebía; él sonrió de lado relajado.

—Seguiré con la natación y estudiaré Medicina —comentó mientras miraba el bosque con detenimiento—. Siempre quise ayudar... de alguna forma... —susurró y sentí un estrujón en mi pecho. Desde que lo conocía, él siempre había sido bueno con cada persona que conocía, hasta con su primo Axel; aunque tenían muchas diferencias, él igual lo ayudaba con lo que necesitara. Pero nunca me había imaginado que quería dedicar su vida a eso.

—Doctor Soriano —me burlé y él sonrió dándome esa hermosa sonrisa; los *brackets* que había usado cuando era niño habían hecho un excelente trabajo—. Tal vez... ¿doctor Jerónimo Soriano? —Dio una carcajada y achinó levemente los ojos mientras miraba hacia otro lado.

—¿Jerónimo? ¿En serio? Se te han ocurrido mejores —dijo—. Nunca lo sabrás —concluyó divertido.

—¡Vamos, dime! Prometo no decírselo a nadie —dije cruzando mis manos frente a mi rostro. Él negó con la cabeza con una sonrisa para luego acostarse mirando al cielo.

—¿Sigues bailando? —preguntó.

—Sí, más que nunca. Es lo único que extraño en las vacaciones —comenté.

—Me gustaría verte —dijo y su voz causó estragos en mis emociones. Sin poder contenerme, sonreí.

—Tal vez me puedas verme en alguna clase —sugerí con lentitud—. Cuando termine el instituto me gustaría dedicarme solo a eso... —dije relajada.

—Es una gran idea, puedes ir a perfeccionarte a otros países y viajar... —susurró soñando conmigo. Una pregunta vino directo a mi mente.

—¿Qué ocurrió con Camille? —le pregunté estirando las piernas; él respiró hondo tomándose su tiempo.

—Estamos distanciados... —dijo como si no quisiera hablar del tema—. Tengo la cabeza hecha un lío —finalizó.

—No eres el único —susurré acostándome a su lado y observando las copas de los árboles que dejaban entrever el cielo. Me acomodé de costado luego de un rato en un intento de entrar un

poco más en calor y aproveché para observarlo. Miré su perfil con tranquilidad y la forma en que parecía estar pensando sobre muchas cosas a la vez. Así era Shep: era dulce y sociable, pero cuando estaba en un lugar seguro era callado y reflexivo, y de repente sentí ganas de saber qué era lo que pasaba por su mente.

—¿Estás viendo algo interesante? —preguntó levemente burlón mientras me miraba. Mis mejillas ardieron, nuestros rostros estaban cerca.

—Nada, un tonto me tapa la vista —le dije sonriendo sin mostrar los dientes. Él carcajeó.

—¿Por qué no viniste los dos veranos anteriores? —De repente, la pregunta salió de mi boca. Él me miró con el perfil apoyado en el pareo sobre el que estábamos recostados.

—Tenía cosas que hacer —susurró y su mirada me perforó por completo. Las sombras de las hojas lo hacían ver como un joven sacado de una película de Nicholas Sparks—. No estaba de humor, así que me quedé en mi casa —finalizó y supe que esta vez no estaba siendo honesto. Algo estaba ocultando, pero era de su privacidad. No quería invadirlo. Nuestras miradas siguieron conectadas—. ¿Tienes frío? —preguntó acariciando mi brazo desnudo.

—Algo —dije y él ya se había sentado para rebuscar en su mochila. Sacó una sudadera negra, la puso sobre de mis hombros y se volvió a acostar.

La prenda tenía su maravilloso aroma y me dejó medio atontada.

—Gracias, «señor preparado para todo» —susurré con una pequeña sonrisa mientras me recostaba sobre mi antebrazo; él me miró por un largo rato, como si no quisiera perderse ningún detalle. Con lentitud, acarició mi mejilla y llevó una mano a mi mandíbula y con el pulgar acarició mi labio inferior. Me atrajo hacia él; sin oponer resistencia besé sus labios, se sentía extraño, maravilloso. Era un beso lento, íntimo y suave. Separé mi rostro y lo dejé cerca del suyo, nos miramos con tranquilidad, como si besarnos fuese de lo más normal... es que así se sentía.

—Ven aquí —susurró y me abrazó, apoyé mi cabeza en su pecho sintiendo su corazón latir con fuerza y así nos quedamos, tirados en la mitad del bosque, sin entender qué era lo que estaba ocurriendo entre nosotros. Era algo nuevo y extraño, pero se sentía como si toda nuestra vida hubiésemos vivido así.

—Así que... doctor... ¿Simón? —pregunté y él dio una gran carcajada. Comenzamos a reír.

Descubrir su nombre iba a ser imposible, de eso estaba segura.

Había bastante gente en la playa para ser una competencia de surf. En una caseta, un hombre relataba los movimientos de cada surfista y un jurado de tres personas evaluaban distintos factores: tamaño de ola, dificultad y piruetas.

—Es buena... —comentó Shep señalando a una chica morena que surfeaba con agilidad una ola. Asentí mientras la miraba. Era claro que los competidores eran profesionales. Me sentía intimidada.

—Son todos buenos... —susurré. La voz del relator y una música de fondo llenaban todo el ambiente de la playa.

—¡Madre santa! El golpe que se dio ese tipo —dijo Terra horrorizada—. ¿Está bien? —preguntó, los cinco vimos cómo el hombre salía del agua dando manotazos para luego agarrarse de la tabla con todas sus fuerzas.

—¡Ey, Lina! —Benjamín apareció con una sonrisa y una gorra que le cubría el rostro del sol —Qué bien que han venido —dijo al vernos—. ¿Se divierten? —preguntó. Asentimos—. Es una competencia ardua, los del jurado no la tienen fácil... —comentó divertido.

—Creo que mi favorita es la morena de allí. La del traje rojo —comenté y la señalé.

—Camila Polari —dijo—. Es buena. Pero creo que tú le hubieses hecho comer el polvo... —dijo mirándome. Reí. Estaba coqueteando conmigo.

Oímos un carraspeo.

—¿Es por puntos? —preguntó Shep de repente. Benjamín lo miró sin entender—. La competencia. ¿Es por puntos? —preguntó con las manos en los bolsillos.

—¡Ah! Sí, así es. Los jurados se encargan de eso. Los de mayor puntaje pasan directo a la siguiente categoría y los demás compiten entre ellos hasta que haya dos eliminados —le respondió amablemente—. Iré a buscar unas cervezas. ¿Alguno quiere? —preguntó. Terra, Peter y yo le dijimos que sí mientras que Shep y León, que no.

Cuando Benjamín desapareció, continuamos hablando sobre los surfistas; la competencia era dura, algunos salían realmente frustrados cuando caían de la ola o hacían alguna maniobra de novatos, que los hacía perder puntos y quedar en riesgo de ser descalificados.

Bebí de mi vaso de cerveza mientras escuchaba a Benjamín, que nos contaba cosas de los participantes; era increíble todo lo que sabía y era realmente agradable.

—¿Ustedes surfean? —preguntó el rubio mirando a los demás. Todos negaron con la cabeza menos Shep que ni siquiera se dignó a contestar.

—Shep surfea desde que es pequeño... —comenté mirándolo unos segundos para luego observar a Benjamín, que sonrió.

—Sí, ¿ustedes dos no surfean todo el tiempo juntos? —preguntó. Yo asentí—. Te he visto... es como si hubieses nacido en el agua, tienes un talento muy grande para nadar —comentó. ¿Por qué para nadar y no para surfear? Si había algo en lo que se destacaba Shep era en surfear.

—¿Debo agradecerte por decir eso? —preguntó un Shep cruzado de brazos que miraba a los competidores para luego mirar al rubio. ¿Qué le pasaba?

—No, claro que no. Simplemente fue una observación... —dijo Benjamín en un intento de calmar las aguas para luego volver a mirar el mar al igual que Shep. Terra y Peter ayudaron en la conversación y preguntaron cosas de surf. Agradecí que cortaran la tensión.

—Gorrión. —Alguien apareció al lado de Benjamín con una cámara profesional—. Disculpa que te molestemos... ¿Podríamos hacerte una entrevista para el canal local? —preguntó.

—Claro —asintió—. Ya vuelvo... —dijo y se fue junto a los hombres.

—¿Qué demonios? —preguntó Terra—. ¿Quién es este Benjamín? —dijo.

No lo sabía realmente.

—Es el Gorrión Gómez —contestó Shep con las manos en los bolsillos y sin dejar de observar a los competidores—. Fue competidor en el ASP —dijo lentamente, casi aburrido.

—¿El qué? —preguntó León.

—El campeonato mundial de surf. Es conocido porque en las tandas finales se dislocó el hombro luego de un golpe en un banco de arena y tuvo que dejar la competencia. No volvió a intentarlo —relató el castaño—. Es uno de los principales financistas de los campeonatos de surf en Latinoamérica —finalizó.

—¿Qué demonios? —repitió Terra sin poder creerlo—. Madre santa, Lina... te está coqueteando un maldito famoso —dijo mi amiga con ojos grandes. Reí.

—No está coqueteando conmigo... —dije quitándole importancia.

—Sí, sí, lo está haciendo —contestó Shep todavía con la mirada fija en el mar.

—¿Hace cuánto sabes que él es... él? —le preguntó Peter a Shep.

—Desde que lo vi la primera vez hablando con Lina —Shep se encogió de hombros, parecía

aburrido.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Terra.

—Parece de unos treinta —respondió León. Shep suspiró.

—Iré por una cerveza —dijo sin más. Se dio media vuelta y se perdió entre la gente.

—Está que hierve de celos —me susurró divertida mi amiga.

Luego de largos minutos donde varios concursantes fueron eliminados, Benjamín volvió a aparecer.

—Oye, Lina, ven. Quiero presentarte a alguien... —comentó con una sonrisa.

—Claro —dije y miré a Terra que me observaba con una sonrisa. Empezamos a caminar por la playa entre la gente.

—Tony, mira a quién te traje —le dijo el rubio a un hombre que se encontraba sentado en un *deck* de madera.

—¿A quién, Gorrión? —preguntó el hombre recordete.

—¿Recuerdas de que te hablé de una chica prodigio en las playas de Mar del Plata? —preguntó el rubio. Sentí mis mejillas arder.

—¡Sí! ¿Es ella? —preguntó el hombre quitándose los lentes negros para verme mejor.

—Hola —saludé.

—Sabes que el Gorrión tiene muy buen ojo para la gente talentosa, ¿no? —preguntó el hombre.

—Hace tan solo unos minutos no sabía quién era el Gorrión... —dije siendo completamente sincera. Ambos rieron.

—Lamentablemente, no nos quedan más cupos en los concursos y no podemos hacer una excepción esta vez —comentó—. Pero en unos días haremos un evento con mucha gente importante del surf que tal vez te interese conocer... —dijo el hombre con una sonrisa—. Y estás invitada.

¿Qué? ¿En serio?

—¡Gracias! No sé qué decir... —dije con una sonrisa. Benjamín rio. A los pocos minutos, ya estábamos camino a donde estaban los demás—. En serio, muchas gracias por esto, es una locura —le dije en el camino.

—No te preocupes, siempre es un placer ver talentos jóvenes... —respondió y se dio vuelta para saludar a una persona que quería sacarse una foto con él.

—Me dijiste que... habías participado en una competencia y te habían hecho papilla... ¿Cómo puede ser que también hayas ido a una internacional y casi ganaras...? —hablé. Él carcajeó.

—Estuve lejos de ganar. Igual yo me refería a que cuando empecé, intenté participar en una competencia de aquí y realmente me hicieron papilla. Eso me ayudó a seguir entrenando —comentó. Asentí cuando llegamos con los demás—. Iré a ver que todo esté en orden con los jueces. Te llamo luego para arreglar lo del evento —comentó con una sonrisa y se fue.

—¿¡Que?! ¡Tiene tu número y te llamará! —dijo Terra emocionada.

Una vez que la competencia terminó, caminamos tranquilos por la calle en búsqueda de un lugar para cenar.

—Estás extremadamente silencioso —le dije a Shep, quien caminaba a mi lado con el cabello despeinado como siempre.

—Oh, sí, ver cómo un tipo te coquetea es algo divertidísimo... —se burló.

—Estás celoso —susurré sin poder creerlo, él frunció el ceño.

—Algo... —dijo encogiéndose de hombros.

Reí viendo cómo miraba al frente para no verme a los ojos; con rapidez acerqué mi rostro al suyo aprovechando que los demás iban adelante para besarlos apenas.

—No tienes por qué... —susurré sonriendo al ver su rostro lleno de estupefacción y diversión.

—Me vas a volver loco y lo sabes —dijo mirando mis labios cuando me separé. Con rapidez pasó una mano por mi nuca y volvió a besarme.

Nos separamos divertidos, pero la mirada de Shep fue ahora a León, que miraba hacia atrás. Sin más, Shep se llevó el dedo índice a los labios en señal de que hiciera silencio. León asintió y siguió caminando. Empujé juguetonamente al castaño y comencé a caminar al lado de él.

—No, no, no quiero —grité dando unos pasos hacia atrás. Los de la fila me miraban con mala cara. Terra y León me hacían señas para que me tirara mientras filmaban.

—Debes tirarte. —El hombre del parque me miraba con el rostro cansado. Observé el gran tobogán frente a mí, era demasiado empinado.

—Venir a un puto parque de agua no fue una buena idea —dije asustada.

León lo había propuesto, ya que faltaban pocos días para que terminaran nuestras vacaciones, pero esto no era divertido. No, para nada.

—Oh, vamos, nadadora. ¿Puedes surfear olas de cuarenta metros y no te animas a tirarte de un tobogán? —preguntó Shep un poco más lejos haciendo la fila, claramente él se había tirado y estaba por hacerlo por segunda vez. Dejé pasar a algunas personas que parecían no ver el peligro de la atracción.

—Cállate, Pedro —le dije y pude escuchar su risa. Luego de unos cortos minutos, era el turno de Shep—. Primero pasa tú —me dijo señalando.

—No, me bajaré. No quiero —dije, pero él me frenó—. Oye, ya me tiré y aquí estoy. Vivo y con todas las partes de mi cuerpo en su lugar —comentó mirándome; era más alto que yo, por lo que me parecía levemente intimidante.

—Sí, pero yo soy más menuda... —comenté.

—¿Estás diciéndome gordo? —preguntó fingiendo sentirse ofendido mientras apoyaba su mano en su pecho y abría sus ojos. Reí.

—¡Oigan, queremos tirarnos! —gritó un niño desde atrás.

—Vamos, tú puedes —me dijo haciendo caso omiso al chico. Caminé algo indecisa hacia la abertura del tobogán; la distancia era larga y mis amigos se veían pequeños desde allí.

—¡NO TENEMOS TODO EL DÍA! —gritó Axel mientras se reía y le decía algo a Peter, quien negaba con la cabeza.

—No, no puedo... —susurré alterada. El hombre del parque bufó.

—Entonces baja, niña —ordenó el hombre de mala gana.

—Es un puto tobogán, Lina. No pasará nada... —dijo Shep intentando no perder los nervios—. Nena, es un juego... Es seguro, te lo prometo —dijo suavizando la voz.

¿Qué necesidad había de sufrir así?

—Hagamos esto... si te tiras, yo... —comenzó.

—¡Tírate de una vez, rubia! —gritó de nuevo el de la fila.

—¡Cierra la boca, idiota! —le dijo Shep y este calló.

—Si te tiras... te diré mi nombre, ¿sí? —habló mientras ponía sus manos en mi cintura, di un paso para estar frente a él, que sonrió de lado.

—Es que no estoy seg... —suspiré.

—Ahora —dijo Shep mirando al hombre del parque y dio un paso para atrás. Cuando me quise dar cuenta, estaba cayendo por el tobogán mientras gritaba a todo pulmón; caí en la piscina y salí a la superficie.

—Eso irá a Internet —habló Terra riendo.

—Nunca vi a alguien tirarse tan mal de un tobogán... —comentó Axel haciendo una mueca.

—Lo mataré —gruñí viendo cómo Shep bajaba por el tobogán y terminaba en la misma piscina que yo. Al salir, se rio al verme—. ¡Maldito embustero! —grité tirándome encima de su espalda; intenté hundirlo y tratar de ahogarlo.

Bueno, no tanto, pero estaba realmente enojada.

—Esto también irá a Internet —dijo Terra mientras nos grababa.

—Te juro que te mataré —repetí engancho mis piernas en su cuerpo, Shep se estabilizó sin dejar de reír.

—Si ni siquiera te animas a tirarte de un maldito tobogán, no podrás matarme —dijo para luego sumergirse y hacer que ambos nos hundiéramos. Me agarré más fuerte y tiré de su cabello.

—Auch, auch, auch —dijo entre risas—. Para, límite infraqueable —dijo con las manos arriba.

—Dime tu nombre entonces —le dije con la mandíbula apretada—. Me lo prometiste.

—Claro que no, te lo prometí si te tirabas. Yo te tiré —dijo sonriendo, tiré aún más fuerte de su cabello.

—¡Lina, toma un maldito tranquilizante! —dijo entre divertido y adolorido.

—Terra, ¿por qué no le mandas el video también a Camille? —La voz de Axel nos hizo detener la pelea ficticia que estábamos teniendo. Con rapidez, me separé de él, Shep miró serio a Axel desde su lugar—. Era un chiste, primo, no me pongas esa cara. Si todos sabemos que ustedes dos son buenos amigos, nada más... —dijo el rubio.

—Sigamos —dijo León mientras se paraba del borde de la piscina; salimos y el grupo comenzó a buscar otras atracciones.

Subimos a diferentes toboganes, pero yo me mantuve lejos de los más altos; Terra y Shep eran unos malditos dementes: cuanto más altos eran, mejor la pasaban.

—Preparé algo especial para mañana —comentó Axel cuando estuvimos solos viendo cómo los demás se tiraban del tobogán que se llamaba «Poseidón»; de lo único que yo estaba segura en ese momento era de que quería mantenerme alejada de él.

—Ah, claro, lo de mañana... —dije intentando sacarle peso a la situación—. No sé si es correcto que nosotros dos... —dije sin saber muy bien qué decir.

—Será solo una salida, Lina —comentó encogiéndose de hombros—. Además, somos amigos también, ¿no? —dijo con una sonrisa.

No, no éramos amigos. Siempre habíamos sido algo así como enemigos.

—¿Por qué ahora? —pregunté de repente mirándolo—. ¿Por qué de pronto estás interesado en mí? —dije y él no se inmutó.

—¿Por qué? Antes eras una niña, ahora... —comentó mirándome de arriba abajo. Eso no me gustó—. Te veo diferente... y sé que no soy el único —sonrió sin más.

¿Él sabía lo de Shep?

—¿No nos vieron?! —Terra salió de la piscina completamente empapada—. ¡No nos filmaron! ¡Linaaa! —dijo mi amiga frunciendo el ceño; tenía su celular en mi mano.

—Nos desconcentramos, estábamos hablando de algo interesante... —dijo Axel.

—Bueno, no importa, sigamos —dijo Terra mientras buscaba su mochila; crucé miradas con Shep, que parecía serio. ¿Debería comentarle lo de mañana? No, ¿para qué? Si él seguía de novio, nosotros seguíamos siendo amigos.

Sí, un amigo con el que te besas.

Pasamos el resto de la tarde en el parque, pero Shep no había sido el mismo luego de la intervención de Axel con su pregunta sobre Camille. O tal vez fuera otra cosa, pero realmente no estaba de humor y eso era algo raro en él.

La noche comenzaba a caer y Shep le había dejado el *jeep* a Camilo.

—Creo que deberíamos tomar un taxi, está oscureciendo —dijo Peter, que se nos había unido a último momento, con tranquilidad.

—Peter tiene razón, no llegaremos a arreglarnos para la fiesta —comentó Terra, que abrazaba a León mientras caminaban; amaba lo unidos que eran como hermanos, ojalá fuera así mi relación con Marcos.

—Oh, vamos, no sean tan flojos. Caminemos —sugirió Axel de mala gana. Observé con rapidez a Shep, que iba caminando al fondo, tenía las manos en los bolsillos. Comencé a caminar más lento mientras los demás conversaban sobre lo que haríamos más tarde.

—¿Estás bien? —le susurré cuando estuve a su lado.

—Sí, ¿y tú? —preguntó esquivando mi pregunta.

—Estás serio —le dije luego de un rato—, y callado... —Algo muy impropio de él, que solía ser el alma de la fiesta.

—Estoy cansado, nada más —susurró mirando las casas.

—¡Oigan! —dijo Axel deteniéndose de repente—. Miren esa casa, ¿no parece de una película de terror? —preguntó señalando lo que parecía una casa abandonada; se encontraba detrás de un cerco que al parecer alguien había agujereado, tenía el pasto demasiado largo y las ventanas rotas gracias a unos piedrazos. Con la poca luz que había tampoco se podía divisar mucho, solamente que era una casa algo antigua y de seguro nadie vivía allí.

—Sí, gran cosa... —le dije irónica cruzándome de brazos, los demás rieron.

—¿Y si entramos? —preguntó Axel mirándome con desafío en los ojos.

—No seas infantil, Axel —contestó Peter—. Todavía estamos lejos y ya casi es de noche —finalizó.

—¿León? —insistió Axel.

—Paso, no encuentro atractivo invadir propiedades privadas —dijo para luego perder el interés y ponerse a mirar otra cosa.

—Bien, Shep. Volvamos a nuestra infancia —dijo el rubio sonriendo.

—Ya estamos grandes, Axel —comentó Shep con aburrimiento, Axel bufó.

—¿Adele? —preguntó mientras me miraba. Odiaba ese apodo y él lo sabía—. Bah, si no te animas a tirarte de un tobogán... no creo que te animes a esto —rio.

—Vamos —le dije de repente mientras caminaba hacia la casa. Pude escuchar la risa molesta del rubio siguiéndome.

—Lina —me llamó Terra en un intento de que diera la vuelta.

Cuando me quise dar cuenta estaba pasando por el agujero del alambrado. Al llegar al frente de la casa, la puerta parecía entornada; claramente no éramos los primeros en tratar de entrar al lugar. Alguien ya había forzado la puerta. En un intento de ahogar el miedo y la mala sensación que me daba la casa, moví la puerta y la abrí sin dar ni un solo paso. Ambos miramos hacia dentro, no se veía mucho, pero se notaba que era un lugar antiguo. ¿De qué año sería? ¿Cuánta

gente había vivido allí? ¿Por qué estaba abandonada?

—¿Vamos, o ya te asustaste? —dijo Axel con tono duro; me estaba provocando y yo como una tonta estaba siguiendo su juego. Nunca había sido miedosa, aun así, esto era aterrador.

Caminé con lentitud y la madera del piso crujió; el polvo volaba en el aire y en lo único que podía pensar era en que una linterna sería de mucha ayuda. No había muebles o tal vez los hubieran robado, tan solo restos de lo que había sido un sofá.

—¿Qué esperas? Entra, fue tu idea —la voz de Shep sonó y vi cómo empujaba a Axel, que estaba indeciso.

Una luz se hizo presente en la mano de Shep, llevaba un llavero con una pequeña linterna.

—¿Siempre preparado? —me burlé y él revoleó los ojos. Shep iluminó con la luz el lugar vacío. Era una casa de dos plantas.

—¿Creen que murió alguien aquí? —preguntó Axel mientras miraba a su alrededor y me dio un escalofrío.

—No sé si quiero pensar en eso en este momento —susurré mientras caminaba por la sala. Le hice señas a Shep para que iluminara el camino, entramos a lo que parecía ser el comedor y seguimos caminando hasta pasar a una gran cocina—. ¿Platos? —preguntó Shep algo confundido. Observamos los restos de una fina vajilla en el piso; alguien la había roto adrede.

Caminamos lentamente por el lugar hasta ver la escalera que conducía al segundo piso.

—Vámonos, ya oscureció —comenté. Shep asintió.

De pronto oímos un ruido en el piso de arriba.

—Ey, chicos, ¿me ayudan? —la voz de Axel sonó desde allí.

Nos miramos y suspiramos. Comenzamos a subir la escalera y al llegar al segundo piso observamos lo que parecía ser un pasillo completamente destrozado.

—¿Qué habrá pasado aquí? —pregunté al ver el lugar mientras caminábamos; las paredes estaban cubiertas por grafitis de artistas callejeros a los que no les había importado arruinar una bellísima pared.

—Tal vez unos ancianos vivían aquí y cuando murieron... la casa simplemente quedó olvidada —dijo Shep cuando entramos a una especie de habitación, allí solo estaba la base de lo que había sido una cama y unas cortinas sucias completamente desgarradas—. ¿Axel? —llamó Shep mientras se alejaba por el pasillo. Yo seguí mirando el lugar en un intento de iluminar con la pantalla del celular. Entré a otra habitación, se encontraba vacía y llena de polvo—. ¿Axel? —escuché cómo Shep continuaba llamándolo. Era un idiota, de seguro nos estaba jugando una broma.

Observé el placard que dentro de todo estaba en buen estado y caminé hacia él para luego abrirlo. De repente saltó una persona con rostro de muñeca dando un grito, grité lo más que pude e impacté mi puño contra él haciendo que cayera.

—¡Mierda! —gritó el que resultó ser Axel; se levantó la careta tocando su nariz.

—¿Qué pasó? —gritó Shep.

Mi respiración estaba agitada y mi cuerpo temblaba. No fue necesario explicarle lo que había pasado, cuando me quise dar cuenta, Shep arrastraba escaleras abajo a Axel. Los seguí con la adrenalina todavía corriendo por mi cuerpo, agradecí mentalmente cuando ya estuvimos fuera de la casa. Shep golpeó a Axel que ahora lo miraba con ira.

—¿Eres imbécil?! —dijo el castaño furioso; era la primera vez que lo veía así.

—¿Era una broma! —dijo Axel para luego pegarle a Shep.

Ambos comenzaron a golpearse y a luchar frente a la casa.

—¡Paren! ¡Oigan, paren! —gritó Terra acercándose junto a Peter y León—. ¿Qué pasó? —preguntó.

—Axel no tuvo mejor idea que asustarme con una máscara —respondí y levanté la máscara veneciana del piso; era antigua, de seguro la había encontrado dentro de la casa.

—¡Ey! —intentó detenerlos Peter.

Axel era más robusto que Shep y claramente estaba más acostumbrado a los golpes. Pero el castaño era más alto y musculoso, por ende era una pelea justa. Ambos cayeron al piso.

—¡Eres un imbécil! —gritó Shep pegándole con el puño en el rostro.

—¿¡Quién mierda te crees!? —Axel lo golpeó.

Entre León y Peter lograron separarlos, pero parecían listos para continuar la batalla.

—¿Acaso no te funciona el puto cerebro? —gruñó Shep. Realmente estaba sorprendida de ver esa faceta suya, siempre había sido el tierno y dulce Shep.

—Era un chiste —aclaró Axel zafándose de Peter.

—Un chiste de mierda —le contesté poniendo fin a la discusión—. La próxima métete el susto por donde te entre, imbécil —concluí y empecé a caminar hacia la calle.

Después de unos minutos, ya estábamos los cinco caminando en silencio. Axel y Shep estaban golpeados y adoloridos, pero eso no alivió el enojo, ya que seguían con los rostros de piedra y completamente callados.

Me senté a la pequeña mesa, quería que esta «salida» con Axel fuese lo más rápida posible, más aún con lo que había pasado el día anterior. Él se sentó frente a mí, tenía el ojo derecho morado y un pequeño tajo en su boca. Todavía no había visto cómo había quedado Shep, pero de seguro tenía las mismas heridas.

—Espero que no te asusten los chicos con golpes —apuntó señalando su ojo en un intento de hacer un chiste.

—Fue un golpe bien merecido —dije algo ácida con una pequeña sonrisa de lado.

Observé el lugar, era un bar de la zona céntrica. Claramente, era un sitio para parejas, por la iluminación y los colores en negro y bordó. Me arrepentí de no haberme puesto, por lo menos, un par de zapatos. Llevaba un vestido negro y zapatillas; si me llegaban a pedir identificación, me echarían porque era un lugar donde vendían alcohol.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó mientras se paraba para ir a pedir a la barra.

—Me da igual... —le comenté con sequedad. Él asintió para luego desaparecer entre algunas personas. No quería ser ruda con él, pero sabía que no tenía buenas intenciones. O simplemente estaba repitiendo lo que Shep me había dicho.

Observé al rubio de espaldas mientras le indicaba algo al barman. Lo conocía desde hacía muchísimos años, dudaba que fuera a herirme intencionalmente. Sí, es un imbécil que hace chistes malos y tiene problemas de egocentrismo... pero no es un mal chico. Tal vez debería ser amigable al menos por esta noche, para que no fuera insoportable para ambos. Intenté cambiar mi actitud; el rubio apareció con dos tragos.

—Brass Monkey —dijo mientras dejaba los dos vasos con lo que parecía jugo y algo rojo dentro.

—¿Qué tiene? —pregunté con el ceño fruncido.

—Vodka, ron y jugo de naranja... es la primera vez que lo pruebo —dijo no tan seguro. Asentí dándole un sorbo. Era dulce, bien.

—¿Conocías este lugar? —pregunté en un intento de sacar conversación. Negó con la cabeza.

—En realidad, me lo recomendó Shep —aclaró luego de dar un sorbo—. Vino con Camille hace unos días y me dijo que era un buen lugar —prosiguió como si nada.

Algo en mi estómago se estrujó. ¿Seguía viendo a Camille?

—Pensé que... habían terminado —comenté.

—¿Camille y Shep? —preguntó levantando las cejas—. Nah. Es una pareja extraña pero creo que se entienden... —acotó y mi estómago cada vez se sentía peor.

—Se nota que el lugar es para... parejas —dije observando a mi alrededor en un intento por cambiar el tema de conversación. Él asintió.

—No te asustes, vinimos como amigos, te lo prometo —se excusó para ablandar el ambiente. Se formó un silencio incómodo entre ambos—. Me gusta probar distintos tragos cuando estoy de vacaciones, después empieza la pretemporada de rugby y ya no nos permiten tomar alcohol —comentó.

—¿Tan estricto es? —dije luego de darle un sorbo a mi trago.

—Lo es. Me gustaría llegar a jugar en las ligas mayores —comentó encogiéndose de hombros.

—¿Pero no estás en la universidad? —pregunté.

—No, todavía no. Probé la carrera de kinesiología, pero no era lo mío... Así que estoy pensando qué me gustaría hacer —relató y la conversación comenzó a fluir.

Cuando Axel ponía de su parte y no se comportaba como un idiota, era alguien bastante inteligente y agradable para hablar; eso sí, los temas de conversación se restringían al deporte y no mucho más, pero estaba bien para comenzar.

—¿Por qué siempre pasas el verano con tus tíos? —pregunté.

Íbamos ya por la segunda ronda de bebidas, que me habían ayudado bastante a dejar de pensar en la salida... ¿o debería llamarla cita?

—Mis padres se divorciaron cuando yo era niño —relató—. Mi madre odia la playa, así que cuando era chico, Camilo se ofreció a llevarme con ellos de vacaciones. Y así es como todos los años me volví parte del plan... y simplemente se volvió una tradición. Podría decirse que son mi familia de verano —comentó sonriendo.

—¿Y tu padre? —pregunté.

—Apenas se divorció de mi madre, rehizo su familia. Tuvo una niña —comentó—. Es adorable, se llama Olivia. Y se centró en ellos. Aunque viene a ver las prácticas—contó a la vez que terminaba su vaso. De repente, sentí tristeza por Axel, parecía como si su familia lo hubiese abandonado. Ahora entendía por qué sentía la necesidad de llamar siempre la atención—. Shep es como un hermano para mí, ¿sabes? —dijo acomodándose en la silla—. El hermano modelo que todos aman —comentó con una leve acidez—. Pero es un buen tipo —asintió.

La noche comenzó a pasar y yo ya había tenido suficiente alcohol; cuando el rubio trajo la tercera ronda, mi mente ya estaba completamente fuera de lugar.

—¿Quieres que vayamos a alguna fiesta? —preguntó cuando salimos del bar y comenzamos a caminar por las calles iluminadas.

Lo bueno de los lugares de veraneo era que a la noche había mucha vida en el centro: gente paseando, lugares con música y muchas luces.

—No lo sé, se está haciendo tarde... y me gustaría ir a surfear temprano —repuse con lentitud. Él rio.

—Ah, cierto que tú eres de las que surfean temprano —dijo asintiendo—. Recuerdo ver una vez cómo el mar prácticamente te comió y luego te escupió —dijo como si recordara algo

realmente divertido—. Creo que era la primera vez que usabas una tabla profesional...

Efectivamente, había sido la primera vez que Camilo me había prestado una tabla; no había sido una buena experiencia.

—Sí, yo también lo recuerdo. ¿Tienes buena memoria? —pregunté.

—Solo para cosas importantes —dijo sonriéndome para luego seguir—. ¿Entonces un baile? —preguntó—. Conozco un lugar muy cerca... —insistió.

Realmente quería ir a casa, pero los tragos seguían haciendo efecto en mi mente.

—Solo unos minutos... —contesté y él pasó su brazo por mi hombro.

—Verás que lo pasaremos genial —prometió y automáticamente me arrepentí de lo que estaba por hacer.

Llegamos a un lugar que explotaba de gente y la música sonaba fuerte; quedaba a unas pocas cuadras de donde estábamos. Nos metimos entre el gentío en un intento de encontrar un hueco para poder bailar.

—Aquí —dijo Axel señalando un lugar.

Comenzamos a bailar, Axel no era para nada un buen bailarín pero en este momento poco me importaba. La música era una mezcla de pop con algo más electrónico, realmente bueno. Tal vez había prejuizado la salida con el rubio, después de todo lo estábamos pasando bien.

—¿Esos no son Shep y Camille? —quiso saber mientras señalaba una pareja.

Ver a Shep con Camille bailando apretados mandó a volar mi buen humor; como si él justo hubiese notado mi presencia, miró hacia mi lado y sus ojos pasaron de mí hacia Axel.

—Dejémoslos solos —sugerí dándome vuelta y agarrando la mano de Axel en un intento de mezclarnos entre la gente. Maldito Shep o como mierda se llamara.

No estaba en ninguna puta crisis con la novia, simplemente me había usado. Quería irme, pero antes quería gritarle unas cuantas cosas. Me había tomado el pelo.

Comenzamos a bailar nuevamente.

—¿Interrumpimos? —Shep apareció entre la gente, claramente nos había buscado.

—Lina, Axel... qué sorpresa —dijo Camille saludándonos.

—Sí, qué sorpresa —dijo Shep mirándome. Evité su mirada mientras seguía bailando; ellos se nos unieron y la situación no se pudo haber tornado más incómoda. O por lo menos para mí lo era, los demás parecían estar pasándolo bien.

Shep no dejaba de mirarme y cada vez me sentía más furiosa.

—Iré al baño —le informé por arriba de la música a Axel; él asintió.

—No te pierdas —bromeó y comencé a caminar entre la gente en un intento de buscar el baño. Había demasiada gente en el lugar y eso no ayudaba a mi humor.

Observé un cartel en verde que decía «salida», con rapidez empujé la puerta y salí. Respiré hondo el aire fresco de la calle poco transitada de la puerta trasera. Mi cabeza no podía pensar bien y la ira estaba en mi sangre. De pronto, apareció Shep, se veía muy serio.

—Oh, pero miren quién es. La estrella de la noche —anuncié, burlona, mientras aplaudía—. «Mi cabeza está hecha un lío» —me burlé en un intento de imitar su voz masculina. Él me miró desde su lugar, manteniéndose serio.

—¿Terminaste? —preguntó y eso me irritó aún más.

—No, ¿sabes? No terminé, imbécil —gruñí, molesta—. Puedes jugar con la chica que se te dé la puta gana, pero yo soy tu amiga —le dije mirándolo a los ojos.

—¿Piensas que no lo sé? —Achinó los ojos, molesto—. Aunque primero me gustaría preguntarte: ¿qué mierda haces con Axel? —quiso saber sin sacarme los ojos de encima. Reí.

—Ah, encima crees que puedes cuestionarme... Te recuerdo que estoy soltera —aclaré sin poder creerlo—. Eres un idiota —lo insulté sintiendo distintas emociones en mi cuerpo. Detuve mi diatriba por un segundo para mirarlo.

—Lina, claramente has tomado de más y esto parece peor de lo que es... —intentó calmarme—. Ve con Axel y vuelve a tu casa. En una hora te veré allí —ordenó.

—¿Para qué? Para meterte en mi piscina y ¿jugar al maldito Jack de *Titanic*? —me burlé—. Estabas tan pendiente de las intenciones de Axel, pero en realidad creo que lo que te asustaban eran las tuyas... Lo arruinaste todo, Shep. Ni se te ocurra pasar luego por mi casa —repuse molesta y volví a entrar al lugar, sabía que él me estaba siguiendo, pero me encontraba demasiado molesta como para continuar con la conversación.

—Me voy —le anuncié a Axel cuando llegué a donde estaba bailando con Camille.

—Vamos juntos —me dijo el rubio y asentí. Saludamos a Camille y me aseguré de salir lo más rápido posible del lugar.

Todo el camino de vuelta a casa me mantuve en silencio mientras Axel intentaba sacar algún tema de conversación.

—Gracias por acompañarme —le dije algo seca.

—¿Estás bien? Pareces molesta... —dijo mirándome, negué con la cabeza.

—Tengo sueño, no te preocupes —me excusé para luego besar su mejilla. Pero él corrió antes su rostro y pegó sus labios a los míos, tomándome completamente por sorpresa. Sin más, movió su boca sobre la mía, que respondió con algo de tardanza; entonces me di cuenta de lo que estábamos haciendo, y por si fuera poco frente a mi casa, y me separé. Sus labios no encajaban con los míos, como los de... su primo.

—La he pasado bien, Adele —me susurró.

—Yo... yo odio ese apodo —murmuré molesta, él simplemente rio. Me di vuelta y entré con rapidez a mi casa.

Maldita noche.

Maldito Axel.

Maldito Shep.

—¿Estás segura de que no quieres venir a la playa? No quedan muchos días... —preguntó mi madre mientras aparecía por la puerta de mi habitación.

—Sí, no me siento del todo bien. Prefiero quedarme, cualquier cosa llamo a Terra y me uno a ustedes —sugerí. Ella se acercó y besó mi frente para luego irse.

Sabía que se juntarían las tres familias en la playa y lo que menos quería era estar en un mismo lugar con los dos primos. Y menos si también estaba Camille.

Pasé las horas siguientes comiendo galletas y mirando distintos programas de televisión, pero la verdad era que no podía prestarle ni puta atención a nada, solo podía pensar en una cosa... Shep. Era mi amigo, ¿cómo me había mentado así? ¿En qué te ha mentado? En que estaba en crisis con la novia. ¿Cómo sabes que ayer no estaba en crisis? Simplemente los viste juntos.

El timbre sonó, con lentitud me acerqué a la ventana: el *jeep* turquesa estaba estacionado en el frente y el chico de cabello castaño se encontraba frente a mi puerta. Di un golpe a la ventana para llamar su atención, él me observó y me hizo señas de que le abriera.

—V-e-t-e a l-a m-i-e-r-d-a —separé las letras para que pudiera leer sin problemas mis labios, sin más, volví al sillón.

—No eres muy educada cuando quieres —la voz de Shep sonó y vi cómo cerraba la puerta corrediza del jardín.

¿En qué mundo dejan la maldita puerta del jardín sin traba?

—Vete o llamo a la policía —sentencié sin moverme del sillón. Él carcajeó, ácido.

—¿No puedes ser más infantil? —repuso cruzándose de brazos.

—Sí, puedo. En breve comenzaré a tirarte galletas... —amenacé mostrándole el paquete. Noté un pequeño golpe en su pómulo y una herida en la ceja—. Y es un *pack* familiar, así que te recomiendo que te vayas... —insistí agarrando el control y cambiando de canal sin realmente ver ninguno.

—¿Puedes prestarme atención por un momento? —preguntó mirándome.

—Lo lamento, pero cuando no le abro la puerta alguien y esa persona decide entrar por la fuerza, creo que es claro que no quiero prestarle ni un segundo de mi tiempo —contesté para luego masticar una galleta de chocolate. Sin más, se acercó al televisor y lo apagó—. Eso no está para nada bien —le dije sentándome en el sillón y mirándolo con los ojos echando fuego.

—Levantarás el trasero, lo pondrás en mi *jeep* e iremos a dar un paseo para hablar... como hacen los amigos normales —comentó mirándome fijamente.

—Ahí es donde te equivocas. Nosotros no somos amigos normales, tiraste eso por el retrete el día que me besaste —relaté con molestia.

—Marcos está viniendo y ya no podremos hablar —me informé.

—Bueno, bien. Será mejor que te vayas entonces, porque le diré toda la verdad —dije con una falsa tranquilidad en mi voz. Shep pasó una mano por su cabello.

—Eres malditamente frustrante cuando quieres —susurró—. Mira, si te tengo que cargar al auto, lo haré. Pero será mejor que te muevas, Adelina —amenazó señalándome. Me paré, molesta.

—¡Pero miren todos! Si es el dulce y compasivo Shep... Creo que se te está cayendo la máscara —dije ácida.

—No hay manera de tratarte de otra forma, ni siquiera me escuchas —se excusó, molesto, para luego respirar hondo. El silencio se hizo en la sala—. Necesitamos hablar. Pero no aquí y lo sabes... —su tono de voz era más calmo y sus ojos seguían atentos. Tragué duro, él tenía razón, pero temía no tener la fuerza suficiente para soportar lo que tenía para decirme.

—Te daré diez minutos como mucho y si quiero volver, me traes de vuelta sin decir una puta palabra —le señalé—. ¿Queda claro? —pregunté. Él apretó la mandíbula para luego asentir; no me molesté en cambiarme el jogging y mi camiseta; solo agarré unas sandalias de playa y salimos.

El tramo en su *jeep* fue lento y silencioso, el día nos acompañaba con un cielo gris casi negro; en cualquier momento se largaría a llover. Shep manejó hacia el lado contrario al de la ciudad, camino a las playas más alejadas y solitarias, y agradecí eso. Con agilidad, dio un volantazo y entró en una de las playas, luego de unos minutos frenó. Con el ceño fruncido, volvió a poner en contacto el auto intentando arrancarlo nuevamente.

—¡Carajo! —dijo golpeando el volante—. Nos hemos quedado —susurró molesto.

—Genial, tan solo genial... —refunfuñé bajándome del auto, la brisa era fuerte y sin poder controlarlo observé el mar; estaba picado por la lluvia que se acercaba y era casi imposible de surfear ya que no había olas. Shep abrió el capó del auto.

—Hay que esperar a que se enfríe el motor para que pueda revisarlo, a veces falla la válvula —me informó observando el mar con las manos en la cadera, como un hombre listo para atacar. Me senté sin más en la arena flexionando las rodillas, él me imitó sentándose a mi lado; su presencia me generaba distintas emociones. Tan solo quería que fuera honesto.

—Si seguías con Camille, ¿por qué mierda me metiste a mí en la ecuación? —pregunté de repente, Shep respiró hondo.

—Mi relación con Camille no es fácil. Estamos hace un año entre idas y vueltas —comenzó—, pero este verano pasamos por la peor crisis. Ayer le pedí que nos tomáramos un tiempo... —comentó—. Porque no puedo sacarte de mi cabeza. —Cerré los ojos sin realmente querer escucharlo—. Desde que nos conocemos siempre tuvimos una gran conexión, conocemos todo del otro —dijo—. Pero este verano... te vi como algo diferente, no lo sé. Tú estás cambiada y yo también lo estoy...

—Si ayer le pediste un tiempo, ¿qué hacían bailando de esa forma? —pregunté mirando al frente.

—Porque ambos habíamos bebido de más. Simplemente estábamos bailando —dijo con lentitud y, de repente, sus palabras me hicieron sentir peor.

—No tienes por qué justificarte... —comenté mirándolo a los ojos—. El hecho de que nos besáramos fue un error desde el inicio —le dije y él frunció el ceño—. Sabíamos o por lo menos yo lo sabía —sostuve intentando resguardarme del viento—. No vimos realmente lo que estábamos echando a perder.

—Ya terminé tod... —siguió.

—No, no lo hiciste —lo interrumpí—. Porque le pediste un tiempo. No le pediste que cortaran —le dije.

—Es lo mismo —discutió.

—No, Shep. Para ti será lo mismo, pero para mí no. Tampoco te estoy pidiendo que termines tu relación con ella, ya a esta altura no me interesa. Lo que me duele es que no tuviste respeto por tu amiga de toda la vida —le recrié mirándolo a los ojos—. Te conozco desde que tengo siete años, Shep. Siete.

—Bueno, si nos conocemos tanto, entonces: ¿qué mierda hacías con Axel? —preguntó. Me puse de pie completamente molesta; él me imitó.

—Eso no tiene nada que ver... —repuse mientras me alejaba.

—Sí, sí, tiene que ver. Porque tú lo besaste semanas atrás frente a mis narices —recordó señalándome—. A mi primo.

—Nosotros todavía no habíamos empezado nada. Además, estaba lo suficientemente intoxicada como para no saber lo que estaba haciendo... —me excusé molesta.

—Y luego saliste a solas con él... —repuso mirándome a los ojos fijamente—. ¿Y entonces? ¿Esto cómo es? Camille y yo bailando. Y tú saliendo con mi primo a escondidas —relató, lo señalé acercándome a él.

—Yo no estaba saliendo a escondidas con él, salimos a tomar algo como amigos —gruñí sintiendo las gotas que comenzaban a caer.

—¿A quién quieres mentirle? —preguntó molesto—. ¡Te conozco, Lina! —Las lágrimas se juntaron en mis ojos y se mezclaron con las gotas de lluvia—. ¿Como amigos? ¿En serio? ¿Quieres jugar esa carta conmigo? —Estaba siendo duro.

—Yo no tengo nada que ver con la pelea de egos que tienen entre ustedes. Siempre estuve de tu lado, pero ahora simplemente... no estoy de ninguno. Quiero irme a casa —dije mientras caminaba hacia el auto. Me senté en el asiento del copiloto. Él se quedó estático unos segundos. Regresó al auto y antes de subir cerró el capó. La lluvia rompió con fuerza y Shep entró al auto ya casi empapado. Movié su muñeca tratando de que el *jeep* arrancara. El auto hizo un ruido como si fuese a arrancar pero luego no conectó. Shep lo intentó tres veces más y los truenos sonaron con

fuerza.

—Pediré que nos busquen —anunció y sacó su celular para luego marcar un número. Yo no había traído mi celular, por suerte tenía puesta una sudadera que me resguardaba levemente del frío que comenzaba a sentirse—. Maldita sea —murmuró al ver la pantalla en negro—. Genial, tan solo genial. Me quedé sin batería —dijo tirando el celular a la parte trasera del auto.

Nos quedamos en silencio simplemente escuchando cómo la lluvia golpeaba el auto; lentamente comenzaba a oscurecer.

—Si mal no recuerdo, hay un hotel a unos kilómetros —dijo lentamente mirando al frente—. Está oscureciendo y, por lo que leí, la lluvia durará toda la noche... —comentó—. Tal vez lo mejor será que busquemos un lugar donde quedarnos y por la mañana buscar el auto... —propuso con lentitud.

A los pocos minutos, nos encontrábamos corriendo bajo la lluvia en un intento de mojarnos lo menos posible. A lo lejos vi unas luces encendidas, corrimos debajo de la lluvia hasta llegar al lugar. Al entrar, ya nos encontrábamos empapados de pies a cabeza.

La recepción era pequeña y de un rojo intenso; la decoración del lugar se regía por corazones y flechas... algo no andaba bien.

—Hola, ¿tendrán una habitación para dos? —preguntó el castaño.

—Dos habitaciones —dije de repente. Él frunció el ceño.

—No traje tanto dinero... —susurró. Era entendible, ninguno esperaba esta circunstancia—. ¿Aceptas tarjeta? —preguntó de repente.

—Solo efectivo —comentó el hombre. Agarré un pequeño folleto del lugar: se llamaba «Cupido» y tenía la imagen de una mujer con un bebé en pañales que le arrojaba una flecha. «Reencuentra la pasión de Cupido», leí y entendí dónde estábamos: era un maldito motel para parejas.

—¿No podrá prestarnos un teléfono? —preguntó de repente el castaño. El hombre lo miró de mala gana.

—¿Te parece que esto es un locutorio? —dijo molesto—. ¿Van a querer una habitación o no? —nos apuró.

—Una simple —contestó Shep algo seco. El hombre le entregó una llave con un corazón colgando. El encanto de Shep no estaba funcionando gracias a su notorio mal humor.

—La numero 65, piso 3 —le informó el hombre y volvió a leer su libro. Ambos caminamos hacia el ascensor; al entrar, vimos que estaba completamente tapizado con espejos. No dijimos ni una palabra hasta detenernos en el pasillo, también de color rojo.

La habitación continuaba en la gama de colores y tenía una cama en el medio lo suficientemente grande como para cuatro personas. A un lado de esta, lo que parecía una... ¿ducha? Frente a esta, un televisor y una pequeña mesa con diferentes tipos de sobres de colores.

—Lindo toque... —dijo Shep señalando la ducha e intentando cortar la tensión del ambiente.

—Por lo menos está cubierta... —dije mirando el vidrio que separaba la ducha de lo demás; él rio.

Caminé por el lugar, abrí una de las puertas y allí había un baño pequeño.

—No está mal... —dijo observando todo.

—¿No está mal? Es el puto culo del diablo —dije señalando el rojo; Shep volvió a dar una carcajada y agarró un control remoto blanco que se encontraba arriba de la mesita y tocó un botón. De repente, unas luces se prendieron tiñendo todo de azul.

—Ahora es el culo de un ángel —dijo divertido y respondí con una risotada—. Madre santa

—silbó para luego apretar otro botón, una música tranquila comenzó a sonar. Siguió apretando botones y las luces fueron cambiando de color. Me senté en el borde de la cama intentando asimilar todo, hasta que esta empezó a temblar con fuerza.

—¿Qué carajo? —pregunté parándome de repente y viendo cómo la cama temblaba. Shep se rio y siguió tocando los distintos botones que hacían que la cama temblara en diferentes grados; fruncí el ceño y luego me tiré en ella.

—Se siente bien —mi voz sonó temblorosa haciendo que ambos riéramos; éramos dos niños jugando.

Shep hizo que la cama dejara de moverse, las luces volvieron a la normalidad y la música se apagó para luego dejar el control y acercarse a la ventana. Corrió levemente la cortina y observó.

—Se está cayendo el mundo —dijo en un susurro, se dio vuelta y observó el lugar.

—¿Alguna vez viniste a un lugar así? —pregunté mirando el techo todavía acostada en la cama.

—Si te refieres a un motel... sí —comentó—. Pero si te refieres a un lugar tan... rojo, no —dijo divertido y dejó largar una carcajada.

Deberían despedir al diseñador del lugar.

Shep caminó hacia la cama y se sentó en el borde.

—Tal vez podríamos aprovechar el tiempo para hablar bien, sin gritarnos —dijo lentamente. No saqué mis ojos del techo.

—No quiero hablar más —comenté.

—Lina, por la amistad que tenemos por lo menos tendríamos que... —dijo pero no lo dejó terminar.

—Ya tiramos por la borda nuestra amistad —afirmé; él me miró fijo—. Y no quiero seguir escuchando nada de lo que tengas para decirme... —susurré siendo lo más sincera posible—. Porque no sé si lo voy a poder aguantar —comenté encogiéndome de hombros; él frunció el ceño y miró unos segundos hacia otro lado para luego volver a verme.

—Nada de lo que tenga para decirte es para lastimarte, Lina —susurró—. Al contrario. Intento decirte que... —comenzó— pones mi mundo al revés —dijo de repente para luego pararse y comenzar a caminar por la habitación—. Siempre te vi como la pequeña Lina, mi amiga. Pero... luego al principio del verano, comencé a verte diferente. Como una mujer... —susurró recordándome las palabras de Axel—. Una mujer tremendamente sexy, inteligente y... cabrona —dijo divertido—. Bueno... siempre fuiste inteligente y cabrona, pero ahora puedes parar el puto tráfico con una simple mirada. —Mi corazón latió con fuerza al escucharlo.

—Pero Camille... —comencé, pero no me dejó terminar.

—Es pasado —dijo—. Terminé con ella, Lina. ¿Por qué no lo quieres entender? —susurró apoyando una pierna en el colchón y sentándose cerca de mí—. Si tú ahora me dices que no sientes nada por mí, que quieres mantener nuestra amistad... genial. No te obligaré a nada —murmuró—. Pero quiero ser claro con lo que te estoy diciendo, por más que mi mente sea un completo lío. —Sus ojos seguían firmes en los míos.

—Yo tampoco sé lo que siento... —susurré.

—Descubrámoslo juntos entonces... —me dijo ofreciéndome una mano.

Sonreí sin poder contenerme.

—Eres tan cursi... —me burlé para luego tirarme arriba de él y chocar mis labios con los suyos; él sonrió y me acomodó sobre su regazo mientras pasaba sus manos por mi espalda.

Podía sentir el calor de su piel a través de nuestras ropas mojadas, con lentitud toqué sus brazos trabajados y fuertes; su lengua entró con decisión en mi boca y jugó con la mía como si no hubiese un mañana. Tomé su camiseta y la levanté para luego sacarla por completo del camino.

—Ey —susurró entre mis labios—, vamos lento... —dijo relajado. Di un pequeño empujoncito en su pecho fibroso tirándolo hacia atrás; su cuerpo rebotó en el colchón y me miró con una pequeña sonrisa de lado—. Estoy siendo el maduro y consciente de aquí por lo que veo —dijo mientras miraba cómo pasaba mi mano por su vientre firme; realmente tenía el cuerpo trabajado. ¿Sería por la natación? Mi cuerpo parecía completamente fuera de control, como si algo estuviese apoderándose de la situación y no fuera yo misma. Era una Lina diferente y me gustaba. Sus ojos no me dejaron en el momento que me saqué la sudadera y la tiré al piso, dejando ver mi camiseta blanca.

—No es necesario que hagamos esto solo porque estamos aquí, nena —susurró acariciando mi cintura todavía desde su posición. Sonreí de lado.

—¿Acaso dices que la habitación me ha poseído? —pregunté, él carcajeó y tiró la cabeza hacia atrás, y a mí me pareció de las cosas más sexy y masculinas que hubiera visto.

Ese cuerpazo, su sonrisa de niño travieso... Madre santa, me había ganado la lotería.

—No, lo que digo es que si sigues jugando conmigo así, nos quemaremos —dijo de repente con un empujón atrapando mi nuca y acercándose a él que se había sentado nuevamente. Sus labios estaban cerca, podía sentir su maravilloso perfume.

—¿Y qué si me quiero quemar? —susurré pasando la punta de mi lengua por su labio inferior, él sonrió de lado mirándome como si tuviera todo bajo control. De un momento para otro, Shep me atrapó y me posicionó boca arriba en la cama. Observé con lentitud la herida en su ceja y volví a sus ojos marrones que ahora se encontraban levemente más oscuros.

—¿Qué quieres de mí? —susurró con sus ojos fijos en los míos. Sin borrar mi pequeña sonrisa pasé una mano lentamente por su pecho sintiendo sus músculos y su piel caliente—. Ey —dijo agarrando con rapidez mi mano y separándola para luego mantenerla agarrada contra la suya y la cama—. ¿Piensas que te voy a coger en este motel de mierda? —susurró ahora serio. Mi respiración estaba agitada y mi sonrisa se borró.

—¿Por qué no? —pregunté de repente y noté cómo lo había tomado por sorpresa.

—Por que eres virgen, Lina —dijo como si fuese algo obvio. Y eso me dolió en el alma, con rapidez lo empujé y él cayó sin entender.

—Tú sí que sabes cómo hacer entrar en clima a una mujer —le dije con ironía mientras me ponía de pie.

—Lina, estoy siendo sincero —habló ahora él también parándose.

—Bueno, agradezco tu sinceridad, pero a veces es un poco cruda... —Me crucé de brazos mirando hacia la ventana. ¿Acaso no me deseaba? Tal vez sí me seguía viendo como a una niña.

—Nena —susurró pasando una mano por mi cintura desde atrás y pegándose a su cuerpo—. ¿Quieres que tu primera vez sea en el culo del diablo? —susurró en mi oído haciendo que todo en mí se electrificara. Sonreí divertida.

—Tú no quieres, ¿verdad? —pregunté moviendo mi rostro y mirándolo. Él sonrió de lado dejándome ver su hoyuelo derecho.

—Nadadora, mis pantalones están por explotar —dijo apoyando levemente su pelvis en mi trasero, levanté mis cejas sorprendida—. No digas tonterías —susurró jugueteando besando mi cuello—. Estoy siendo responsable —habló mientras seguía dejando levemente besos en mi piel; cerré mis ojos y apoyé mi cuerpo en él—. Sé que la primera vez es importante... —murmuró.

—Por eso estoy contigo —susurré con los ojos abiertos y sin moverme; él estiró su cuello y besó mis labios rozando su lengua con la mía—. Contigo me siento segura... —le dije en un susurro mientras pasaba mi mano por su nuca y lo dejaba que besara con lentitud mi mejilla y bajara nuevamente a mi cuello.

Una de sus manos se movió lentamente bajo mi camiseta hasta uno de mis pechos y lo acarició con tranquilidad.

—Si en algún momento no quieres seguir... Solo tienes que decírmelo —susurró con la boca pegada en mi oído mientras seguía masajeándome. Mi cuerpo reaccionó al estímulo con un fuerte temblor; mi mente estaba hecha papilla—. Respóndeme —susurró demandante en mi oído.

—Sí, entiendo —contesté completamente perdida. Su otra mano subió a mi otro pecho mientras su lengua se paseaba por mi cuello; luego bajó con lentitud por mi vientre dándome cosquillas y luego siguió por dentro de mis bragas. Dejé largar el aire cuando sus dedos comenzaron con suavidad a investigar en un lugar donde nadie me había tocado.

—Shep —dejé escapar el aire nuevamente. Lo vi de reojo sonreír. Luego movió mi cuerpo encerrándome entre él y la fría ventana. Volvió a meter su mano en mis bragas tocando un punto que hacía que mi cuerpo se electrizará. Pegó su mejilla contra la mía mientras mordía mi lóbulo; le clavé las uñas en los hombros al percibir estas maravillosas sensaciones que me comían viva. Comenzó a subir la velocidad de sus movimientos; los gemidos comenzaron a brotar de mi boca sin poder retenerlos.

—Eso —susurró con sus labios pegados en mi sien. Sin más, sentí cómo mi cuerpo se tensaba por completo y mi pecho se impulsaba para afuera. Grité clavando mis uñas en su piel sintiendo una maravillosa sensación de liberación.

—Madre mía —dije cayendo arriba de su cuerpo, él me sostuvo con una pequeña risita para luego ágilmente levantarme y sentarme en la cama mientras él seguía de pie. Mi cuerpo estaba algo lánguido por las sensaciones de hacía un momento.

—¿Quieres seguir? —preguntó agachándose para hablar a la altura de mi oído. Asentí y él ya con sus manos en el borde de mi camiseta comenzó a levantarla para luego sacarla de camino—. Acuéstate —susurró mirándome para luego inclinarse hacia adelante y enganchar sus dedos en el borde del jogging. Con suavidad lo deslizó por mis piernas haciendo que mi corazón latiera con fuerza.

Él, sin quitarme los ojos de encima, se deshizo de su jeans y se quedó en unos bóxers negros que le quedaban pintados. Llevó una mano a mi tobillo lentamente y subió en forma de caricia por mi pierna; mi cuerpo reaccionó con un fuerte tirón en la zona baja de mi estómago.

—Tu piel es deliciosamente suave —me dijo y pude notar su tono más ronco, como si estuviese sumergido en el deseo. Sus manos pasaron por cada rincón de mi piel con paciencia y suavidad, casi como si estuviese trazando un mapa en mi cuerpo.

Ya arriba de mí, besó mis labios con delicadeza, nuestras lenguas se encontraron y jugaron dando rienda suelta al deseo. Con mi mano en su nuca, lo impulsé aún más hacia mí; soltó mi sostén y comenzó nuevamente con sus caricias en esa zona. Llevé mi mano a su entrepierna y lo acaricé con tranquilidad cuando sentí la dureza. Shep dejó escapar el aire de repente.

—Ey —se quejó sacando mi mano de allí—. ¿Estás aprendiendo a caminar y ya quieres correr, nadadora? —susurró en mi oído y reí—. ¿Eh? —preguntó mientras llevaba nuevamente una mano dentro de mis bragas para luego con lentitud adentrar dos de sus dedos en mi sexo; respiré hondo sintiendo el placer recorrer mi cuerpo—. Veo que estás muy callada —susurró juguetón y comenzó a embestirme con su mano con tranquilidad.

—Madre santa —susurré cerrando los ojos con fuerza y estirando el cuello sin poder controlar lo que ocurría con mi cuerpo. Shep perdió su rostro en mis pechos, lamiendo, besando y mordiendo. Todas las sensaciones eran nuevas y me estaban volviendo loca. Sin más, se detuvo para luego agarrar uno de los sobres de colores de arriba de la mesa—. Mira esto, nena. Te servirá como instructivo —habló con la respiración levemente agitada sin perder lo juguetón.

Se paró frente a mí en la cama y bajó sus bóxers quedándose completamente desnudo. Lo analicé tomándome mi tiempo y viendo cómo se ponía con agilidad el condón; era realmente un espécimen masculino hermoso. Sin más se deshizo de mis bragas dejándome desnuda frente a él; nunca me había sentido tan cómoda con alguien como lo estaba con Shep, la expectación en mi cuerpo se estaba tornando insoportable. Ya arriba de mí, separó mis piernas con delicadeza y se acomodó entre ellas—. ¿Lista, nadadora? —susurró en mi oído; asentí besando su mandíbula y acariciando su mejilla. Con lentitud, centró su miembro en mi entrada y con suavidad comenzó a embestirme. Sentí cómo mi cuerpo, con algo de resistencia, se empezaba a acoplar a él. Apreté mi mandíbula en un intento de aplacar el dolor que estaba recorriendo mis venas. Me quejé—. Ya, va a ir pasando, son las primeras —susurró con suavidad en mi oído—, concéntrate en nosotros dos —dijo mientras me miraba y acariciaba mi cabello con suavidad. Embistió nuevamente y agarré con fuerza su brazo—. Ya, ya —susurró intentando tranquilizarme, el dolor de a poco fue cediendo, aunque seguía sintiendo algo de incomodidad. Los gemidos comenzaron a brotar de mi boca mientras las embestidas de Shep eran cada vez más rápidas; un pequeño dolor punzante seguía presente, pero aun así por fin pude entregarme al placer.

Capítulo 5

—Nadadora —un susurro suave en mi oído hizo que con lentitud moviera mis piernas tocando las sábanas ásperas. Abrí los ojos, allí estaba Shep, con el cabello mojado y vestido con la ropa de la noche anterior—. Buenos días —saludó con una pequeña sonrisa; realmente era hermoso.

—Hola —susurré con voz ronca mientras miraba el lugar rojo—. El culo del diablo es aún peor de día —comenté mirando a mi alrededor y mientras tapaba mi desnudez con la sábana. Él carcajeó y mi mirada fue hacia un vaso de cartón y la pequeña bolsa color madera sobre la mesita.

—Te traje el desayuno o por lo menos lo que encontré en un mercado a unas cuadras —dijo.

Observé el lugar en búsqueda de mi ropa. Shep me alcanzó la camiseta y las bragas; con rapidez me vestí y me dirigí a la mesa, estaba muerta de hambre. Me dolían los músculos de todo el cuerpo como si hubiese entrenado el día anterior.

—¿Por qué estás mojado? ¿Sigue lloviendo? —pregunté mientras le daba un trago al vaso de jugo de naranja. Estaba sedienta.

—Nop, me di un baño —dijo tirándose en la cama con tranquilidad. Casi me ahogo con el líquido.

—¿Qué? ¿Ahí? —señalé la ducha que estaba cubierta de vidrios; él sonrió de lado mirando el techo.

—Sí, nadadora. Ahí —contestó poniendo una mano atrás de su cabeza. Abrí el paquete de madera. ¡Medialunas! Justo lo que quería; sin más me senté en la cama a comer con tranquilidad. Observé el lugar mientras Shep me miraba a mí.

—¿Qué miras tanto? ¿Quieres? —pregunté tendiéndole un trozo, él negó con la cabeza sin quitarme la mirada de encima.

—Estás hermosa —susurró haciendo que todo en mí se revolviera. Sonreí mirando hacia otro lado; me sentía rara. Maravillosamente rara—. Logré hacer arrancar el auto —dijo luego de un rato—. Problema de batería, nada que un empujoncito no pudiera solucionar —comentó relajado.

—¿Sabes de autos? —pregunté con lentitud mientras terminaba de comer.

—Me defiendo, es algo que me divierte —comentó para luego mirarme—. ¿Vamos? —Asentí y me paré en búsqueda de mi jean.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Debe ser cerca del mediodía, tal vez un poco más tarde, no estoy muy seguro —comentó parándose. A los pocos minutos ya nos encontrábamos arriba del auto dirigiéndonos a nuestras casas.

El día estaba soleado, una música tranquila sonaba de fondo; observé por unos segundos a Shep manejar con calma mientras el viento agitaba su cabello, se encontró con mi mirada y sonrió mientras conducía por la carretera.

—Deja de mirarme, nadadora —susurró divertido.

—¿Quién dijo que te estaba mirando? No seas paranoico —me burlé y miré el paisaje. De repente, un tacto tibio apareció un poco más arriba de mi rodilla. Observé la mano de Shep allí apoyada; lo miré y él simplemente me guiñó un ojo y regresó la mirada a la carretera.

Se sentía bien.

—Ese es el auto de mis papás —dijo Shep con el ceño fruncido ya frente a mi casa.

—¿Qué hacen aquí tan temprano? —pregunté mientras ambos bajábamos del *jeep*. Al llegar a la puerta, esta se abrió con violencia. Allí estaba mi madre con el rostro completamente serio.

—¿Dónde estaban?! —dijo y atrás de ella apareció Camilo también con el rostro serio.

—En la playa —mentí mientras entraba, Shep me siguió todavía sin entender. Al llegar al living, vi a los Soriano, los Moscú y a Camille, todos con rostros de piedra.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Shep a mi lado.

—¿Pasa que desaparecieron! Los buscamos por todos lados —dijo Patricia fuera de sí.

—No pudimos avisar, olvidé mi celular y... el de Shep se quedó sin batería —comenté con rapidez.

—Ustedes claramente no se dan cuenta de la edad que tienen, ¿no? No pueden desaparecer toda una noche —dijo mi padre. Ambos asentimos en un intento de que esta situación bochornosa terminara; el ambiente comenzó a relajarse mientras los adultos relataban distintas historias de chicos desaparecidos.

—Tus padres estaban por llamar al puto FBI —comentó Terra abrazándome.

—Shep, estábamos todos tan asustados... —era la voz de Camille.

Observé a mi lado cómo la morocha abrazaba al castaño con fuerza; él me miró por unos segundos.

—Está bien, Cam —dijo intentando separarse.

—No, en serio... Me asusté mucho —comentó ahora acariciando su mejilla, Shep sonrió de lado agarrando su mano en un intento de no ser rudo.

—Adele, sí que han unido a las familias —dijo Axel abrazándome de forma sorpresiva; su abrazo era fuerte y torpe a la vez.

—Sí, bueno... hacemos lo que podemos —dije en chiste mientras me separaba.

—¿Dónde estaban? —preguntó el rubio mirándonos a ambos.

—Fuimos a surfear y nos agarró la lluvia —contestó de forma rápida Shep.

—Pero si no tienen el traje de baño puesto... —inquirió Axel cruzándose de brazos—. Además... —dijo señalando mi tabla de surf con la funda puesta y apoyada a un costado.

—Usé la de Shep, la mía tiene una quilla rota —dije tranquila—. Y nos hemos cambiado, teníamos ropa de más —lo miré fijo en un intento de que entendiera que no queríamos más preguntas.

—¿Estás intentando decir algo, Axel? —lo tentó Shep con una sonrisa de lado, la tensión que había entre ambos chicos era palpable; la pelea frente a la casa abandonada seguía fresca.

—Sí... que esta situación es algo extraña y no creo ser el único que lo piensa... —dijo Axel sin quitarle los ojos de encima a su primo.

—¡Bueno! ¡Suficientes preguntas por hoy! —teció León rompiendo la conversación. Agradecí la intervención de mi amigo.

La decoración con tablas de surf y luces de color azul era realmente original; entramos con Terra, me sentía algo fuera de lugar en un sitio tan elegante.

—¿Por qué no le dijiste a Shep que te acompañara? —preguntó Terra mirando el lugar— Digo... como es un evento de surf, tal vez le resultaría más emocionante que a mí —comentó.

—No le cae muy bien Benjamín... —dije.

—No, corrección: está celoso de Benjamín —señaló tranquila. Nos acercamos a la barra y pedimos un trago; claramente nadie nos pidió identificación. Terra agarró un canapé de las bandejas que llevaban los mozos—. Entonces... ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó mi amiga.

—No estoy segura, supongo que haciendo sociales... —dije encogiéndome de hombros.

Bien, el evento podría ser bueno... pero yo no. Odiaba hacer sociales con desconocidos. Estuvimos largos minutos viendo cómo la gente se saludaba entre sí mientras que nuestra incomodidad aumentaba. Nos sentíamos como dos niñas.

—¡Lina! —Benjamín apareció con una sonrisa; se veía muy elegante con el cabello salvaje atado—. Y su hermosa amiga... —dijo mirándola a Terra.

—Terra —se presentó ella como una diva. Reí.

—¿Les puedo ofrecer algo para beber? —preguntó y con tranquilidad le mostré el vaso que había apoyado en la barra—. Bien. Entonces vengan, les presentaré a algunas personas —dijo amigablemente.

Las dos pasamos de grupo en grupo, muchos eran extranjeros: jueces de competiciones, expertos en surf o deportistas retirados. Era un placer conocer a personas que habían dedicado toda su vida a algo que me apasionaba. Igual, no estaba segura de si querría pasar toda mi vida arriba de una tabla o destruyendo los sueños de otra gente siendo juez. El ambiente estaba lleno de gente mayor, pero éramos bienvenidas; algo dentro de mí me decía que era así gracias a Benjamín.

—Y luego simplemente preferí bajarme de la tabla —dijo un hombre de unos cincuenta años. Todos lo estábamos escuchando y, por un segundo, extrañé a Shep; él hacía ver al surf como algo mágico. Esta gente, en cambio, lo veía como un trabajo y no estaba segura de que eso me gustara.

Terra se quedó hablando con una mujer que había sido surfista y luego se había dedicado a la arquitectura, y yo decidí ir por otro trago.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó el rubio sonriendo.

—Sí, es increíble conocer a tanta gente que siente pasión por el surf —comenté echando una mirada al lugar.

—Me alegro entonces... —comentó—. Pensé que luego de aquí tal vez te gustaría tomar una copa más en mi casa —dijo mirándome.

¿Ah?

—¿Disculpa? —pregunté sin entender.

—Que si luego quieres venir a mi casa... —Su seguridad me abrumaba. Lo daba por hecho.

—Claro que ¿no? —contesté como si fuese obvio, él se veía confundido.

—No entiendo. ¿Para qué viniste entonces? —dijo sin entender—. Sabes quién soy, ¿verdad? —dijo como si yo fuese una maldita loca y de repente todas las fichas cayeron.

—¿Crees que tengo talento? —pregunté, él me miró confundido y asintió—. ¿O solo me trajiste aquí para que me fuera contigo? —insistí.

—Te traje a uno de los eventos más importantes de nuestro rubro. Pensé que estaba claro que sabrías cómo agradecerme el favor.

—¿¡Qué?! ¡¿Acaso tienes mierda en la cabeza?! ¡¡Tengo dieciséis años!! —mi voz se elevó y algunas personas nos miraron; él observó a los espectadores con una sonrisa como si nada pasara.

—Oye, relájate, tampoco es para armar un escándalo. Pensé que habías entendido el mensaje —repuso serio.

—Oh, claro que lo entendí. Entendí que eres un imbécil, el sol te quemó las neuronas... —susurré molesta para luego caminar en búsqueda de Terra.

—Vámonos... —le dije. Ella dejó de hablar con la mujer y ambas me miraron. Observé cómo Benjamín hablaba con los de seguridad y estos caminaban en nuestra dirección—. Ahora, Terra —insistí.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin entender.

—Señoritas, acompáñennos, por favor —dijeron los de seguridad, Terra seguía sin entender absolutamente nada.

—No se te ocurra tocarme —le señalé al de seguridad cuando hizo un intento de agarrarme. Estábamos haciendo un escándalo y muchos nos estaban mirando.

—Por favor, retírense —dijeron y nos empujaron hacia la salida.

—¡Yo puedo salir sola! —dije mientras escuchaba insultar a Terra.

—¿Qué carajo fue eso? —preguntó Terra todavía con los ojos grandes. Bufé.

—El idiota de Gorrión —dije su apodo con asco—. Me trajo aquí solo para tener sexo... —comenté mientras empezábamos a caminar en la oscuridad de la noche para volver a casa.

—¿Qué? ¡Qué imbécil! Los famosos se creen tanto... —comentó Terra con mal humor.

Luego de una larga caminata, el *jeep* turquesa apareció a nuestro lado.

—¿Qué hacen aquí? —pregunté al ver a Peter y Shep.

Subimos al auto. Peter empezó a reírse; Terra les había escrito.

—¿Qué ocurrió, señoritas? ¿Las echaron del paraíso? —dijo divertido Peter.

—Cállate —le dijo Terra—. El imbécil del surfista simplemente nos trajo para acostarse con Lina... —escupió sin más. Le hice un gesto para que cerrara la boca. Me encontré con la mirada de Shep en el espejo retrovisor.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Shep con cautela.

—Me lo dijo —dije encogiéndome de hombros y de repente vi cómo Shep miraba a Peter y este asentía con una sonrisa.

Sin más, el auto dio un giro de 180 grados y de repente nos acercábamos a gran velocidad al lugar de la fiesta.

—Shep, ¿qué estás haciendo? —pregunté intentando sostenerme para no golpearme contra la ventana.

—Justicia —contestó divertido—. Terra, ponte al volante, ya volvemos —dijo el castaño deteniéndose frente al evento.

Los dos chicos se bajaron con seguridad y entraron a la fiesta.

—No me digas que fueron a hacer lo que pienso que fueron a hacer... —susurró Terra.

—¡Mierda, al volante! —dije rápidamente.

Terra se pasó al lugar del conductor mientras que yo por mi lado pasé al del copiloto. Observamos la entrada del lugar y... nada anormal. ¿Qué mierda estaban haciendo ahí dentro?

—Yo no sé si podré manejar... bebí algunos tragos y... —comenzó mi amiga pero no la dejé terminar.

—No es momento Terra —la frené de una. Yo todavía no había sacado el registro, así que no había opción.

Observamos por la ventana con ansiedad hasta que vimos cómo Shep y Peter salían corriendo del lugar, atrás de ellos iban los de seguridad.

—¡Ahí están! —grité. Los chicos entraron atrás del auto de forma torpe con los de seguridad pisándole los talones.

Terra aceleró a todo lo que daba mientras emitía un grito de miedo. Los chicos cerraron la puerta y luego empezaron a reír y gritar como niños.

—¿Qué mierda hicieron? —preguntó Terra todavía con el miedo en la voz; los chicos seguían eufóricos.

—Le dimos una lección —aclaró Peter.

—Y... robamos una botella de vino —finalizó Shep con una carcajada para luego beber.

—¿Vieron a Benjamín? —pregunté mirándolos.

—Claro que sí. Shep le dio su merecido —dijo Peter divertido agarrando el vino. Shep sonreía y sentí cómo unas mariposas aleteaban en mi estómago... Bueno, no sé si eran mariposas, pero algo le pasaba a mi estómago... algo lindo.

—Para ser una persona que se cree tanto, no aguanta bien los golpes... —dijo Shep divertido; extendí mi mano para que me pasaran la botella y darle un sorbo.

—¡Oigan! Yo también quiero... ¿Por qué mierda estoy manejando? —dijo molesta Terra. Los chicos volvieron a reír.

—Frena un poco más adelante —comentó Shep. Terra le hizo caso, los cuatro bajamos y caminamos hacia la playa oscura, para luego sentarnos.

Los minutos pasaron y la botella ya estaba vacía. Las risas habían cesado y solo estaba el silencio. Shep había pasado su brazo por arriba de mis hombros cubriéndome del frío y manteniéndome cerca de él; me sentía la chica más especial del mundo.

—Ey, mira eso... —susurró en mi oído. Observé hacia donde me señalaba: Terra y Peter se besaban con intensidad. Reí sin poder creer lo que estaba viendo—. Es un buen vino... qué se le va a hacer —se burló Shep divertido; reí.

—Gracias —susurré por lo que había hecho, pasé una mano por su mandíbula en búsqueda de sus labios.

Él me besó con tranquilidad y suavidad, habíamos alcanzado un nivel de intimidad que era realmente cómodo.

—Nadie intenta aprovecharse de mi chica... —susurró divertido—. Y mucho menos un idiota que no sabe surfear... —comentó. Ahora entendía el disgusto de Shep con el Gorrión, sabía la clase de persona que era; cuando había dicho que Shep era un buen nadador, había tratado de rebajarlo como surfista.

—Eres el mejor surfista que conozco —susurré y él carcajeó.

—¿Y por qué me lo dices ahora? —preguntó.

—Porque no quiero que lo dudes... —comenté para luego abrazarlo, él me correspondió apoyando su mentón arriba de mi cabeza.

—Y yo no quiero que dudes de que eres talentosa en el surf, solo porque un idiota tuvo otras intenciones —susurró con sus labios pegados a mi cabello. Sonreí sin que él pudiese verlo, eso se había grabado con fuego; apreciaba el poder de inteligencia emocional que Shep manejaba.

El sol estaba en lo alto, el día estaba increíble y la playa igual. Terra se encontraba acostada a mi lado y observaba cómo los hombres del grupo jugaban a un pequeño partido de fútbol playero y se insultaban entre sí. Yo, por mi lado, leía un folleto sobre las playas más importantes de Mar del Plata en búsqueda de un buen lugar con olas, ya que los últimos días el mar había estado planchado. Como Shep siempre me llevaba a las playas que él conocía, habíamos decidido que yo también elegiría las que me llamaban la atención. Sunrider, Estrada, Puerto Cardiel, La roca... entre otras.

—¿Marcos ya sabe acerca de Shep y tú? —preguntó Terra.

—No —comenté mientras seguía leyendo el panfleto; las mejores playas para surfear eran las que quedaban en las afueras, eso era seguro.

—¿Cómo crees que reaccionará? —preguntó y dejé el folleto a un lado. Peter y Shep jugaban contra Marcos y Axel. León, por su lado, se encontraba leyendo un libro sentado cerca de la orilla; el sabio León, su paz era increíble. Podía atravesar la Tercera Guerra Mundial y él mantendría la calma. Parecía de otro mundo.

—No le importará —dije volviendo a mi hoja.

—¿Segura? Habrá que ver qué ocurre cuando su amigo toque a su hermana menor delante de él —dijo abriendo los ojos exageradamente. Reí.

—Soy amiga de Shep desde el mismo momento que él —repuse.

—Una cosa es ser amiga y otra ser algo más... —comentó dándose vuelta para quedar con el rostro para arriba—. Veremos —susurró y cerró los ojos dispuesta a dormirse.

Observé con lentitud a los hombres gritándose molestos por el partido, claramente no se estaban llevando bien. Shep estaba serio y no se metía en la discusión; Axel argumentaba que el equipo contrario estaba haciendo trampa. Que alguien me explicara cómo se hacía trampa jugando de a cuatro... porque eso sí que no lo sabía.

Marcos y el rubio estaban siendo inexplicablemente agresivos. Volvieron a jugar; Shep llevaba el control de la pelota y corría con agilidad en la arena, Axel se le acercó intentando sacarle la pelota con violencia. Ambos cayeron al piso de golpe; con rapidez, me paré al ver cómo Axel comenzaba a pegarle a Shep. ¿Qué carajo?

—¡Ey! —grité acercándome a ellos. El rubio le estaba diciendo algo a Shep con los dientes apretados. Los hombres me miraron, incluido León que ahora veía atento la escena desde su lugar. —¿Qué ocurre aquí?! —Los chicos se miraron a los ojos por unos segundos, la tensión era palpable. Sin más, Axel se separó del castaño dejándolo en la arena.

—Me caí, Lina. ¿No viste acaso? —dijo el rubio levantándose como si nada. Shep se lo quedó mirando con molestia desde la arena.

—Lo que vi fue cómo te le tiraste encima —lo increpé mientras Shep se paraba sin dejar de mirar a su primo.

—Así se juega al fútbol. No es nuestra culpa que Shep no aguante ni un roce —dijo Marcos mirando al castaño. Mi hermano no había estado el día de la pelea, si tan solo hubiese visto a Shep en ese estado, no estaría haciendo ese chiste ahora mismo.

—Ni mierda —dijo Shep dando un paso directo a su primo, pero con rapidez lo frené plantando mi brazo delante de él.

—¿Qué pasa? ¿Por qué le haces caso? —inquirió Axel mirando a su primo—. Pensé que me querías golpear... ya que eso es lo que hacemos últimamente.

—Basta, Axel... —terció Peter mirándolo. León, por su lado, seguía la escena atento.

—No, explíquennos qué está pasando —ordenó Axel mirándome. La tensión del grupo era insoportable y yo sabía que Axel estaba al tanto de que algo ocurría entre el castaño y yo. También tenía en cuenta el poder del rubio con mi hermano—. Desaparecen juntos una noche, se pasan todas las mañanas quién sabe dónde y ahora, al parecer... Shep hace todo lo que la pequeña Lina le dice —dijo mirándome fijamente para luego acercarse lentamente hacia mí—. ¿De qué nos estamos perdiendo? Porque hasta donde yo sé... Shep está con Camille —susurró con acidez.

—¿Qué tan aburrido tienes que estar con tu vida como para meterte en la nuestra? —le dije sonriendo de lado en un intento de molestarlo.

—Oh, ya empiezan a decir «nuestra». ¿Escuchaste eso, Marcos? —le dijo a mi hermano, quien

no parecía entender nada; Peter parecía intentar sacarlo de la escena.

—Escuch... —comencé, pero no pude seguir ya que Shep se adelantó.

—Cállate —le susurró mirándolo fijamente—. O contaré lo de Puerto Rico —finalizó en un susurro, cosa que hizo que Axel se sorprendiera para luego dar un paso hacia atrás como si lo que el castaño le hubiese dicho fuese algo realmente grave.

—Cuando el heroico Shep empieza a jugar sucio... sabía que no estabas limpio —susurró con desprecio—. Bueno, ¿y entonces? ¿Quién ganó? —preguntó Axel caminando sin más y alejándose de nosotros en un intento de cambiar de tema.

—Creo que es claro... nosotros —dijo Peter, divertido, cortando lo que quedaba de la tensión, aunque podía sentir a Shep todavía en alerta. Los tres hombres se dirigieron a seguir discutiendo quién había ganado el partido; observé a mi amigo, que miraba serio a cualquier lado.

—No dejes que te saque el humor, sabes que lo hace a propósito —le susurré mirándolo de frente—. Siempre lo hace... —Shep me miró y asintió con lentitud.

—Iré por una Coca-Cola, ¿vienes? —propuso mientras miraba hacia otro lado.

Asentí. A los pocos minutos, nos encontrábamos caminando fuera de la playa.

—Axel está insoportable —susurró Shep mientras entrábamos a una tienda.

—Ya lo creo —respondí—. ¿Por qué no le dices a tus padres? —pregunté. Él carcajeó.

—¿De qué serviría eso? Mis padres dejarían de invitarlo y Axel realmente necesita la playa. Necesita una familia que lo contenga... —comentó.

—Pero te está maltratando —le dije mientras sacaba la bebida del refrigerador. Pagamos y luego comenzamos nuevamente a caminar.

—No, está compitiendo —dijo—. Hace años que Axel busca ser el mejor; un maldito día hasta agarró una de mis tablas en un intento de meterse a surfear... claro que lo mandé a volar —comentó—. Tenemos momentos en los que nos llevamos increíblemente bien y nos entendemos —se encogió de hombros—, pero la competencia se está volviendo intensa.

—¿Por qué compiten ahora? —pregunté, él bebió de su lata y sonrió de lado.

—Por ti —susurró. ¿Qué?—. No me preguntes cómo ni por qué. Pero él quiere llamar tu atención —dijo lentamente—. Y eso me está llevando a mí a querer arrancarle la cabeza en más de una ocasión —bufó serio.

—Ya. Estoy de tu lado, Shep. Eso no se discute —dije burlona, él rio distendiendo el ambiente.

—Hoy mis padres saldrán a hacer una de sus «grandes vueltas»... —comentó relajado pasándome la lata.

—¿Gran vuelta? ¿Qué significa eso? —pregunté divertida luego de beber un poco.

—Van al teatro, cenan y luego no estoy seguro. Pero llegan realmente tarde... —comentó divertido—. Y... podemos aprovechar a pasar tiempo juntos —dijo dándose vuelta y caminando de espaldas mientras me miraba con una sonrisa.

—Camina bien, te lastimarás —dije divertida. Él volvió a caminar a mi lado.

—Tomo eso como un sí. —Volvió a sonreír relajado.

—¿Qué pasa con Axel y Peter? —pregunté. Ellos vivían en la casa de Shep, si yo iba ellos estarían allí.

—Se largarán a una fiesta —comentó encogiéndose de hombros—. Peter se encargará —habló sacándome la lata y guiñándome un ojo.

Todo en este chico me hacía volver loca.

Mordí la pizza mirando la cantidad de tablas que tenía Shep apoyadas a un costado, cada una con su funda.

—Nunca me dejo de sorprender de la cantidad de tablas que tienes —susurré observándolas. Ya las conocía de memoria.

Ambos estábamos en el living de la casa, sentados en el gran sillón con la televisión detenida en una película; en la mesita ratona, una caja con una pizza por la mitad. Shep tomaba una lata de cerveza mientras que yo había elegido agua.

—Se necesitan muchas para surfear las diferentes olas —explicó. Eso era verdad; si la ola era más cerrada o abierta, la tabla cambiaba. Todo cambiaba de detalle y el hecho de que Camilo tuviera un local de tablas lo ayudaba mucho.

—Yo tengo tres —comenté. Solo había traído una, la más simple. Cosa que no me ayudaba cuando había olas muy cerradas; la tabla era plana sin curvatura y a veces se clavaba en la ola.

—Sabes que puedes usar las mías cuando quieras, nunca me haces caso —se ofreció mientras bebía cerveza. Era verdad, Shep siempre insistía en que usara sus tablas para estar más segura en el agua, pero no me gustaba usar las cosas de otra persona y menos una tabla, sentía que era demasiado personal. Mi primera tabla había sido regalo de él, obviamente auspiciado por su padre.

Limpié mis manos en una de las servilletas y observé la única tabla que no estaba enfundada. Era blanca y negra, y tenía una calavera con una gran cruz que la cruzaba. Me llamaban la atención las diferentes temáticas que Shep elegía, todas eran diferentes; había más coloridas y llamativas, pero también más relajadas y simples. Eso sí, siempre, en algún lugar, las tablas tenían una cruz negra ladeada, desde que era pequeño había sido así. Todas eran personalizadas y único modelo.

—¿Por qué todas tus tablas tienen una cruz? —pregunté poniendo mis piernas como indio y observándolo de frente; él despegó su mirada de la pantalla para voltear hacia mí.

—Lo has notado —sonrió de lado mirándome con ojos dulces. Asentí—. Eres la primera... —comentó para luego regalarme otra sonrisa. ¿Por qué estaba tan sonriente? ¿Y por qué esa sonrisa estaba haciendo que mi estómago cosquilleara?—. En el local de mi padre hay una tabla de Lux Surfboards —susurró mirando la televisión y evitando responderme. Era una de las tablas más caras del mundo—. Daría todas mis malditas tablas por esa —dijo.

—Aunque dieras todas tus tablas, no llegarías a costearla —comenté sonriendo. Él me miró con fingida sorpresa—. ¿Por qué no la tomas prestada entonces? —susurré, él me miró por unos segundos para luego reír.

—¿Acaso estás loca? ¿Robarle a mi padre? —preguntó, divertido, con las piernas estiradas en la pequeña mesa ratona.

—¿Escuchaste en algún momento la palabra «robar» salir de mis labios? —pregunté levantando una ceja, él dio un último sorbo a su lata y la dejó arriba de la mesita sin dejar de mirarme. Negó con la cabeza—. Exacto. Porque dije... «tomar prestado» —lo señalé con una sonrisa. Él, divertido, agarró mi mano en el aire para que lo apuntara con ella.

—Eso es robar, aquí y en cualquier lugar... —susurró sin perder el toque de humor para luego llevar su mano más cerca de él, y por ende, mi brazo también.

Di un paso y me arrodillé sobre el sillón; cuando estuve cerca, él pasó su mano por mi nuca dejando libre mi mano, para luego acercar mi rostro al suyo y besar mis labios con lentitud. Me sostuve manteniendo mis manos en sus hombros todavía arrodillada en el sillón, sus labios se movieron profundos junto a los míos; ambos seguíamos el ritmo de otro casi con perfección. Nunca había besado a alguien que lo hiciera tan bien como Shep, había una conexión tan clara

entre nosotros. Separé mi rostro del suyo y vi cómo una sonrisa de lado comenzaba a dibujarse en su rostro.

Shep era llamativo, dulce y atento, y eso sumado a su gran atractivo físico era prácticamente el chico perfecto, y no era la única que lo sabía. Pero sí, era la única que lo tenía... así que, daba igual.

—¿Quieres que veamos una película? —susurró cuando estuvimos por un largo rato abrazados arriba del sillón sin hacer absolutamente nada. Sentí cómo dejaba besos húmedos en mi mentón.

—¿Que si me muestras tu habitación? —pregunté mirándolo con una sonrisa juguetona; él levantó una ceja.

—Tal vez estoy exagerando, pero... nadadora, ¿acaso me estás invitando a tener sexo? ¿En mi propia habitación? —preguntó achinando los ojos y reteniendo una sonrisa que dejaba ver sus hoyuelos. Revoleé los ojos.

—Si quieres decirlo así... —comenté a la vez que me ponía en pie—. La oferta caduca en... —Corrí la manga de la sudadera que el castaño me había prestado mirando mi muñeca, donde no había reloj—. Treinta segundos —dije para luego comenzar a caminar y subir las escaleras.

—No correré... —dijo desde el sillón. Reí entrando en su habitación para luego escuchar unos pasos rápidos subir las escaleras—. Bueno, está bien, sí corrí —dijo al aparecer por la puerta con la respiración agitada y el cabello disparado para cualquier lado. Reí.

—Lo lamento, la oferta caducó —dije mientras me ponía en pie y me dirigía a la puerta. Pero él me frenó haciendo que retrocediera.

—No lo creo —susurró, divertido, mientras pasaba un brazo por mi cadera, me levantaba y apoyaba sobre lo que parecía un escritorio.

La habitación estaba bastante vacía, ya que solo se usaba en vacaciones. Había una valija vacía, una cama y un escritorio con algún que otro papel, un cuaderno, resina y desodorante masculino.

—Lo lamento, Franco. Ha caducado la oferta —susurré y él sonrió negando con la cabeza y me quitó la sudadera sin dejar de mirarme.

—No necesito una oferta, ya compré lo que quiero. Es mío desde hace muchos años... —susurró con su mano dentro de mi camiseta mientras acariciaba mi espalda desnuda, sentí su mano caliente moverse relajada.

Lo observé en la oscuridad de la habitación; no había prendido la luz, aun así se encontraba levemente iluminada por la luz del pasillo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté en su mismo tono mientras me acercaba a su rostro y besaba su mandíbula que estaba un poco más alta. Mi mano recorrió su vientre fibroso por debajo de la camiseta.

—¿Recuerdas cuando me diste a Betty para que la cuidara? —susurró en mi oído y asentí. Cuando tenía siete años le había dado a Betty y había salido corriendo al baño; era el único que confiaba en que la cuidaría—. Entonces supe que estabas loca por mí —jugueteeó con humor. Reí.

—Te di a Betty porque necesitaba vomitar —le dije mirándolo con el rostro cerca—. Lo que habíamos comido al mediodía me había caído mal. —Seguí mirando su rostro con el ceño fruncido claramente a propósito.

—Mira todas las mentiras que dices... solo para no decir que estás... —Besó mis labios apenas—. Loca por mí —finalizó dando un paso hacia atrás para luego sacarse la camiseta y dejarme ver su cuerpo. Maldito Shep y su manía de hacer deporte. Creo que «maldito» no era la palabra. Volvió a acercarse para luego besar mis labios con decisión—. ¿Te duele el cuerpo? —

susurró ahora separándose unos centímetros, manteniendo su mano a lo largo de mi mandíbula y tocando mi labio inferior con el dedo pulgar.

Hace unos días, el día de la tormenta, mi cuerpo se había sentido extraño y levemente adolorido. Pero en este momento me encontraba bien y deseosa de él. Negué con la cabeza para luego unir nuevamente mis labios con los suyos, sus manos fueron a mi camiseta y la sacaron del camino. Nuestro beso comenzó nuevamente a descontrolarse; amaba sentir el calor de su piel bajo las palmas de mis manos.

—Espera, espera... —susurró separándose de mí con la respiración levemente agitada. Cerró sus ojos como si recordara algo malo para luego largar un suspiro mirando hacia el techo—. No tengo condones —susurró amargamente.

—¿Qué? —pregunté con una mano en su nuca y la otra en su pecho. Él me miró.

—No tengo condones. No compré —dijo apretando la boca en una línea; quise reírme, pero también me afectaba.

—¿Axel tendrá? —pregunté.

—No le pienso preguntar a Ax... —comenzó, pero al ver mi rostro se frenó—. Claro, me fijaré en su habitación —dijo separándose de mí y salió al pasillo. A los pocos segundos, lo seguí.

La habitación era casi idéntica pero esta tenía dos camas. Claramente Axel dormía junto a Peter, mientras que Shep se había quedado con una cama casi matrimonial para él solo.

—¿Ellos comparten habitación y tú no? —pregunté divertida mientras veía cómo Shep levantaba la ropa con tranquilidad de arriba del escritorio.

—Los últimos años sorteamos las habitaciones, pero al no haber estado en los últimos veranos me dieron la opción de pasar directo a la... *suite* —dijo burlón mientras seguía buscando. Observé su espalda moverse con tranquilidad; no podía quitar mis ojos de su cuerpo y la forma en la que el pantalón colgaba de sus caderas.

Shep era una mezcla de muchas cosas, era un niño bueno, dulce e inteligente, pero tenía aspecto de salvaje, de un joven que iba por la vida surfeando y pidiendo aventones en la carretera. O tal vez de un joven modelo de esos que aparecen en una tapa de *Vogue* rompiendo estereotipos bajo una palmera y una supermodelo de lado. Él encajaba en todos los tipos de chico, menos en el de idiota. Siempre era empático con el otro, inteligente hasta la médula y con una sonrisa matadora. Sabía de su encanto, eso estaba claro, y sabía utilizarlo. Pero nunca había imaginado que yo también caería bajo el encanto de Shep Soriano.

Él se dio vuelta completamente ajeno a mis pensamientos, yo me encontraba sentada en la cama que parecía más ordenada. De seguro era de Peter.

—Nada —dijo apoyándose en el escritorio y mirándome.

—Pensé que siendo hombre debías tener... —comenté divertida.

—Eso se puede considerar sexista, Adelina —dijo burlón—. Y... no es fácil, ¿sabes? —comentó—. No lo paso bien comprando un maldito condón —dijo sonriendo de lado como si estuviese haciendo una gran declaración—. Y no compraría una caja porque mi madre la encontraría...

—Oh, claro, Patricia no sabe que tienes sexo. Un chico de dieciocho años que estaba de novio... —comenté mirándolo desde mi lugar.

—Y que es irresistible... —siguió él—. Lo sé —dijo caminando hacia mí con una pequeña sonrisa—. No lo entiendo, Lina —habló inclinándose hacia adelante. Reí.

Sin más llevé mi mano a su nuca y lo atraje; él cayó arriba de mí sobre la cama.

—Lo lamento por Peter y su cama —me burlé mientras me daba vuelta quedando arriba de

Shep; él rio.

—Es la cama de Axel —susurró mostrándome una sonrisa ancha, de esa que marcaban sus hoyuelos y sentí cómo me derretía. Mierda, qué hermosa sonrisa. Lo besé con dedicación, sintiendo sus manos acariciar mi espalda y cadera desnuda para luego meter su mano por la parte trasera de mis shorts. Los minutos pasaban y nosotros seguíamos entre besos y caricias.

—Nadadora, me estás matando —dijo luego de un rato separando su rostro del mío—. No podemos estar toda la noche así —comentó.

—Todo porque te da maldita vergüenza comprar un condón —le dije cerca de sus labios.

—No me da vergüenza —habló con humor dando un pequeño golpe juguetón a mi trasero—. Tú no entiendes —susurró—. Ven, vamos a comprar un condón —su voz sonó tentadora—. Tú... lo comprarás —dijo con una sonrisa de lado, levanté una ceja.

—Pff, ¿crees que no me animo, cabeza de cubo? —comenté separándome de él y me puse de pie.

Entramos en la estación de servicio, era la única que estaba abierta en la zona y sabíamos que vendía de todo. Me aproximé a la caja aprovechando que había tan solo un hombre mayor tomando un café a lo lejos; Shep, por su lado, todavía con su humor burlón y desafiante me seguía un poco más lejos, con las manos escondidas en los bolsillos de la sudadera con capucha negra.

—Hola —le dije al hombre de unos veintitantos vestido con un traje naranja y verde a rayas, y una cara de aburrimiento mortal. ¿Quién le había hecho el uniforme? ¿El creador de *Charlie y la fábrica de chocolate*?

—Buenas noches —respondió. Observé lentamente los chocolates, agarré algunos y los puse arriba del mostrador. Un grupo de jóvenes entraron al lugar haciendo que sonara una pequeña campana, podía escuchar sus risas. Levanté mi rostro y vi que el hombre me miraba—. ¿Algo más? —preguntó. Observé la pequeña caja de preservativos colgando un poco más atrás, junto a las rasuradoras. Sabía que Shep estaba disfrutando de mi indecisión—. Y unos condones, por favor —le dije de forma rápida. Lo había dicho demasiado fuerte, de eso estaba segura. El hombre no se inmutó.

—¿Qué tamaño? —preguntó. ¿Qué? Em... ¿Qué tamaño era Shep? Di media vuelta para mirarlo, él simplemente se encogió de hombros reteniendo una sonrisa y manteniendo su aspecto relajado. Oh, no me ayudaría. Volví a ver al hombre.

—¿Tamaño normal? —pregunté. El hombre suspiró.

—Van del tamaño de XS a XLL —comentó. ¿XLL? Eso no era normal—. Trabajamos con una marca internacional. —Mi cerebro pareció prácticamente trabarse y sabía que los jóvenes no tardarían en elegir algo de la tienda y querer pagar. Así que debía apurarme porque esto se estaba volviendo vergonzoso.

—Ojo con lo que contestas... —amenazó divertido mi compañero.

—Deme los básicos, los que lleva todo el mundo. ¿O acaso hace una encuesta a cada cliente de cuánto mide su pene? —dije prácticamente escupiendo las palabras. Supe que me había ido de boca cuando escuché cómo la banda de chicos se reía a lo lejos.

El tintineo de la puerta volvió a escucharse.

—Bien. ¿Prefieres extra finos, con sabor o textura...? —el hombre prosiguió, pero yo dejé de escuchar. No llegué a contestar cuando Shep se puso a mi lado.

—Deme la caja roja de allí —dijo señalando; el grupo de chicos seguía riéndose—. ¿Quieres

algo más? —preguntó divertido.

—¿Shep... Lina? —una voz conocida sonó. Marcos y Coco estaban frente a nosotros.

—Aquí tienen. Dos tabletas de chocolate y un condón. Son... —Shep no dejó que el hombre terminara y le pagó con rapidez agarrando la bolsa y guardándola en el bolsillo de la sudadera.

—¿Tienen planes? —preguntó Marcos sin entender; Shep y yo estábamos paralizados como malditas estacas.

—Claro —contestó—. El chocolate para ella y el condón para mí —dijo aparentando calma—. Digo... el condón para mí, para usarlo con... una chica —finalizó intentando arreglar la situación. Cuando pensé que todo se había ido por la borda, un rayo de sol nos atravesó.

—Siempre tuvieron una amistad tan rara... se acompañan hasta a comprar condones —le comentó mi hermano a Coco, quien nos miraba sonriendo. Ella sabía la verdad, porque había estado en la charla con Terra la noche de la fiesta, aun así, confiaba en que no diría nada—. Si esta es tu forma de hacer duelo por lo de Camille, salir con cualquiera y acostarte con quien sea... está bien cuidarse —comentó Marcos golpeando levemente el hombro de Shep. Oh, mi hermano pensaba que Shep realmente estaba comprando un condón para estar con otra persona, no se le había cruzado ni por asomo que esa persona fuera yo—. ¿Están yendo con los demás? Bajamos a comprar cigarrillos —comentó mi hermano mientras Coco iba a comprar algo.

—No —dije rápidamente—. En realidad... estábamos... —comencé pero nada pasó por mi cabeza. Debíamos tener cuidado, ambos teníamos una gran amistad, pero esta escena era extraña y si le dabamos pie a Marcos para que la analizara... se daría cuenta de lo que realmente estaba ocurriendo.

—Hablando —siguió Shep—. Nos juntamos a hablar de la vida y filosofar. Como nos gusta a nosotros... y ella quería chocolate. Yo necesitaba el condón para más tarde —dijo sin más. Shep era bueno mintiendo.

—Me parece muy bien, amigo. No hay que echar a perder las vacaciones por un mal de amores —comentó mi hermano—. Entonces me llevo a Lina a casa —dijo—. Iba a pasar a buscar unas cervezas que dejé allí enfriándose así que la puedo dejar —comentó relajado mientras ponía sus manos en los bolsillos. Oh, no, no, Marcos echaría a perder nuestra noche.

—Nah, no te preocupes, yo la llevo —comentó Shep tranquilo—. Tú quédate con Coco —dijo.

—No me molesta, Sheperson. Al contrario. Quiero que estés libre de obligaciones —mi hermano insistió y sentí morir—. Axel está en el auto esperándonos —agregó. Mierda. Lo que faltaba. Axel estaba aquí y sabría que Shep estaba comprando condones y yo casualmente con él. El rubio no era tan tonto como para no darse cuenta.

—Está bien, Marcos tiene razón. Me iré con él, creo que quiero ir a la fiesta —dije ahora de forma rápida. Shep me miró con el ceño levemente fruncido sin entender. Coco ya había terminado y ahora estaba al lado de Marcos.

—Yo también iré entonces —dijo Shep de repente con una sonrisa mirándolos.

—¿Pero qué ocurre con la chica? —comentó Marcos sin entender.

—Le diré que vaya directamente a la fiesta, así tengo más espacio —le guiñó el ojo haciendo que Marcos riera. ¿Más espacio?

—Las grandes tácticas de Sheperson —comentó—. Bueno, los vemos en la fiesta entonces —dijo—. Síganme con el auto así no se pierden —dijo por último y ambos asentimos; mi hermano se dio vuelta y salió con la chica.

—Háblame de lo que es la mala suerte —susurré sin poder creerlo mientras observaba a

donde se habían ido, Shep me miró con una sonrisa de lado.

—Vamos. Bailamos un poco y luego hacemos uso de este condón —dijo dando unos pequeños golpecitos en su bolsillo donde lo había guardado—. Cambia esa cara, nadadora —comentó divertido y comenzó a caminar, lo seguí.

Ese plan, claramente, nunca ocurrió. Axel se pegó como una maldita ladilla a Shep y no pudimos liberarnos ni unos minutos como para poder escapar de la fiesta. Me sentía molesta y frustrada. Shep, en cambio, se mantuvo en personaje toda la noche. Sociable, amable y sonriente. Como si el maldito condón en el bolsillo no le quemara.

Capítulo 6

—Este deporte se trata de ahogarse continuamente, ¿no? —preguntó Terra volviendo a subir a la tabla; se veía agotada—. Como que un día te levantas y dices: «Oye, hoy quiero ahogarme, ¿vamos a surfear? —se burló. León, un poco más lejos, intentaba agarrar una ola con total tranquilidad y análisis.

—No, de eso se trata —dije señalando a Shep que se deslizaba por una ola como un experto.

—Madre mía, si tú piensas que yo llegaré a hacer eso alguna vez en mi vida... estás poniendo demasiadas expectativas en mí —me dijo mirándolo sin poder creerlo—. Se puede decir que eres casi como mis padres... —Reí. Ambas vimos cómo León intentaba pararse en una de las olas y caía directo al agua. Shep se acercó a él para ayudarlo a agarrar la próxima—. Lo voy a extrañar tanto —susurró mientras los miraba.

—¿A quién? —pregunté mirando cómo los dos chicos intentaban agarrar una ola; en realidad, Shep observaba a León, pero este se cayó de la tabla apenas la ola llegó, haciendo que Shep largara una carcajada limpia.

—A León —dijo—. Apenas volvamos a casa se irá de viaje —comentó encogiéndose de hombros—. Nunca estuve tan lejos de él por tanto tiempo.

—¿Cuánto tiempo se va? —pregunté.

—No sabe, dice que tiene que hacer un viaje para encontrarse consigo mismo —dijo frunciendo el ceño—. O algo así... no sé, lo leyó en alguno de esos libros que lee —comentó. Ambas volvimos a mirar a los chicos; Shep señalaba una ola.

—Volverá —dije tranquila.

—No dudo que vaya a volver... solo que... —comenzó—. ¿Qué pasa si algo le ocurre? ¿Quién podrá ayudarlo? —dijo. Terra tenía un punto, eran chicos. Recién habían terminado el instituto, pero así León era una persona capaz de adaptarse a cualquier situación.

Casi como si hubiese querido dar un mensaje, agarró la ola y se paró algo inestable, pero se paró al fin, y se deslizó gritando por el agua.

—¡Sí! —le grité aplaudiendo. Entonces cayó al agua para luego salir y agarrarse de la tabla. Shep lo aplaudía con una gran sonrisa—. Se las arreglará, es un chico muy inteligente, Terra. Además hablarás con él todos los días, tú lo mantendrás seguro —dije sonriéndole. Ella asintió y por un segundo, viendo cómo Shep y León se reían y hablaban de lo que acababa de pasar, en mi mente apareció la gran pregunta: ¿qué pasaría con Shep cuando terminara el verano? ¿Seguiríamos viéndonos? Vivíamos lejos, además de que no les habíamos dicho nada a nuestras familias. No iba a ser fácil.

De repente, mi sonrisa se borró.

—Entonces, ¿en la hamburguesería cerca de casa? —comentó Terra mientras terminaba de ponerse el vestido sobre la biquini mojada.

—Claro, cuando termine Shep los alcanzamos —dije mirando al castaño.

León y Terra salieron de la playa; yo me bajé el traje de neoprene hasta la cintura, dejando la parte superior de la biquini libre para que el sol pegara en mi piel.

Con tranquilidad, me senté en la orilla del mar y observé a Shep surfear las olas con agilidad; tenía talento, no entendía cómo no competía en las grandes ligas. Podría viajar a países donde el surf es un deporte realmente venerado.

Luego de unos minutos, lo observé caminar hacia mí con la tabla bajo el brazo al tiempo que intentaba escurrir algo de agua de su cabello.

—Te has perdido las mejores —me dijo con una sonrisa dejando la tabla al lado de la mía; con tranquilidad se sentó a mi lado.

El agua iba y venía hasta nuestras caderas; Shep todavía tenía el traje cerrado a tope.

—León y Terra irán por una hamburguesa, nos esperan —comenté observando el agua.

—Sí... —dijo mientras apoyaba sus antebrazos en la arena—. Pero no iremos... —susurró.

Lo miré. El sol de la tarde le daba de frente haciendo que sus ojos se achinaran; su cabello caía mojado hacia cualquier lado y estaba más bronceado que nunca.

—¿Y eso por qué? —pregunté sin dejar de mirarlo, él me observó haciendo una mueca parecida a una sonrisa.

—Porque prefiero comerte a ti —dijo sin quitarme la mirada, me reí sintiendo cómo mis mejillas tomaban color. Me había agarrado con la guardia baja.

—Eres realmente cursi y yo tengo hambre real... —le dije mientras me acercaba a su rostro, él apoyó su mano en mi nuca acercándose a él y luego comenzó a besar mis labios con tranquilidad; por la diferencia de altura tuve que llevar mi cuerpo hacia abajo, aprovechando a poner una pierna entre las de Shep.

El agua subía y bajaba a nuestro lado, pero parecía no importarnos; él ya estaba acostado en la arena mojada y apoyó ambas manos en mis mejillas para besarme con dedicación. Me sentía la chica más especial de todas.

—No, en serio. Quiero una hamburguesa —susurré separándome unos centímetros de su rostro. Él carcajeó. Ya habíamos almorzado, pero no me importaba.

—Bien, pero déjame darme un último chapuzón —dijo y besó mis labios levemente, nos separamos y él se sacó con rapidez el traje. Yo lo imité, no me gustaba dejarme el traje puesto cuando no estaba en el agua—. Tú vienes conmigo —dijo y me levantó por los aires llevándome al agua.

Sin el traje, el mar se sentía delicioso; había sido un gran día de playa. Me reí cuando salimos a la superficie; todavía estaba agarrada de Shep.

—Eres realmente un bicho de agua —comenté divertida.

—¿Bicho? Eso es algo feo para decirle a alguien como yo —comentó, divertido, mientras besaba mis labios para luego alzarme y girarme; toqué el agua con mis manos.

—Sí, bicho —le susurré luego cerca de sus labios, él sonrió. Todavía podía recordar las palabras que había usado Camilo el día que Shep me había ayudado. *Es un héroe en el agua*. Y así era, el agua era la zona de comodidad para él.

—Has elegido una buena playa —susurró luego de un rato.

—Gracias al hermoso folleto del que te burlaste —dije divertida.

Cuando se lo había mostrado a Shep, él se había reído. Conocía casi todas las playas para surfear de Mar del Plata y le había dado gracia que yo mirara los folletos turísticos.

—Está bien... me retracto —dijo, divertido, mientras seguía en sus brazos.

—Bien, porque también elegiré la próxima playa y no podrás decirme nada —comenté.

Tenía una playa en mente para surfear, sabía que era conocida por sus olas y también sabía que Shep no estaría nada contento de ir allí. Pero no era momento de debatirlo; seguimos

tonteando en el agua, hablando de cosas poco importantes. Él me hacía sentir muy especial, bah, siempre lo había hecho.

Las hamburguesas quedaron en el olvido y, entre risas, llegamos a la casa de Shep nuevamente.

—Se podría considerar un secuestro... —susurré, divertida, cerca de su rostro mientras entrábamos; me tenía abrazada y yo tenía mis manos en su cuello.

—Deberías ver la definición de secuestro en un diccionario, nadadora —susurró besando mis labios de forma juguetona mientras ambos intentábamos caminar por la casa.

—Shep, ¿eres tú? —la voz de Patricia sonó en otra habitación, ambos nos separamos con torpeza haciendo que Shep casi se cayera.

—Sí, sí, mamá. Soy yo —dijo de forma torpe y rápida. El castaño cerró los ojos con frustración.

—Y Lina —dije rápido. Ambos caminamos hacia la otra habitación. Patricia estaba en el sillón mirando la televisión con un té entre sus manos.

—Hola, Lina, cariño —me saludó—. ¿Estuvieron surfando? —preguntó.

—Sí, algo. ¿Qué haces en casa? Pensé que se quedarían hasta el atardecer como siempre —comentó Shep con suavidad.

—Sí, los demás se quedaron. Pero yo no me sentía a gusto, algo que comí ayer no me cayó del todo bien así que decidí volver... —dijo con una pequeña sonrisa. Patricia tenía la misma calidez y suavidad que Shep—. ¿Quieren que les prepare un té con galletas? —preguntó, negué rápidamente con la cabeza.

—No, en realidad le venía a mostrar una tabla nueva a Lina y después nos encontramos con los demás —dijo Shep—. No te preocupes, mamá, descansa —habló—. Yo te saco a esta molestia rápido de casa —se burló mientras me agarraba. Patricia rio.

—Nunca eres una molestia, Lina —dijo sonriendo.

—Qué bueno, porque Shep sí lo es —retruqué. Ambas reímos.

—¡Oye! —dijo frunciendo el ceño.

Caminamos escaleras arriba; apenas pasamos la puerta nos pegamos el uno al otro.

—¿De qué tabla hablabas? —pregunté cuando mi camiseta salió de escena y ambos caímos en su cama.

—Ninguna, nadadora. Pero mi madre no sabe cuál es nueva y cuál no —susurró divertido.

Llevé mis manos a su cabello todavía levemente húmedo y su lengua se enredó con la mía de forma arrolladora.

Nos besamos por largos minutos, tantos que no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado; solo sabía que su boca se movía en perfecta sincronización con la mía.

Saqué su camiseta del camino, el calor de su piel era algo exquisito. Cuando la parte de arriba de la biquini salió volando ya nuestros cuerpos parecían completamente uno.

Shep besó mi cuello y mi piel con dedicación. Llevé mis manos a su short y comencé a bajarlo.

—¡Oye, Sheperson! —unos golpes nos alarmaron desde la puerta; luego oímos el ruido del picaporte. Alguien quería entrar.

—Axel —susurramos los dos al unísono.

—SHEPERSON —dijo el rubio del otro lado—. Ábreme la puerta, sé que estás ahí —dijo divertido.

—¿Qué quieres, Axel? —contestó sin moverse, ahora claramente serio. Acaricié su cabello en un intento de tranquilizarlo.

—Me dijo Patri que estás con Lina —dijo intentando volver a abrir la puerta. Él me miró.

—No, ya se fue —contestó extrañamente relajado, apoyó su perfil sobre mi pecho y seguí acariciando su cabello.

—¿Por qué no abres entonces? Tengo que contarte una buena —dijo divertido.

—Vete a joder a otro lado —gruñó Shep. Claramente se iba a dar cuenta de lo que pasaba si no abría la puerta, le hice señas y él me miró sin entender. Con rapidez me puse la parte de arriba de la biquini nuevamente.

—¡Vaaamos, Sheperson! —siguió golpeando la puerta. Agarré mi camiseta y mis sandalias, y señalé debajo de la cama. Shep negó con la cabeza pero no me importó y me deslicé por el piso de madera—. ¡Sheeep! No me moveré de aquí.

Escuché al castaño suspirar para luego caminar hacia el guardarropas y ponerse un par de bóxers. Destrabó la puerta y abrió de golpe. No podía ver absolutamente nada, solo una franja del piso, por ende... los pies de ambos chicos.

—¡Al fin! ¿Qué hacías encerrado? —preguntó Axel al entrar.

—No lo sé... Tal vez, ¿teniendo privacidad? —dijo Shep claramente irritado, aun así intentaba mantener una actitud relajada. Sentí cómo la cama se movía, Axel se había acostado—. Sal de ahí —le dijo Shep—. No quiero que llenes de arena mis sábanas —le dijo con urgencia intentando que se levantara. Axel rio.

—¿Desde cuándo te importa eso? —dijo sentándose. Shep le acercó de un tirón la silla del escritorio; Axel, sin más, se sentó allí.

—La arena en mis sábanas —se burló Axel.

—¿Qué quieres, Axel? Me gustaría dormir una siesta si no es mucha molestia... —comentó el castaño suspirando.

—¿Dónde está Lina? —preguntó el rubio y me quedé dura como una estaca.

—En su casa, no lo sé —dijo Shep.

—Me dijo tu madre que estaba aquí —comentó.

—Sí, estaba. Fuimos a surfear, vino a ver una de las tablas y luego se fue. ¿Acaso tengo que darte explicaciones? Últimamente te tengo encima como a una mosca —dijo Shep con acidez—. ¿Hay algo que me quieras decir? —preguntó.

—Sí. Me gusta Lina —dijo el rubio ahora con voz seria, llevé una mano a mi boca intentando no hacer ruido ya que la habitación quedó en silencio.

—¿Y qué quieres que haga con eso? —preguntó el otro. Axel rio.

—No te hagas el imbécil, Shep. Sé que entre ustedes... algo pasa, ¿sí? Prácticamente te me tiraste encima el día que la besé —sonaba molesto.

—Sí, porque ella no estaba en sí. Y no quería repetir lo de Puerto Rico —comentó el castaño. Axel suspiró.

—¿Puedes no meter Puerto Rico otra vez? Fue un error, Shep. No sabía que esa chica estaba tan borracha... era un niño sin malas intenciones, ¿sí? —dijo aún más molesto—. Ella realmente me gusta... pero contigo en el medio es imposible —finalizó.

El silencio volvió a reinar y me sentí muy mal de estar allí escuchando todo.

—No estoy en el medio, Axel. —Shep se sentó en el escritorio, todavía tenso—. Soy su amigo de toda la vida. ¿Dónde quieres que esté? —respondió. Y eso por alguna razón dolió, entendía que no debía decirle la verdad, pero... algo me molestaba.

—Cuando la besé... tú realmente te enojaste —volvió a decir el rubio.

—Ya te expliqué por qué —Shep estaba perdiendo la paciencia; estaba incómodo conmigo

escuchando.

—¡Sí! Pero cuando ella te vio con Camille... prácticamente salió disparada del lugar. Y cuando nos besamos esa noche... ella seguía de mal humor, ¿sabes? —dijo y mi corazón paró.

—¿Se... se besaron? —preguntó Shep sin poder creerlo.

—Sí, luego de haber salido... Yo siento una conexión, pero no lo sé. Siento que estoy compitiendo contigo por su atención. De alguna forma —comentó—, sé que tú estás intentando arreglar las cosas con Camille y no quiero meterte más temas en la cabeza, pero las vacaciones ya se terminan y tengo pocos días para acercarme. —El silencio volvió a formarse—. Me siento como un idiota, sé que no tengo la mejor relación con ella y soy culpable de eso... pero no sé. Me gusta y sé que a ella también le pasa algo. Si no me hubiera besado...

—Olvídalo —dijo Shep cortándolo y, por un segundo, pensé que le diría toda la verdad—. Yo no estoy en el medio, solamente soy su amigo —finalizó.

—Bien, entonces... la invitaré a salir —comentó a la vez que se paraba—. Gracias, Sheperson —dijo con aire alegre—. Ah. No sabes a quién me crucé en la playa... ¿Recuerdas a Tatiana? —preguntó—. Estuvo aquí por unos días, tal vez puedas llamarla y volver a las pistas. Recuerdo que tuvieron algo fuerte —comentó divertido.

—Claro, veré. Ahora lárgate, me gustaría dormir —dijo un Shep amistoso.

—¡Vamos, Sheperson! ¡Hoy será nuestra noche! —gritó Axel mientras se iba de la habitación; con rapidez, Shep cerró la puerta con traba. Salí de mi escondite con algo de torpeza bajo su mirada; el castaño tenía la espalda apoyada en la puerta cerrada con el rostro completamente serio.

—Sheperson —susurré con una voz grave imitando a Axel; él sonrió de lado dejándose ganar por el chiste. Pero no parecía nada contento—. ¿Qué fue eso? —pregunté sentándome en la cama y procurando mantener la voz baja, por si Axel seguía cerca.

—¿Una declaración de amor? —preguntó algo burlón.

—Más bien parecía un capricho —susurré.

—Lo que sea... pero es mi primo —comentó.

—Sí y tú saliste del medio. Ni siquiera le diste un indicio de que no se me acerque —le respondí con voz calma.

—¿Acaso quieres que todos se enteren? No sabemos cómo reaccionarían nuestras familias... Ni siquiera sé cómo reaccionará Marcos —comentó.

—Oh, tienes miedo... —dije y levanté las cejas.

—Claro que no, no tengo miedo. Pero entiendo los códigos familiares y entiendo que nosotros siempre fuimos amigos y de repente aparecer con todo esto... y simplemente no sé cómo mierda manejarme —dijo con la voz clara.

—No cambia nada en nuestras familias que salgamos, o seamos novios, o seamos amigos. Da igual... —le respondí, él respiró hondo sin dejar de mirarme—. Será todo igual.

—Nada será igual. Lina, yo salí hace tan solo unos días de una relación de un año muy intensa... —comenzó y me puse en pie.

—No, no me vengas con estas mierdas. Me iré... y hablaremos en otro momento. No me interesa escuchar la charla de la relación pasada y la nueva y blablá —comenté poniéndome la camiseta. Él bufó pasando una mano por su cabello.

—Nadadora, con esto no estoy diciendo que no siento nada. Me encantas, me vuelves loco —dijo acercándose a mí—. Pero tenemos que ver por dónde pisamos, porque siento que estamos en el aire por algún extraño motivo... —susurró acariciando mi mejilla.

—Ya lo sé... ni que te hubiese pedido casamiento —dije burlona separándome de él.

—Te besaste nuevamente con Axel... —susurró como quien no quiere la cosa.

—Fue un simple beso, me tomó por sorpresa y no llegué a correrme a tiempo —dije y observé con tranquilidad su escritorio: allí estaba *El principito*, su libro favorito. Lo tomé y me senté en el escritorio mientras Shep se tiraba boca abajo en la cama.

—¿Podríamos escabullirnos y quedarnos haciendo nada toda la noche? —preguntó con la voz cansada; de pronto una hoja cayó del libro que tenía en mis manos; parecía una carta. «Valentín» junto a dos puntos—. ¿Qué opinas? —preguntó. Con rapidez guardé la carta nuevamente dentro del libro dejándolo de lado. *Valentín*. Shep se llamaba Valentín. Oh, Dios santo, sabía su nombre—. Nadadora, ¿me escuchas? —preguntó dándose vuelta y mirándome.

—¿Qué? —pregunté, él sonrió mirándome.

—Ven aquí, despistada —dijo con humor, me paré viendo al chico en bóxers que me sonreía relajado.

Valentín. Mi Valentín.

Caminé hacia él con una sonrisa y me tiré arriba suyo con confianza. Él me miró extrañado.

—¿Por qué sonríes tanto? ¿Me matarás? —preguntó achinando los ojos. Sonreí besando sus labios con fuerza, Shep contestó automáticamente; su lengua se enredó con la mía y sus manos con lentitud fueron por dentro de mis shorts hasta mi trasero—. Me estás dando miedo —susurró divertido mientras besaba mi mandíbula.

—¿Tienes ese condón a mano? —pregunté con una sonrisa, él carcajeó por lo bajo mientras estiraba su mano y abría el cajón de la mesita de luz; levantó el sobre rojo atrapado entre sus dedos índice y medio.

—¿Quieres hacer los honores? —preguntó mordiendo su labio inferior y achinando los ojos, como si supiera algo que yo no.

Mantuve la calma y agarré el sobre mientras me mantenía sentada a horcajadas suyo. Apreté la punta de mi lengua en mi labio superior mientras rompía el pequeño sobre. No solía amedrentarme con nada, ni siquiera con probar cosas nuevas; obviamente me daba inseguridad, pero eso no me detendría y él lo sabía. Por otro lado, el hecho de saber su nombre me decía que estaba más cerca de él, era como si lo hubiese descubierto. *Valentín*.

Saqué un preservativo pegajoso y enrollado. Shep me miró atentamente con diversión en sus ojos, como si le gustara desafiarme. Sentí cómo la tira de la biquini se aflojaba a la altura de mi espalda por debajo de la camiseta. Lo miré levantando una ceja.

—Ups —susurró y su mirada estaba más oscura, deseosa, caliente. Oh, madre santa.

Corrí por mi vida por pasillos oscuros llenos de luces ultravioleta, el calor me estaba matando y el arma pesaba en mi mano. Había una música pesada de fondo y la oscuridad era intensa. Apoyé mi espalda en una de las paredes del gran laberinto intentando calmar mi respiración, podía escuchar pasos y gritos de fondo pero no debía desconcentrarme. Caminé con rapidez y pasé por las aberturas en un intento de que nadie me viera hasta que de repente apareció un joven con la luz azul en su pecho; con rapidez, lo apunté y disparé haciendo que la luz se apagara para luego hacer un corto ruido.

—¡Maldición! —dijo este molesto. Reí mientras seguía caminando. El *lasershot* nunca había sido mi juego favorito, me daba mucha ansiedad, pero aún así no podía evitar divertirme y más si mi equipo estaba ganando.

—¡AXEL! —un grito de Terra se escuchó a lo lejos. Claramente la habían eliminado, lo raro era que Axel, Terra y yo éramos del mismo equipo... debía cuidarme las espaldas. Ya no quedaban tantos. Caminé por el gran pasillo oscuro con lentitud. Me incliné en una de las aberturas para poder ver si había alguien y allí estaba Peter con su pecho azul apuntándole a otra persona. Con rapidez, levanté mi arma para tirarle.

—Pensaría eso dos veces —una voz masculina sonó. Shep me estaba apuntando de frente directo al pecho, él era de los azules.

—Ni se te ocurra —le susurré ahora apuntándolo como él lo estaba haciendo; parecía encantado.

—Carajo —dijo Peter a lo lejos luego de escuchar el sonido de que lo habían eliminado.

—Ya quedamos muy pocos, nadadora —susurró. Observé el contador en la parte de arriba. Quedaban cuatro jugadores vivos. Shep dio un paso hacia mí y apoyó la punta del arma en mi pecho, al igual que la mía en el suyo—. Dispara. Si te atreves... —dijo burlón. Observé su rostro en la oscuridad, quería besarlo.

—Oh, pero miren nomás a quiénes me encuentro —la voz de Axel sonó a un costado y apuntó a Shep, que era del bando contrario—. O lo mato yo —comentó divertido—, o lo matas tú. Tú decides. —El rubio me miró. Shep, sin más, lo apuntó mirándolo fijo. Respiré hondo para luego con rapidez dispararle a Axel, apagando su luz roja—. ¿Qué carajo? —dijo luego de que el sonido de eliminación se hiciera presente.

—Ajustes de cuenta —dije levantando un hombro, escuché la carcajada de Shep. Con agilidad, le disparé también al castaño y se apagó su luz. Él me miró sorprendido y algo divertido.

—Bien, eso no lo esperaba —dijo Shep mirando su pecho.

—Yo tampoco —contesté divertida—. Bueno, ya sabemos quién ganó —dije levantando los brazos con el arma. Sin más, escuché el sonido de eliminación proveniente de mi traje. Observé ahora mi luz apagada para luego mirar al frente. León sonreía.

—Nunca hay que festejar antes de tiempo... —comentó divertido y luego la música cambió por la del ganador y las luces se prendieron. Lo miré negando con la cabeza.

Todo el grupo salió del lugar; más allá de que el equipo de León hubiera ganado, todos estábamos de buen humor.

—¿Qué se siente ser parte de los perdedores? —preguntó León burlándose de mí, revoleé los ojos.

—Fue injusto, no te vi. Te aprovechaste de mi baile de festejo —hablé divertida mirándolo.

—Claro que me aprovecharía de tu baile de festejo... —comentó pasando un brazo por arriba de mis hombros en símbolo amistoso. Estaba de buen humor, León normalmente era una persona cariñosa, pero a su forma y con distancia. Lo abracé de costado mientras caminábamos.

—Si no les molesta, nosotros iremos un rato a la playa —comentó Marcos con Coco a su lado. De seguro, se irían a encontrar con sus amigos.

—¡A mí también me gustaría ir a la playa! —comentó Terra y miró a León—. ¿Vamos? —Este se encogió de hombros.

—Bien, los demás iremos por algo para comer... —comentó Axel.

Subí al auto de Shep en el último lugar, ya que había ido al baño. Allí solo estaban Shep y Axel completamente sumergidos en una conversación aparentemente sobre fútbol. ¿Y Peter? Mierda, de seguro él también se había ido a la playa.

Luego de dar varias vueltas, los tres terminamos en un parador; Shep y Axel seguían hablando con tranquilidad, al parecer yo era la única que me sentía incómoda.

—Estás muy callada, Lina. ¿Te encuentras bien? —preguntó Axel mirándome fijamente, asentí—. No será porque estamos los tres juntos, ¿no? —dijo achinando los ojo; Shep suspiró y bebió de su vaso.

—Déjala en paz, Axel —comentó mirándolo de forma cansada.

—¿Qué? ¿Qué hice? —dijo sin entender—. Simplemente parece incómoda y se lo estaba señalando...

—Sí, estoy incómoda. Ustedes se la pasan peleando y eso me tensa —intenté sacarle peso al tema, Axel rio.

—Shep y yo nos llevamos de maravilla —corrigió el rubio—. Aun así, no me dejaste matarlo... —Era un chiste, pero igual sonaba con un doble sentido.

—Axel —dijo Shep—. En serio, deja de buscarla —lo increpó mirándolo fijo.

—¿Alguna vez se besaron? —preguntó el rubio de repente. Casi me atoro con el agua que estaba tomando.

—Somos amigos... —dijo Shep evitando la respuesta.

—Lo sé. Pero han pasado muchos veranos juntos y momentos solos... nunca... ¿sintieron atracción? —dijo. Se estaba divirtiendo poniéndome incómoda—. Digo, solo para experimentar.

—Mira, que tú no tengas amigas mujeres no significa que... —repuso Shep levemente irritado.

—Claro que tengo amigas mujeres. Lina es una —dijo mirándome con una sonrisa ácida. Él no era mi amigo y lo sabía—. Aunque tú y yo nos besamos... —comentó—. Sería raro que también lo hubieras hecho con Shep... —dijo divertido. Observé al castaño por unos segundos para luego mirar nuevamente al rubio.

—No estoy interesada en ninguno de los dos, si a eso te refieres —dije dura—. Y me gustaría poder comer tranquila sin un interrogatorio o preguntas tan estúpidas como la de la revista *Cosmopolitan*... —concluí burlona.

Ese fue el fin de la conversación; rápidamente, Shep usó su talento social para sacar un tema divertido del que hablar y la tarde se volvió amena. Aun así, sabía que Axel no pararía hasta saber la verdad.

Capítulo 7

—¿Ya estás armando las valijas, mamá? —pregunté desde la mesada mientras comía un sándwich; ella iba de un lado para el otro doblando ropa y ordenando.

—Nos quedan unos pocos días, Lina. Ya sabes el lío que es ordenar todo a último momento —dijo mientras agarraba las toallas mojadas que habían dejado Marcos y Francisco.

—Mamá, ¿cómo te enamoraste de papá? —pregunté luego de un rato, hacía tiempo que pensaba en eso; ella me respondió mientras seguía acomodando todo.

—Tu padre atendía en un café al que íbamos siempre con mi familia —comentó escuetamente.

—Ya. ¿Puedes detallar un poco más? —pregunté con la cabeza apoyada en mi mano. Me miró desde su lugar para luego asentir y acercarse; se sentó frente a mí para luego agarrar mi sándwich y cortarlo a la mitad—. ¡Oye! —le dije mirando cómo destrozaba mi sándwich.

—Quieres que hable. No será gratis —comentó, divertida, mientras le daba un mordisco a mi sándwich—. Tendríamos... no lo sé... ¿dieciocho? —dijo pensativa—. ¿Qué tiene este sándwich? —dijo mirándolo—. Está delicioso.

—Pollo, tomate, lechuga y qué sé yo, mamá... Sigue —comenté para luego beber. Ella asintió.

—Como decía, tu padre era mozo en un café al que íbamos todos los domingos con mis padres —comentó—. Ahí nos vimos por primera vez.

—¿Y a ti te gustó al instante? —pregunté. Ella volvió a pensar.

—No lo sé —comentó—. Si bien teníamos una edad parecida, él parecía muy maduro. Tenía un trabajo y estudiaba mucho —contó con tranquilidad y luego dio otro mordisco al sándwich—. Más que miradas y un «¿café descremado con una tostada de dulce de frutos rojos?» no había. Aunque era lindo que recordara mi pedido. A veces quería pedir otra cosa, pero simplemente le decía que sí para seguirle el juego —dijo divertida—. Luego nos encontramos en la fiesta de Leticia Martínez —comentó levemente sonriente—. Él estaba fumando al lado de su moto, que estaba completamente destruida, junto a algunos chicos —dijo recordando la escena—. Se veía tan relajado, tan diferente al chico que nos atendía todos los domingos. Yo lo reconocí y él también... al instante —indicó—. Luego, más tarde, se acercó a mí y comenzamos a hablar.

—¿Y ahí... te enamoraste? —pregunté subiendo los pies a la silla y abrazando mis rodillas. Ella me hizo una mueca.

—No, creo que no —susurró tomando de mi vaso.

—¿Cuándo te enamoraste entonces? —pregunté luego de unos minutos de silencio.

—Me enamoré el día en que tu padre me abrazó —dijo sin más.

—¿Qué? ¿Cómo que te enamoraste por un abrazo, mamá? —dije divertida y algo desilusionada por la historia.

—Luego de que tu abuelo muriera, no lloré. Yo tenía veinticinco años y él era bastante mayor, me parecía lo natural. Pero algo dentro de mí me decía que debía vivir la vida al máximo —comentó—. Pablo comenzó a sentirse fuera de mi vida, ya que yo continuamente estaba haciendo algo. Me había anotado en un taller de costura, trabajaba en un hotel como recepcionista, estudiaba y, al mismo tiempo, siempre encontraba algo para llenar todos mis momentos libres —

dijo mirándome—. Recuerdo que una noche él había llegado realmente cansado del trabajo y, como había hecho los últimos días, entró en silencio para no despertarme, ya que yo me quedaba dormida en el sillón intentando repasar para algún examen —relató mirando hacia otro lado—. Pero esa noche, yo estaba tocando fondo. ¿Alguna vez te pasó que tu cuerpo está haciendo algo en automático y tu mente grita? Por un lado, estaba estudiando para un examen; por otro, intentando terminar de coser un vestido que tenía que entregar como muestra, pero también horneaba un pastel y escuchaba la televisión a todo lo que daba —dijo y su voz pareció afectarse—. De repente, todo empezó a girar, me pinché con la aguja, el olor a quemado del pastel estaba por todos lados, el café cayó directo en mis apuntes... y escuché que en el noticiero estaban hablando de los ataques al corazón —susurró—. Perdí la cordura por completo; no había notado que tu padre estaba allí, parado frente a la puerta, todavía con el uniforme de trabajo mirándome con pena. En ese momento, me sentía completamente sola y de repente sus brazos me envolvieron... —prosiguió mirando el piso—. Recuerdo haberme sorprendido por un segundo, ya que no sabía que había llegado y luego simplemente lloré. Lloré muchísimo, como nunca antes, y él me sostuvo con fuerza. Me abrazó como nunca nadie lo había hecho y como yo no me había dado cuenta de que necesitaba... —comentó pasando una mano por su mejilla y barriendo una lágrima solitaria—. Luego de haberme abrazado de esa forma, con tanto cariño, me acostó y se dedicó a limpiar todo el desastre. Apagó la televisión, secó los apuntes y la mesa, colgó el vestido, apagó el horno y tiró el pastel a la basura. Volvió a la cama y me siguió abrazando —me miró—. En ese momento... lo sentí. Yo quería a tu padre, ya vivíamos juntos y teníamos planes de armar una familia juntos pero yo no estaba lista. No había procesado el duelo por la muerte de mi padre y algunas cosas más. Ese día me di cuenta de quién era el hombre que estaba a mi lado, de cuánto lo amaba y de cuánto él me amaba a mí —finalizó.

No me había dado cuenta de lo metida que estaba en la historia hasta que se hizo silencio.

—Entonces... estabas enamorada de papá mucho antes pero no te habías dado cuenta —cuestioné.

—Algo así. Igual el amor no es algo de un día para otro, se va formando y a veces es difícil. Difícil de llevar a cabo, de sentir, de ver... Vinimos a este mundo a aprender, Lina —susurró—. Toda la gente que se cruza en nuestro camino viene a enseñarnos algo —dijo agarrando mi mano por arriba de la mesa—. Y no hay nada más lindo que alguien te muestre lo que es el amor —sonrió.

—Mamá... nunca pensé que lo diría, pero tienes un lado sensible... —susurré divertida, ella me regaló una pequeña sonrisa y se paró para abrazarme con fuerza—. Mamá, en serio... yo también te quiero, pero no te pongas a llorar —dije burlona; ella se separó y me acarició la mejilla.

—Bueno... ahora dime. ¿Por quién es esto? ¿Un chico que conozco? —preguntó sentándose nuevamente.

—No, mamá. Ningún chico...

—¿Tal vez una chica? —insistió, sonreí de lado.

—No, tampoco, mamá —dije revoleando los ojos—. ¿Qué? ¿Acaso no puedo preguntar sobre cómo se conocieron mis padres? —pregunté levantando una ceja.

—Te conozco desde que estabas en mi vientre, no lo olvides —me señaló—. Te lo dejaré pasar... porque tengo mucho que ordenar —repuso parándose, la puerta principal sonó y entró mi padre.

—Cariño, ¿puedes creer que se me perdió la sombrilla...? —Mi padre no pudo terminar la frase

porque mi madre lo abrazó de golpe dándole un beso. Él separó su rostro luego de un rato y la miró algo sorprendido y encantado.

—¿Por qué no cenan ustedes dos solos hoy?—pregunté—. Marcos está con Fran y sus amigos. Yo seguro iré con Terra y los demás... les queda la casa para ustedes solos —comenté mientras caminaba hacia las escaleras y luego escuché cómo cuchicheaban.

Se merecían su tiempo.

Shep frenó con el *jeep* frente al local que se llamaba «La Rompiente».

—¿Estás seguro de esto? —pregunté al ver todo apagado en plena medianoche. Él sonrió de lado asintiendo sin bajar las manos del volante.

—Hagámoslo rápido, no pienso ir presa en la última semana de mis vacaciones —comentó Terra en el asiento de atrás. León, por su lado, bebía de una botella que pasaba en ronda.

—¿Ustedes bajan con nosotros? —preguntó Shep abriendo la puerta del auto, pero los mellizos ya estaban saliendo también.

Los cuatro nos acercamos al local del padre de Shep; el castaño abrió la puerta con unas llaves haciendo que entráramos rápido. La oscuridad del lugar no dejaba divisar los objetos con definición, pero la luz que provenía de afuera ayudaba.

—¿Qué es lo que estamos buscando? —preguntó León pasándome la botella, le di un trago largo y se lo pasé a Terra que parecía estar viendo unas camisetas de mujer.

Shep, por su lado, parecía estar desconectando una alarma con un código en la pared.

—Una tabla —contestó Shep caminando hacia Terra para luego agarrar la botella y beber un trago—. No toquen nada, mi padre es bastante minucioso —dijo pasándole la botella nuevamente a mi amiga para luego mirarme en la oscuridad.

—Lina, ¿por qué no me ayudas a buscarla? —me preguntó y asentí siguiéndolo hacia otra habitación mientras los mellizos se quedaban mirando la ropa de surf. El siguiente cuarto parecía ser un depósito completamente lleno de tablas—. Acá están las tablas personalizadas —dijo señalando de un lado—. Y acá, las tablas que ya vienen de fábrica —me informó mientras pasábamos entre estas por la oscuridad. Observé encantada una de colores—. Esta la pidió una chica de Australia —dijo detrás de mí observándola—. La pidió por Internet —susurró encantando. El padre de Shep había crecido enormemente en el país y se había convertido en la marca principal de tablas y objetos de surf exclusivos y únicos—. Ven —susurró agarrando mi mano y llevándome con él entre las tablas y las cajas. Luego abrió otra puerta e iluminó con su celular lo que parecía ser una tabla solitaria en un pequeño lugar.

—Una Lux Surfboards de 1980 —susurró con el cuerpo apoyado en el borde de la puerta. Respiré hondo y me acerqué a ella para tocarla por arriba del plástico. Era realmente grande, era una marca de prestigio y era malditamente hermosa. Estaba pintada en color madera, simple y con una rosa china en la punta.

—Increíble... —susurré ahora dándome vuelta para verla.

Shep sonrió de lado.

—¿Qué te parece si... —preguntó acercándose a mí lentamente— la tomamos prestada?

—¿Qué? —susurré levantando las cejas, él carcajeó.

—Tú me diste la idea. ¿Qué tal si la tomamos prestada? La usamos y después la devolvemos... —comentó encogiéndose de hombros y yo acaricié su mejilla.

—¿Surfear de noche con una tabla robada? —dije como si fuese absurdo. Él sonrió

ampliamente.

—Y borrachos... —finalizó ahora mirando mis labios en la oscuridad. De repente, una tensión deliciosa se creó entre ambos.

—No creo que sea buena idea... —susurré ahora acariciando su cabello cerca de su nuca.

—¿No? Pensé que estarías de acuerdo... —Su voz seguía baja y ahora era ronca. Sus ojos pasaban de mi boca a mis ojos con lentitud. Oh, el hecho de estar haciendo algo ilegal hacía que mi cuerpo se sintiera en llamas.

—No estoy de acuerdo con cosas ilegales y menos si Camilo es el perjudicado —me burlé dándome vuelta; sin más, de un tirón me dio vuelta y con seguridad me acorraló contra una de las paredes. Me había tomado por sorpresa.

—¿Qué haces? —pregunté viendo cómo rozaba sus labios contra los míos, él sonrió ante la pregunta.

—No lo sé —susurró divertido—. ¿Tú qué haces? —la pregunta no obtuvo respuesta, ya que sus labios impactaron con suavidad con los míos; lentamente movió su boca en sincronización con la mía—. Veo que no quieres robar la tabla —dijo juguetón mientras veía cómo mis manos tiraban de su chaqueta.

—No estoy interesada en robos por el momento —susurré concentrada en besar sus labios. Pasé mi mano por su nuca y lo atraje más hacia mí; él sonrió sin poder evitarlo.

—¿Y en qué estás interesada en este momento? —dijo, divertido, sacando mi chaqueta del camino. Reí.

—Anatomía —contesté cerca de su rostro todavía divertida.

—Mmm, creo que puedo ayudarte con eso... Soy realmente bueno en anatomía, ¿sabes? —comentó sacándome la camiseta.

—No me llegó ese rumor... —le dije y volvió a besarme con fuerza.

—Nada de rumores, yo te puedo demostrar lo que sé hacer —susurró y volvió a besarme sin más.

—Estuve teniendo clases con un profesor particular —susurré esquivando ahora su beso y llevando mi boca a su oído.

—Maldito suertudo —susurró divertido apoyando sus manos en lo alto contra la pared y encerrándome—. ¿Y qué te enseñó? —preguntó. Di un beso en su mandíbula todavía con mi rostro cerca de su oído.

—Cosas básicas... por ahora —le dije con tranquilidad para luego pasar mi mano por su entrepierna. Escuché una risita de su parte.

—Ajam... cosas básicas. Sabes que más allá del profesor, debes estudiar por ti sola... —suspiró cuando moví mi mano.

—Sí, lo que ocurre es que él tiene parte del material, ¿sabes? —comenté.

—Estoy seguro de que si se lo pides te lo podrá prestar para que puedas aprender —dijo largando el aire de repente cuando metí mi mano dentro de sus pantalones.

Me sentía poderosa.

—¿Tú crees? —pregunté ahora mirándolo.

—Oh, Adelina, creo que eres una alumna ejemplar... —susurró roncamente para luego besar mis labios con fuerza.

Subí la música del reproductor haciendo que una canción pegadiza resonara por todo el lugar; con

lentitud, comencé a mover mi cuerpo. Dejé que la música me llevara. Bailar era una de las cosas que más amaba en el mundo, algo raro me pasaba cuando estaba sola allí escuchando la música y moviendo mi cuerpo... era como si de repente todo lo de mi interior saliera a la luz. No reconocía la canción, tampoco me importaba hacerlo. Sonreí moviéndome con rapidez cuando una canción más alegre comenzó a sonar, di saltos, giros, patadas, ya sin seguir ningún tipo de técnica. Unos golpes a la puerta de mi habitación hicieron que me sobresaltara.

—¿Puedes bajar la música?! —gritó Marcos desde afuera. Volví a bailar ignorando a mi hermano; di varias vueltas utilizando la técnica de ballet mientras seguían de fondo los golpes en la puerta—. ¡Adelina! —gritó desde afuera.

Me moví con agilidad y destreza por mi habitación; este lugar era mi escenario. Los golpes sonaron cada vez con más violencia, haciendo que me moviera aún más con la música que iba llegando a la parte cúlmine. Mis piernas se movieron seguidas de mis brazos en sincronización perfecta; la música, mi baile y los golpes alcanzaron juntos su clímax y de repente todo fue silencio.

—Mejor —dijo Marcos y se fue dejándome con la respiración agitada y el corazón latiendo con fuerza.

Otra canción empezó a sonar haciéndome sonreír y los golpes de Marcos volvieron a sonar. Caminé hacia la puerta para luego abrirla; allí estaba mi hermano completamente furioso.

—¿Te puedo ayudar en algo? —pregunté con tranquilidad.

—Estas últimas tardes estuviste haciendo lo mismo, aunque papá y mamá no estén... yo estoy. Intento mirar una maldita película —gruñó—. ¿Crees que podrías bajar el maldito volumen? —dijo con acidez. ¿Por qué se encontraba de tan mal humor?

—¿Qué te ocurre? —le dije confundida—. No es para tanto, estás en el piso de abajo. No se escucha tanto... —comenté. Era muy común que mi hermano mayor se la agarrara conmigo cuando le pasaba otra cosa.

—Nada, Lina. Quiero que bajes el puto volumen —dijo molesto dándose media vuelta y bajando las escaleras. Lo seguí para darme cuenta, cuando se sentó en el sillón, de que no estaba mirando ninguna película sino que estaba mirando un canal de compras. Con tranquilidad, me serví un poco de agua para luego caminar hacia él y sentarme a su lado.

—Estás enojado por otra cosa, te conozco. ¿Qué es? —pregunté mirándolo, él comenzó a hacer *zapping* con el control remoto ignorándome—. Marcos —susurré y él revoleó los ojos.

—Coco tiene novio —confesó sin quitarle los ojos a la pantalla que cambiaba de canal continuamente.

—¿Y? —dije sin entender.

—Y ella me gusta. Lo pasamos bien juntos, nos besamos... —dijo molesto—. Y luego me dijo que tiene novio, pero que está de viaje en otro país.

—Bueno, pero si tuvieron buena conexión... seguro tomará la decisión de... —No pude terminar.

—Sí, la tomó. Dijo que quiere cortar conmigo porque ama a su novio. —Me miró—. Me siento un imbécil —gruñó y apagó el televisor, tiró la cabeza hacia atrás y se tapó el rostro con las manos.

—Pero, si ella no te lo dijo... ¿por qué eres tú el que se siente un imbécil? —pregunté sin entender, él suspiró molesto.

—Porque ella me gusta, Lina. Y cuando alguien te gusta, estás jodido hasta la médula —comentó mirándome como si fuese obvio—. Decidió quedarse con su maldito novio que se

encuentra en Costa Rica, Lina —dijo y pude ver la tristeza que lo estaba comiendo vivo.

—¿Le dijiste que estás enamorado de ella? —pregunté luego de unos segundos, él me miró como si hubiese dicho un insulto.

—No, claro que no. ¿De qué serviría? —preguntó—. Ya está. Debo olvidarme de ella —comentó tirándose en el sillón nuevamente.

—Esto sonará estúpido, pero ¿por qué en vez de olvidarte de ella, no peleas? Demuéstrale quién eres... enamórala... no lo sé, Marcos. El camino fácil de abandonar todo no es el correcto —dije mirándolo; él tenía la nuca apoyada todavía en el sillón y me miraba fijamente como si estuviera procesando la información—. Piénsalo. Seguiré bailando. —Sonreí burlona para luego pararme e irme hacia arriba.

Debía admitir que a veces sabía dar buenos consejos, por más que no tenía ni puta idea de qué hacer con mi propia vida amorosa...

—¿A dónde estamos yendo? —pregunté.

Terra, León, Shep y yo caminábamos por las concurridas calles de Mar del Plata; el viento era realmente frío, por suerte estaba abrigada.

—Ya estamos cerca —dijo León con las manos aferradas a su chaqueta.

A los pocos minutos, nos encontrábamos frente a un galpón que parecía completamente abandonado. Shep observó el lugar con las manos en los bolsillos.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Terra con el ceño fruncido.

León golpeó tres veces en la chapa y luego de unos minutos le abrieron. Un hombre con barba nos observó.

—¿Son todos mayores? —preguntó. Todos asentimos—. Documentos —pidió y sentí cómo mi cuerpo se congelaba no por el frío, sino porque tenía que mostrar el documento falso de una chica que ni siquiera era parecida a mí... Nos pusimos en fila: León primero, Terra y yo. Shep se había puesto estratégicamente atrás, ya que era él único que sí tenía dieciocho.

Le tendí al hombre la pequeña tarjeta de plástico.

—María Guggiana... —leyó—. Aquí dice que tienes veintidós años —comentó el hombre.

—Sí, los tengo. —Me encogí de hombros—. Todo el mundo dice que parezco de menos. Créeme que es un halago... —intenté sonar lo más tranquila posible.

El hombre revoleó los ojos tendiéndome el documento.

—Pasa —escupió. Claramente sabía que era falso, pero en este momento no importaba.

Los cuatro entramos a una habitación con piso de madera y paredes blancas. ¿Qué carajo? Sin más, el hombre caminó y levantó con una polea lo que parecía ser una compuerta en el piso. Al abrirse, vimos una escalera hacia abajo; observé a Shep que se encogió de hombros.

—Diviértanse —dijo y cerró la puerta sobre nosotros.

Al bajar por el túnel con escaleras, la música se hizo presente. Allí había un bar con gente por todos lados y una banda en vivo; parecía un bar irlandés. No es que hubiera ido a Irlanda, pero había visto películas de lugares así... gente por todos lados riendo y bebiendo, madera antigua y una gran barra con botella de colores.

—Madre mía —susurré observando el lugar. ¡Me encantaba! A los pocos minutos nos situamos en la barra, los cuatro con distintos tragos. Shep y León habían elegido cerveza, mientras que con Terra estábamos empecinadas en hacer un testeó de tragos.

—Hay un pool —dijo Terra señalando dos mesas verdes a lo lejos. Shep, por su lado, estaba

hipnotizado con la banda que tocaba música tranquila—. ¿Vamos a hacer amigos? —preguntó Terra mirándome, di un trago a la dulce bebida y asentí.

—Claro, hagámoslo. Tal vez encuentre a algún galán que quiera seducirme... —dije burlona mirando a lo último a Shep que se reía; le saqué la lengua y logré ver cómo me guiñaba un ojo mientras con mi amiga nos perdíamos entre la gente.

—¿Y a qué te dedicas? —le dijo Terra a un chico por arriba de la música con una sonrisa.

Estábamos frente a un grupo de hombres que parecían motoqueros; eran barbudos, grandotes, y estaban completamente borrachos. Y además eran muy simpáticos.

—Tú te pareces a alguien de *Sons of Anarchy* —le dije a uno que tenía un chaleco parecido al de la pandilla. Todos rieron.

—Siempre se lo dicen, el gran Tita —dijo otro riendo.

La conversación siguió hasta que sentí cómo un líquido corría mi espalda, me di vuelta y un joven alto algo tambaleante me miró.

—Lo lamento, lo lamento.

Tenía el cabello corto con flequillo pegado a su frente; era completamente rubio y una galera negra contrastaba con su *look* rockero.

—Está bien, tranquilo —le dije ya con mi trago terminado.

—Me gusta tu atuendo... —comentó chequeándome de arriba abajo.

Tenía la chaqueta atada a mi cintura, ya que el calor era infernal, unos shorts negros y una camiseta suelta con unos borcegos algo viejos; el maquillaje cargado había funcionado de maravilla con el pelo suelto.

—Gracias... a mí me gusta el tuyo —comenté divertida.

—¿Crees que este bar se fundó en la época de los colonizadores? —dijo algo torpe mientras volvía a tomar de su vaso; era realmente gracioso.

—Claro que sí, eso es increíble —le seguí el juego; él sonrió.

—Me caes bien —dijo estirando su mano—. Me llamo Patricio —se presentó. Reí.

—Lina —estreché su mano.

—Lina, déjame terminar tu maravilloso atuendo con esto... —comentó mientras se sacaba el sombrero negro y me lo ponía—. Por ser una persona amable y no haberme gritado por haberte tirado mi trago, tienes el poder de usar mi gran sombrero toda la noche —comentó divertido.

—¿Por qué es un gran sombrero? —pregunté. Él se acercó a mí con una sonrisa.

—Porque hace que tu noche sea mágica, ya verás —susurró.

Unas risas estruendosas sonaron a un costado, observé una de las mesas; estaba llena de gente y de *shots*. Shep comandaba la ronda.

—¿Qué pasa si no llego a verte para devolvértelo? —pregunté.

—Tranquila, vengo siempre aquí. Simplemente déjaselo a algún barman o algo... —comentó, divertido, para luego caminar entre la gente. Aproveché y me dirigí hacia donde estaban León y Shep con todo el grupo.

—¡Aquí estás! —León sonrió al verme; era raro en él mostrarse tan afectuoso. Debía estar realmente borracho.

La gente estaba como loca en su grupo.

—No, no te podré dar más. ¡Ya has tomado bastantes! —le decía divertido Shep a una chica de la otra punta que le sonreía pidiéndole otro *shot*—. No, lo lamento. Soy el que manda aquí —dijo burlón—. Gordo Chow, te estás quedando atrás. —Palmeó a un hombro algo relleno que estaba bebiendo cerveza y veía a Shep mientras reía.

—No, no me llevarás por el mal camino —le contestó. Todos parecían querer hablarle al castaño; siempre se volvía el líder de cualquier grupo. Con su encanto y sonrisa, lograba todo.

Shep rio y luego su mirada llegó a mí.

—Lindo sombrero... —Su sonrisa y sus ojos achinados no se borraban, había algo realmente delicioso en él.

—Es de mi galán... —respondí divertida.

—¿Ah, sí? Ven aquí a tomar un *shot*, vas bastante atrasada. Todos aquí vamos por el tercero —comentó Shep divertido y todos gritaron. Caminé a su lado—. Amigos, tenemos una nueva integrante. Lina, la lista... —dijo burlón. Golpeé su hombro por haberme llamado así; Marcos lo hacía para tomarme el pelo.

Shep simplemente rio e hizo señas a la hilera de *shots* que estaban frente a mí.

—Ve con cuidado, nadadora —susurró en mi oído haciéndome estremecer; lo miré achinando los ojos y agarré el vaso. Todos de repente empezaron a corear mi nombre; con rapidez pasé la lengua por la sal que Shep había puesto en mi mano, bebí el tequila y le di una mordida al trozo de limón que previamente el castaño me había dado. Mi garganta ardió y apoyé sonoramente el pequeño vaso en la mesa. Todos gritaron.

—Todavía te faltan dos más, rubia —comentó una chica de pelo rosa, con diversión, mientras fumaba.

—Recién estoy empezando, chica —dije y varios aplaudieron. Agarré otro pequeño vaso.

—Oye... con calma —dijo Shep tocando mi cintura, lo observé—. Puedes tomarlo luego —recomendó sacando el pequeño vaso de mis manos.

—¡Buuu, aguafiestas! —gritó uno.

—Shep, deja que beba.

Vi a León que me sonrió asintiendo; era todo lo que necesitaba.

Sin más, volví a beber el trago de un solo sorbo, esta vez sin sal y sin limón. Todos gritaron, yo también lo hice luego de dejar el vaso, ya que mi garganta me quemaba. Shep y León rieron observándome.

—Basta para ti, niña —dijo el castaño sacándome del grupo, todos volvieron a gritar pero no importó—. Me gusta tu sombrero —susurró mirándome de frente; levanté levemente mi rostro por la diferencia de altura.

Uff, ¿por qué era tan lindo? Su cabello estaba disparado hacia cualquier lado, llevaba una camiseta blanca básica y unos jeans. Su piel bronceada, su cabello castaño casi dorado por el sol, sus ojos salvajes... hasta las malditas cintas de colores que colgaban de su muñeca eran perfectas. Quería besarlo.

—¡Oye! Todavía te queda uno, Lina —gritó alguien que no conocía; observé nuevamente a Shep.

—Mi público me aclama —dije y volví al grupo.

León puso el pequeño vaso frente a mí, pero cuando estaba por agarrarlo, el castaño lo tomó de forma rápida y lo llevó a sus labios, haciendo desaparecer el líquido en un microsegundo.

—Me lo agradecerás luego —susurró por arriba del bullicio.

Shep se puso a hablar con otras personas mientras yo jugaba a los dados con León y el gordo Chow, y la banda hacía un anuncio:

—Atención —dijo el cantante—. Oigan, necesitamos su atención —anunció y su voz sonó por todo el lugar. Observé al hombre—. Necesitamos un baterista, tuvimos un inconveniente con el nuestro —comentó el hombre de pelos disparados hacia cualquier lado—. ¿Algún baterista por

aquí? —preguntó. Un hombre a lo lejos levantó su mano, la luz de un foco lo siguió—. Ven aquí — le dijo y el hombre se bajó del taburete y se cayó; claramente estaba borracho—. ¿Algún baterista que pueda sostener los palillos? —comentó el hombre, divertido. De repente, el foco vino hacia mí; no, en realidad no hacia mí, sino a Shep, que estaba a mi lado hablando con otras personas. Él sonreía con una mano levantada. Todos los del grupo empezaron a gritar su nombre por lo que todo el bar comenzó a corear «Shep» mientras este caminaba entre la gente hasta llegar al pequeño escenario. El cantante le dio una indicación en el oído y Shep asintió. Sin más, caminó con tranquilidad hacia la batería ubicada en el fondo del escenario, se sentó y tomó los palillos que se encontraban sobre el tambor. Acomodó el instrumento a su altura y luego le hizo un asentimiento al cantante. Sin más, Shep comenzó a tocar con total naturalidad; la banda se le unió sin problema, era una canción conocida: «No se llama amor», de Turf.

Shep tocaba mientras mantenía la mirada fija en algún lugar sin llegar al público, la punta de su lengua descansaba en su labio superior como si intentara escuchar bien la música. Madre mía, estaba obsesionada con ese chico de cabellos disparados que golpeaba la maldita batería como un experto. Mi recuerdo me llevó a las horas largas que pasaba viendo tocar su batería electrónica sin sonido, ya que él le conectaba sus auriculares para no molestarme mientras yo miraba la televisión.

—Es bueno —la voz de una chica sonó atrás de mí, la miré por un segundo. Se lo estaba diciendo a una amiga y ambas reían mientras lo miraban. Claramente les gustaba.

Tocaron más *covers* de rock nacional; por suerte, Shep sabía lo suficiente de música como para seguirle el ritmo a la banda. Ya en el último tema estaba con las mangas arremangadas hasta los hombros dejando ver sus bien formados brazos; estaba transpirado y extasiado mientras golpeaba los platillos.

—¡Un gran aplauso para Shep Soriano! —dijo el cantante cuando terminaron.

Shep se paró con una sonrisa y levantó los palillos mientras la gente aplaudía y gritaba. Luego de unos minutos, el cantante estaba dándole una tarjeta al castaño, lo esperé todavía en mi lugar.

—Ahí viene —dijo la misma chica cuando Shep se metió entre la gente caminando hacia León y yo. La gente le decía cosas o le palmeaba la espalda; de repente era una celebridad y, obviamente, Shep estaba encantado con eso.

Al aparecer frente a nosotros seguía con una sonrisa y pasó una mano por su cabello despeinándolo aún más, como si le costara creer lo que había ocurrido. Tenía las mejillas acaloradas y estaba claramente cansado.

—¡Oye! Felicidades, eres muy bueno —le dijo la chica con su amiga y ambas rieron—. Te invitamos un trago por el sacrificio... —dijo divertida. Shep le sonrió encantado.

—Gracias, chicas, pero ya bebí suficiente. Tal vez luego —comentó suave y se giró hacia nosotros.

—Eso estuvo genial, Shep —dijo León sonriente, para luego hacer un choque de manos con su amigo—. Iré a buscarte agua —comentó caminando y comenzó a caminar entre la gente hacia la barra.

Sus ojos marrones y su sonrisa juguetona me encontraron. Di un paso hacia adelante y sin más llevé mi mano a su nuca atrayéndolo hacia mí. Besé sus labios con suavidad, de forma pausada; él me siguió mientras ponía sus manos alrededor de mi cintura y me pegaba a él levantándome levemente.

Besar a Shep era como besar el maldito fuego, como besar el sol; amaba sentirme así de protegida en sus brazos, era como si él pudiera transportarme a otro lugar. Y era tan extraño

encontrar ese lugar luego de tanto tiempo que habíamos pasado como amigos, como si todo lo que hubiésemos vivido nos hubiera llevado a esto. A ser una pareja.

—Se ve que te gustó... —susurró cuando nuestros rostros se separaron.

—Más que eso... —dije mirando sus labios y mordiendo los míos. Él sonrió completamente halagado.

—¿Quieres irte? —susurré todavía con mis brazos alrededor de su nuca; él me alzó.

Valentín.

—Todavía tenemos la fiesta en la playa... para despedir las vacaciones —comentó juguetón dando un pequeño beso en mis labios—. ¿Qué te parece si vamos un rato y luego seguimos? —preguntó y besó mi mandíbula.

—Me parece una gran idea, Val —le dije con una pequeña sonrisa en los labios, él frunció el ceño.

—¿Qué dijiste? —preguntó divertido y confundido. Reí.

—Valentín —dije ahora—. Lo lamento, he ganado. —Con suavidad, me bajó hasta que mis pies tocaron el piso. Shep todavía tenía el rostro lleno de confusión pero ahora cualquier rastro de diversión se había perdido.

—Nadadora, ¿de dónde sacaste ese nombre? —preguntó; sabía que lo había descubierto, algo dentro de mí se sintió poderoso.

—¿Importa? Es un hermoso nombre, Shep —le dije acariciando su mejilla—. Y es para mí un placer haberlo descubierto —comenté con una gran sonrisa.

—Agua —dijo León apareciendo con una botella; Shep no despegaba sus ojos de los míos. Seguía con la confusión en su rostro.

—Iré a buscar mi abrigo así podemos irnos —le dije a León, quien asintió sin más; busqué a Terra y los cuatro salimos del lugar. La gente no paraba de hablarle a Shep pero este parecía algo perdido—. Oye, cambia esa cara; podrás esconder otra cosa de mí —dije divertida mientras lo veía caminar con las manos en los bolsillos de su chaqueta todavía con el ceño fruncido.

—Mi nombre no es Valentín, Lina —dijo con un tono de voz más bajo para que Terra y León no escucharan, ya que se encontraban a algunos pasos de distancia más adelante.

—Sí, claro. Qué oportuno... ahora lo niegas —bufé burlona cerrando mi chaqueta; él respiró hondo.

—Oigan, chicos —dijo Shep deteniéndose. Los mellizos se dieron vuelta—. Ustedes sigan, los alcanzamos en un rato —indicó el castaño y los otros dos asintieron para luego seguir caminando. Ahora, él me miró.

—¿De dónde sacaste ese nombre, Lina? —preguntó serio sin sacar sus manos de los bolsillos.

—Qué importa, Shep. Ya está. El juego terminó... —dije sonriendo, pero él no pareció ceder.

—Lina, Valentín no es mi nombre y quiero saber de dónde lo sacaste... —insistió mirándome serio.

—Lo leí —dije encogiéndome de hombros. Él pareció esperar más de mi respuesta—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué de repente te pones así? —pregunté.

Él frunció el ceño confundido y miró para otro lado.

—Yo... pensé que tú sabías... —Pasó una mano por su boca. Se lo notaba ansioso—. Nada. Vamos, nos perderemos la fiesta —comentó mientras empezaba a caminar, pero no lo seguí. Me quedé en el lugar; él, al darse cuenta, se dio media vuelta para mirarme—. ¿Vamos?

—Lo leí en un papel que estaba dentro de *El principito* —dije mirándolo fijamente; él me miró por unos segundo como si estuviera procesando la idea, para luego mirar hacia otro lado.

Parecía molesto.

—¿Por qué... por qué revisaste mis cosas? —preguntó sin entender.

—Tomé el libro y estaba ahí dentro. No fue a propósito —comenté.

—Era una carta, Lina. Tú no abres un papel que no te pertenece y lo lees como si nada... Más si notas que es algo íntimo —dijo mirándome fijamente—. La gente normal ve un papel dentro de un libro y lo pasa por alto —habló abriendo los brazos con las manos estiradas como si fuese obvio.

—Bueno... lo lamento. No seré como la gente normal —dije frustrada mientras me sacaba el sombrero y lo tiraba a un costado; me estaba molestando—. Solo leí el nombre, no se me hubiera ocurrido leer la carta. El papel cayó y no pude evitar ver el nombre —me excusé mirándolo a través de la distancia. Él respiró hondo y miró el cielo oscuro. El viento estaba aún más violento y mi cuerpo comenzaba a congelarse—. ¿Quién es Valentín entonces? —pregunté. Él evitó mi mirada mientras seguía observando al cielo—. ¿Quién es Valentín, Shep? —pregunté dando un paso; me miró, parecía afectado.

Los minutos pasaron.

—Nadie —dijo dándose vuelta y comenzó a caminar.

—¿Shep! —lo llamé—. ¿Quién es Valentín? ¿Por qué te pones así? —pregunté nuevamente. Él se dio vuelta y me miró a la distancia.

—¿Acaso no entiendes que no quiero hablar de eso? ¿Tienes que saber siempre todo? Siempre es igual contigo... necesitas saber todo —dijo.

—¿Por qué estás tan molesto? —grité mirándolo a la cara.

El alcohol no ayudaba a que no exageráramos la situación, ambos estábamos perdiendo el control.

—¡No estoy molesto! ¡Estoy triste! —gritó mirándome, y eso me desarmó por completo.

Solo se escuchaban el viento y las olas a lo lejos; un auto pasó al lado de la carretera.

—Estoy triste, Lina —afirmó mientras caminaba y agarraba el sombrero del piso. Bufó para luego darse vuelta y empezar a caminar nuevamente con el sombrero en la mano. Corrí para alcanzarlo y comenzar a caminar juntos. Seguimos en silencio—. No puedes revisar mis cosas, no sin mi permiso, Lina. —Su voz estaba ronca y su rostro hecho una piedra. Volvió a esconder una de sus manos en un bolsillo.

—Ya entendí, Shep. Lo lamento, no fue adrede. Lo último que quería era que te pusieras así. Pensé que nos reiríamos de nuestra broma —le dije bajando la guardia mientras me abrazaba a mí misma. Por el frío y por la situación.

Caminamos en silencio, escuchando los gritos de algunos jóvenes borrachos que pasaban.

—Valentín era mi mejor amigo —dijo luego de un rato. Nunca había escuchado sobre él—. Murió hace dos años en un accidente de auto —susurró mirando al frente.

—Lo lamento, no sabía nada —dije luego de unos segundos.

Se notaba que el tema aún lo afectaba.

—Teníamos dieciséis y Valentín no tuvo mejor idea que sacarle el maldito auto a su padre. Íbamos a ir por unas cervezas... —relató mientras seguía mirando al frente—. Apenas sabía manejar... —Se encogió de hombros.

—¿Y chocaron contra otro auto? —pregunté luego de un rato.

—Un árbol —contestó—. Chocamos directo contra un árbol a pocas cuerdas de su casa; él se sentía tan seguro de ir a gran velocidad... y ni siquiera sabía cambiar los putos cambios —dijo negando con la cabeza.

—¿Tú estabas en el auto? —pregunté y él asintió.

—Sí —respondió—. Me golpeé fuerte pero el *airbag* salió de mi lado y me salvé. Su cuerpo salió por el vidrio y terminó fuera del auto. Murió al instante —dijo con la voz tranquila, pero sabía que estaba afectado—. Era un auto antiguo con fallas —dijo—. Lo que tú viste es una carta que... le escribí luego de varios meses de lo ocurrido —comentó todavía mirando al frente con el rostro impassible—. Mi terapeuta de ese entonces me aconsejó que lo hiciera. Me pareció una idiotez —dijo—, y quise tirarla... pero la guardé en el libro, como algo temporal... Allí quedó —concluyó.

—Por eso desapareciste esos dos años —susurré y él asintió.

—Me costó afrontar la muerte tan de cerca —dijo—. Más que nada porque empecé a sentir que tal vez yo la podría haber evitado —dijo encogiéndose de hombros y deteniéndose para verme—. Me volví bastante... sensible a los accidentes... no lo sé. Mi psicólogo dice que es temporal —comentó.

De repente, recordé que Shep quería ser médico, lo que era bastante contradictorio.

—Fue un accidente, Shep —susurré mirándolo; apoyé mi mano en su mejilla viendo su tristeza. Era la primera vez que lo veía así, tan vulnerable—. Los accidentes ocurren, en ningún momento podría pensar que fue tu culpa —le dije.

—Lo sé, pero en el fondo, no puedo soltar la idea de que si yo le hubiese dicho que no, o tal vez no se me hubiera ocurrido ir a tomar unas cervezas, él estaría vivo —dijo y dejó mis ojos para mirar a otro lado.

—La vida es así; nosotros pensamos que tenemos el puto control, pero no lo tenemos. Cada cosa que pasa es porque tiene que pasar... y nosotros debemos aprender de eso —dije mirando sus ojos marrones, tan dulces. Él no se merecía estar triste, no se merecía haber pasado por algo así.

—Eres hermosa —susurró bajando levemente su rostro para quedar cerca del mío—. Lo mejor que podría haber hecho esos dos años era venir aquí y estar contigo —dijo con sus manos a cada lado de mi mandíbula. Besó mis labios con lentitud, casi como en un agradecimiento—. Nuestras mañanas surfeando realmente me han hecho bien —dijo suave—. No quiero terminar esto acá —susurró con la frente pegada a la mía y los ojos cerrados—. No quiero que esto termine, quiero seguir viéndote todos los malditos días y que hagamos estupideces juntos. —Su voz era melódica, hipnótica.

—¿Y quién dijo que debíamos terminar todo? —repuse abrazándolo por las costillas—. Sigamos juntos, Shep —susurré apoyando mi perfil en su pecho. Él me abrazó por los hombros—. Lamento haberme entrometido —susurré, él sonrió levemente.

—No te preocupes, nadadora, en el fondo me gustan tus narices en mis cosas —sonrió—. Significa que te importo... Solo... la próxima vez pregúntame antes de sacar tus propias conclusiones, ¿sí? —susurró apoyando su boca en mi cabello.

Y así nos quedamos por un largo rato, sintiendo al otro, haciendo promesas que esperábamos poder cumplir. Luego nos dirigimos a la fiesta en la playa que tanto había sido promocionada; había un fogón, una gran estructura con luces, una gran barra, y la música electrónica sonaba por los parlantes con fuerza.

—¿Dónde estarán León y Terra? —pregunté intentando ver entre la gente.

—Podríamos quedarnos nosotros dos bailando... —sugirió Shep detrás de mí mientras envolvía mi cintura.

Bailé junto a él con tranquilidad rozando nuestros cuerpos entre la gente; ladeé mi cabeza para

verlo y él sonrió de lado para besar mis labios con suavidad hasta que un estruendo hizo que nos separáramos.

—Mataría por verte bailar, realmente hacerlo... —suspiró en mi oído y reí.

—Podrás verme... lo prometo —le dije acariciando sus brazos.

Observé el cielo: fuegos artificiales. Desde pequeña siempre me habían hipnotizado, sentía como si la noche fuese mágica... Como lo que había dicho el chico del sombrero. Oh, debía devolvérselo; mañana lo dejaría en el bar. Los brazos de Shep me apretaron desde atrás con fuerza. Observé el mar a nuestro lado, estaba completamente desbocado, las olas eran grandes y demoledoras, por un segundo agradecí estar en tierra firme junto a mi héroe.

—¿En qué piensas? —susurró en mi oído mientras pasaba sus brazos por mis hombros.

—Una tontería cursi que se me está pegando por estar tanto tiempo junto a ti —dije divertida mirándolo con la cabeza levemente girada hacia su lado. Su perfume era adictivo.

—¿Y cuál es la tontería cursi? —preguntó divertido.

—Que es una noche mágica... —contesté mirándolo con su rostro cerca al mío y sin movernos.

Él retuvo una sonrisa como un niño bueno para luego pegar sus labios a los míos; esta vez su lengua entró en el juego al igual que la mía. El beso comenzó lento y profundo, para tornarse más rápido, me moví lentamente y me di vuelta para quedar frente a él, mientras él me liberaba y pasaba una mano por mi nuca y mi mandíbula. Sus besos eran adictivos; sabía besar y muy bien.

—¿Nos vamos? —susurró por arriba de mis labios para luego seguir besándome, ahora con sus manos en mi cintura atrayéndome completamente a su cuerpo.

El frío que sentía antes por la temperatura comenzaba a desaparecer.

—Vámonos —suspiré en sus labios sin dejar de besarlo, estábamos sincronizados, habíamos tenido una noche intensa y el alcohol seguía en nuestro sistema. Su lengua se entrelazó con la mía acariciándola con ritmo; estaba desfalleciendo en sus brazos, toqué sus bíceps con fuerza.

—¿Adelina? —una voz masculina sonó a nuestro lado, sonreí separándome de sus labios y ambos vimos a la persona que me llamaba.

Nuestros rostros se pusieron de piedra y ambos nos separamos con lentitud al ver a Marcos, Axel, Peter y Francisco.

Peter era el único que parecía algo asustado, ya que tenía los ojos como platos, mientras que Axel estaba con la boca en una línea y Marcos con los ojos saliendo de sus órbitas.

—¿¡Qué mierda hacen! —dijo un Marcos iracundo contra Shep.

—Besándonos... —contestó con suavidad. Di un paso cerca de mi hermano.

—Tranquilízate, no hagas una escena aquí —le dije con lentitud.

—¿Una escena? Tú no te metas —me señaló para luego volver hacia Shep—. ¿Qué mierda haces con ella? Eres mi amigo, no puedes besar a mi hermana —dijo Marcos y supe que estaba borracho hasta la médula.

Oh, esto no iba a terminar bien.

—¿Qué tiene que ver? Esto es entre Lina y yo... —contestó un Shep plantado, pero siempre manteniendo un tono de voz cauteloso; era inteligente y parecía estar calculando la escena.

—Vámonos, Shep, están borrachos —dije acercándome al castaño y tirando de su brazo.

—Claro que no, estamos lo suficientemente sobrios como para ver esta estupidez —dijo Axel duro mirándome. Parecía enojado... y decepcionado—. Te dije que era un mentiroso... —le susurró el rubio a Marcos, que parecía echar chispas.

—Podemos hablar de esto mañana... cuando estemos más tranquilos —dije finalizando el tema.

—No, mañana no quiero hablar de una mierda. Esto lo arreglamos ahora. No entiendo cómo pudiste, con mi hermana... —dijo Marcos mirándolo fijamente.

—Lo siento, primito. Pero llegó el momento de darte una lección —dijo Axel dando un paso hacia adelante—. Hace unos días me dijiste que ella no te importaba, que no la veías de esa manera. ¡Eres un puto mentiroso! —dijo molesto.

Peter fue el único que se movió y se puso del lado de Shep. Oh, no, esto no se veía nada bien.

—No busques excusas para intentar golpearme —le dijo el castaño a su primo—. Si quieres hacerlo, hazlo —gruñó mirándolo. La tensión de ambos grupos se sentía en el aire, parecía una granada que había sido lanzada sin seguro y ahora estábamos esperando simplemente a que explotara. La música seguía fuerte y la gente parecía estar completamente ajena a lo que ocurría.

—Por favor, en serio. Terminemos esto aquí —dije con una mano agarrada al brazo de Shep y la mirada en mi hermano. Los chicos me observaron—. Somos todos amigos, no deberíamos estar peleando.

—Está bien —susurró Shep y miró a los demás—. Ya saben dónde encontrarme... —habló agarrando mi mano para luego darse vuelta y comenzar a caminar conmigo entre la gente; Peter nos siguió.

En la calle ninguno de los dos habló y caminamos en silencio junto a nuestro amigo; el castaño estaba completamente serio y parecía estar pensando en algo importante.

—¿Estás bien? —pregunté luego de un rato, él me observó mientras seguíamos caminando para luego asentir y regalarme una pequeña sonrisa.

—Me harán *brochette* con una sombrilla —dijo divertido—. No hay forma de escapar... —comentó y Peter rio.

—Deben estar esperando a que vuelvas —comentó con un tono ácido, y eso hizo que me tensara.

—Así es como Axel arregla las cosas... —comentó Shep.

Cuando ya habíamos caminado por un buen rato, los tres en silencio, Peter se abrió para ir a la casa de los Soriano. Shep le había dicho algo en secreto, aun así me pareció escuchar un «Si no llego en una hora avísale a Camilo». Sin más, el castaño me acompañó a mi casa con tranquilidad, todavía manteniendo el silencio, pero sin soltar nuestras manos. Era como si el ambiente siguiera esperando la maldita granada a punto de explotar, pero ahora simplemente estaba en el aire.

—En serio, ¿qué está ocurriendo? —pregunté ya frente a mi casa, él sonrió mirando hacia otro lado para luego mirarme. De repente, estaba divertido.

—Nada está ocurriendo, ¿acaso no estuviste en la misma fiesta que yo? —preguntó acercándose hacia mí para luego apoyar una mano en mi mejilla.

—Sí, eso sí. Pero Peter parecía realmente tenso —dije dejando caer levemente mi cabeza en su mano.

—Peter siempre se pone tenso cuando peleo con Axel; piensa que será la Tercera Guerra Mundial. Relájate, nadadora. Estaré bien —susurró cerca de mis labios para luego besarlos apenas—. Recuerda que mañana eliges la playa. —Fue todo lo que dijo para luego despedirse.

Algo dentro de mí no estaba para nada tranquilo, porque tal vez... la granada explotaría cuando Shep estuviera solo.

Capítulo 8

Shep no apareció al otro día a la mañana a la hora que dijo que lo haría, su celular me mandaba directamente a la casilla de mensajes. Algo no andaba bien. Con rapidez subí las escaleras y entré en la habitación de Marcos. No estaba allí.

—¡Mamá! —dije mientras corría hacia la habitación de mis padres que todavía seguían durmiendo, ya que era realmente temprano.

—¿Qué ocurre?! —preguntó sentándose en la cama de repente algo perdida.

—¿Puedes llamar a Camilo? —pregunté—. Marcos no llegó y... Shep y Axel tuvieron una pelea... Y... —no estaba siendo del todo coherente, pero ella pareció entenderlo mientras mi padre a su lado seguía descansado como si nada. Asintió y tomó su celular. La espera me pareció eterna. Sí, tal vez estaba exagerando, pero desde la noche anterior sentía que algo no estaba bien—. No atiende nadie, cariño. No pasa nada, Marcos me avisó que dormiría en lo de los Soriano. Estoy segura de que deben de estar durmiendo —comentó volviéndose a acostar.

—¿Puedes intentar de nuevo? —pregunté luego de unos minutos de esperar en la oscuridad; mi madre suspiró y volvió a agarrar el celular para volver a llevarlo a su oreja ahora acostada—. ¿Camilo? —dijo mi madre, tranquila—. Disculpa que te moleste tan temprano, pero Lina está preocupada por los chicos... —habló con los ojos cerrados; de repente los abrió y se sentó—. ¿No llegaron?! —preguntó y me tensé.

—¿Peter tampoco? —pregunté y mi madre hizo la misma pregunta.

—Okay. Peter tampoco —dijo mirándome—. Bien, iremos para allá —dijo mi madre poniéndose de pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi padre adormilado.

—Los chicos no llegaron —dijo sin más mi mamá.

—¿Cómo puede ser?! —dijo mi padre sentándose alerta—. ¿Pero no fueron todos juntos a una fiesta? —me preguntó, asentí.

—Yo volví antes... —contesté sin más. Él suspiró.

—Shep debía venir a buscarme para ir a surfear y... —Mi padre no me dejó terminar.

—¡Surfear! ¡Lo que faltaba! —dijo mientras se ponía las pantuflas con urgencia—. ¿Por qué no dejas ese deporte de una vez, Lina? No es para mujeres. Ya tenemos suficiente con tu hermano —dijo mientras se abrigaba.

¿No era para mujeres? ¿Acaso tenía en cuenta la cantidad de surfistas mujeres exitosas que había en el mundo? Por qué algunos hombres tenían la manía de descartar la pasión de un ser humano simplemente por ser mujer. Me decepcionó enormemente escuchar un comentario tan machista de parte de mi padre.

—¿Qué tiene que ver eso, papá? —dije de repente. Mi padre parecía alterado—. Nunca tuviste problema con que surfeara, al revés, tú me involucraste en ese mundo —dije molesta.

Mi padre estaba por responder.

—Pablo, no es momento para hablar de esto... —terció mi madre en un intento de calmar las aguas.

—No, es momento. Porque ahora estos chicos vuelven a desaparecer y Lina anda con ellos. —habló mi padre para luego mirarme—. Con tu madre pensamos que en el verano próximo te replantees el hecho de surfear. Es peligroso y tal vez nosotros no tuvimos en cuenta los riesgos... —comentó preocupado.

—Tu padre está algo inquieto; ayer vimos cómo sacaban a una joven... que se ahogó surfear. Se golpeó la cabeza y quedó inconsciente —relató mi madre con voz suave.

—Soy buena en esto. Y no tengo nada que ver con que ellos hayan desaparecido —dije molesta—. Yo no soy ellos. Y no dejaré de hacer una de las cosas que más amo —les dije mirándolos fijamente.

Escuché que una bocina sonaba, reconocía ese sonido. Corrí con rapidez hacia las escaleras, agarré las llaves y salí, pero mi mirada se detuvo en el *jeep* turquesa. Allí estaba sentado Shep mirando al frente, su mirada me encontró y lo observé con horror. Su rostro estaba completamente golpeado.

—¡Aquí está Shep! —grité dentro de la casa para luego cerrar la puerta y caminar hacia el auto. El castaño llevaba mi tabla junto a la suya.

—Buenos días, nadadora —saludó cuando entré al auto, pero no contesté, simplemente lo miré. Tenía un golpe en el pómulo, una herida en el labio inferior y otra en la ceja. Sentado a su lado estaba Peter, que parecía estar comiendo una medialuna; también estaba completamente golpeado.

—¿Qué mierda pasó? —pregunté dura. Ambos se dieron vuelta para mirarme, estaban realmente destrozados.

—Fuimos al zoológico y un elefante nos pisó. ¿Qué mierda crees que pasó? —contestó Peter claramente de mal humor; él no solía contestar así, por lo que me tomó por sorpresa.

—¡Ey! —le llamó la atención Shep. Peter se dio vuelta mirando al frente mientras seguía concentrado en desayunar—. No ha pasado nada, te lo explicaremos luego —dijo suave el castaño mirándome con una pequeña sonrisa de lado—. ¿Tienes la playa? —preguntó.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

—La playa, nena. Debías elegir una playa para hoy —comentó todavía mirándome.

Dolía verlo así y me sentía culpable; la playa que había tenido en mente esos días vino a mi mente.

—Sí, te guío —dije y él volvió a sonreír de lado, se dio vuelta y arrancó.

Luego de la pelea con mis padres ni siquiera me molesté en avisarles que saldría.

El día estaba nublado al igual que mi humor. No estaba triste, estaba enojada. Con Axel y Marcos. Con mis padres.

Sus ojos se cruzaron con los míos en el espejo retrovisor.

—Lina, pásame por favor el folleto —me dijo cuando ya estuvimos frente a la playa. Se lo tendí.

—¿Cómo se llama este balneario? —preguntó; sabía que él no estaría de acuerdo con esta decisión.

—Playa «La Pepita» —contesté. Luego de unos segundos, Shep suspiró mirando al frente.

—»Varios surfistas que vinieron a esta playa a probar su habilidad terminaron en problemas. Pese a las advertencias del municipio, muchos novatos deciden visitarla igual. Surf de extremo peligro, fondo de piedra, fuertes corrientes, olas que rompen pegadas a la escollera y mucha dificultad de entrada y salida. Superados estos inconvenientes se pueden correr largas y tubulares derechas. Solo expertos» —leyó. Peter rio con acidez.

—¿Acaso quieres suicidarte, Lina? —preguntó el afeitado.

—Creo que estoy lista para ir a este tipo de playas —comenté bajándome del auto, Shep me imitó.

—Lina, esta es una playa peligrosa. Es para expertos —dijo mirándome, su rostro se veía aún peor ya fuera del auto. Caminé hacia la parte de atrás y agarré mi tabla de surf.

—¿Ves cuánto me importa lo que pienses, Shep? Lo mismo que tú cuando me dejaste anoche sabiendo que te molestarían a golpes —dije bajando la tabla de su auto.

Mis ojos pasaron por arriba de un cartel donde había una figurita de una tabla de surf con una cruz roja arriba. Al parecer, estaba prohibido surfear.

—Lina —me llamó cuando empecé a caminar hacia la playa con tranquilidad—. ¡Lina! —volvió a llamarme. Observé el lugar, no había nadie, las olas eran grandes y el agua parecía algo picada pero mi atención se la llevó la gran cordillera de rocas que desembocaba en una de las puntas—. Es un maldito suicidio —dijo Shep molesto cuando apareció a mi lado con su tabla; Peter miraba la escena con una mueca en su rostro, claramente no le gustaba la idea. Di un paso directo hacia la orilla, pero Shep me tomó del brazo con fuerza—. Ni se te ocurra, no te meterás —me dijo con firmeza. Lo miré.

—Elegí la playa y es esta —contesté.

—No, Lina. No estás lista para esto —contestó—. Podemos ir a otra, hay un montón, nadadora. Esto puede ser riesgoso —habló—. Casi ni se permite surfear en esta playa —comentó.

—Oye... Shep —habló Peter mirando para el lado de las rocas. Al observar el lugar, vimos las puntas de tablas clavadas con nombres. Eran tres. ¿Esos eran... recordatorios de gente fallecida?

—No, nos vamos —habló Shep ahora tirando de mi brazo.

—Que tú seas un cobarde no significa que yo lo sea también —dije mirándolo fijo—. Déjame probar que yo también soy buena en esto —lo miré fijo, él lo pensó por unos minutos mirando el agua y luego se detuvo a observar las rocas.

—Shep, no... —dijo Peter mirándolo como si fuese obvio.

—Nos mantendremos allí —dijo señalando lo más alejado de las rocas—, la corriente está fuerte y es muy probable que nos cansemos rápido. El viento no acompaña, por ende las olas no están como para surfear pero puede haber alguna que otra que esté buena —dijo todavía mirando al mar—. Si la corriente te lleva hasta allí —dijo Shep señalando cerca de las rocas donde explotaban las olas—, eres papilla. ¿Lo entiendes? No hay forma de que salgas de ahí sin golpearte, Lina —dijo mirándome y mi cuerpo tembló—. Estaremos diez minutos, surfearás y yo seré tu polizón. ¿Está claro? —dijo duro mirándome. Asentí.

—Shep, esto no es una buena idea —advirtió Peter poniendo una mano en el hombro de su amigo. Shep, por su lado, dejó la tabla de surf para cerrarse el traje de neoprene y volver a agarrarla.

—Lo sé, pero a veces las malas ideas son las mejores —comentó—. Solo observa cómo esta mujercita surfea todas las olas —dijo sonriendo e imité su sonrisa. Estaba confiando en mí—. ¿Lista? —preguntó mirándome, asentí.

—¿Crees que soy buena? —dije mirando el mar y sosteniendo mi tabla con fuerza. Ya éramos nosotros dos.

—Eres la mejor —susurró agarrando mi mano—. No tienes miedo y eres tremendamente talentosa. Aun así no necesitas demostrar nada, nadadora. Te lo dije ya una vez y te lo seguiré diciendo... —dijo y besó el dorso de mi mano. Observé su rostro golpeado por última vez y

asentí. Ambos caminamos hacia la orilla mientras Peter se quedaba parado a la distancia—. Apenas sientas un músculo cansado, salimos, ¿sí? No te quedes bollando porque eres carne picada —dijo y asentí. Su mano fría pasó por mi nuca acercando su rostro al mío y besó mis labios con lentitud—. Eres valiente, nadadora —susurró con una sonrisa que imité. Estaba muerta de miedo, mi cuerpo temblaba y cuando entramos todo lo que podía sentir era que era una mala idea. El viento nos pegó de frente mientras nadábamos en el agua junto a la tabla—. ¡Cierra la brazada, Lina! —me instruyó con un grito, le hice caso. Ambos nos movimos intentando llegar a la rompiente para pasarla, mis brazos trabajaron con fuerza y agilidad. A los pocos minutos ya estábamos del otro lado y todo pareció más tranquilo. Observé la ola que venía—. ¡Esta no! La próxima —me dijo Shep. La dejé pasar viendo la que venía. Oh, santa madre, era enorme—. ¡Esta, nadadora! Disfrútala —me gritó mirándome sentado en la tabla.

Con rapidez, empecé a nadar hacia la ola hasta que esta me colocó dentro; con esfuerzo logré pararme en la tabla y comencé a deslizarme en el agua. La adrenalina corrió por mi cuerpo como una ráfaga de energía; el agua era amable bajo mi tabla y, al ver cómo se cerraba la ola, simplemente me tiré. Al salir, Shep, arriba de la tabla, me aplaudía con una sonrisa.

—¡Bien, Lina! —gritó divertido.

—¡Y recién empiezo! —dije al ver cómo otra ola se acercaba.

Y así estuvimos por largos minutos. Shep simplemente nadaba o se quedaba sobre la tabla mirándome; cuando dijo que sería mi polizón, era en serio. Si nos manteníamos lejos de las rocas equilibrando la corriente, todo saldría bien.

—¡Esa te está llamando! —me burlé señalándole una ola; él negó con la cabeza e hizo una seña de que me estaba observando. Reí tirándole un beso para luego volver a nadar hacia otra ola. Me deslicé por una grande para luego acercarme a Shep sentándome en mi tabla; él, desde su lugar, llevó su mano a mi nuca y acercó mi rostro para besarme. Su cabello estaba mojado y disparado para cualquier lado, sus labios, salvajes. El golpe en su pómulo y el pequeño tajo en su boca lo hacían ver como un joven que buscaba problemas... y eso me gustaba.

—Eres alucinante —susurró con una sonrisa entre besos, hasta que una ola nos deslizó haciendo que nos separáramos. La mirada de Shep fue hacia la orilla y su rostro se puso serio, lo imité. Allí dos hombres parecían acercarse a Peter. Axel y Marcos—. Mierda. ¿Cómo sabían que estábamos aquí? —susurró—. Vamos —dijo comenzando a nadar hacia la orilla. La cosa se estaba poniendo fea; observé la ola que venía para luego ver cómo Shep ya estaba a tan solo brazadas de la orilla—. ¡Vamos, Lina! —gritó para luego seguir. Iba a llegar más rápido surfeando y la ola era gigante. No podía perderme esta oportunidad. Comencé a brazear con rapidez sintiendo mis músculos doler; la ola me levantó. Grité mientras la surfeaba y vi por unos segundos a los cuatro hombres mirándome desde la orilla; levanté los brazos gritándoles con felicidad, era la ola más grande que alguna vez había surfeado.

—¡LINA! —el grito desgarrador de Shep llegó a mis oídos y luego caí con violencia al agua revolcándome. Mi cabeza golpeó con un fondo duro, para luego seguir sin control alguno. Por alguna extraña razón la imagen de la chica saliendo del mar ahogada llegó a mi cabeza. Cuando pude salir a la superficie, la tabla ya no estaba enganchada en mi tobillo; llené mis pulmones de aire sintiéndome algo perdida por el golpe. Todo lo que podía ver era agua, no lograba ver la orilla.

—¡SHEP! —grité. La corriente me estaba moviendo con fuerza y rapidez, intenté buscar con la mirada mi tabla, pero al no encontrarla lo único que me quedaba era nadar hacia la orilla que ahora estaba a una gran distancia. Moví mis piernas y manos en un intento de nadar, pero no me

movía del lugar y me estaba cansando. La desesperación atacó mi cuerpo cuando vi las olas romper en la escollera—. ¡Shep! —grité nuevamente y mi voz se rompió en mil pedazos.

—¡LINA! —la voz de Shep sonó lejos, pero sabía que estaba en el agua. Intenté nadar contra la corriente pero ya me era imposible; floté en el agua sintiendo cómo la corriente me llevaba con violencia y las olas me revolcaban—. ¡Lina! —Shep nadaba sobre su tabla.

El castaño llegó hacia mí y me subió con esfuerzo a su tabla, ahora estábamos los dos con la mitad de nuestros cuerpos en esta como flotador; sentí mis pulmones llenarse de aire y tosí con fuerza.

—¡Estamos yendo a las piedras, Shep! —grité al ver cómo las olas rompían.

—Tranquila, nadadora. Es absurdo nadar contra la corriente, llegaremos a las piedras y nos sostendremos de ellas, ¿sí? Los chicos estarán ahí para ayudarnos —dijo con su voz temblando mientras me miraba con ojos grandes. Estaba asustado. De repente, todo volvió a ser agua, una ola había terminado sobre nosotros. Mi cuerpo se revolcó por el agua con violencia; sentí cómo algo me golpeaba con fuerza la cabeza y un dolor insoportable se esparcía por mi pierna.

Grité en un intento de agarrarme de una de las piedras, pero mis manos resbalaron; la ola volvió a tragarme para luego largarme contra las piedras nuevamente. Mi cuerpo sufrió un dolor que nunca antes había sentido y me sostuve como pude de una punta mientras las olas seguían chocando contra ellas, el dolor era insoportable.

—¡AGÁRRALA! —una voz sonó y reconocí a Marcos.

Observé mi pierna que no paraba de sangrar, y grité en un intento de no perder la consciencia. Si lo hacía, volvería al agua y volvería a golpearme con las rocas.

—Suéltate —la voz de Shep sonó, mi cuerpo pesaba y me encontraba de repente muy cansada. Observé cómo el castaño hacía fuerza en un intento de sacarme de las piedras desde una de las rocas; su brazo sangraba con fuerza y su rostro estaba lleno de dolor. Estaba herido. Una ola explotó sobre él, podía sentir su mano todavía sosteniéndome contra la roca para que no me moviera.

Con la ayuda del impulso del castaño, Marcos llegó a agarrarme; no pude ver más, solo observé cómo Shep se agarraba con fuerza a una roca de una mano, ya que la otra seguía sangrando a más no poder. Dio un grito de dolor cuando la ola intentó arrastrarlo. *Mi pierna.* Peter y Axel intentaban ayudarlo pero no lograban llegar. Luego de eso, perdí la consciencia. Lo único que supe fue que cuando todo se volvió negro... mi pierna dejó de doler.

El sol estaba en lo alto y acariciaba mi piel con tranquilidad. La arena era suave, como si fuese algodón o tal vez harina. Observé a mi costado. Shep dormía bajo la sombra de una palmera. Sus pestañas largas descansaban arriba de sus pómulos, sus labios levemente hinchados y su cabello disparado hacia cualquier lado. Era hermoso verlo dormir, se veía tan pacífico.

—Ey, pensé que te había pasado algo —le susurré acariciando su espalda desnuda, su piel estaba caliente y suave; él sonrió sin mostrarme los dientes ni abrir los ojos—. Me asusté mucho —Toqué su brazo corroborando que estuviera bien, que nada malo le sucediera. Tal vez había sido un mal sueño y simplemente recién me despertaba.

—Hola, nadadora —susurró algo adormilado sin abrir los ojos y besé su hombro caliente. El aroma a vainilla del protector solar mezclado con el suyo propio era exquisito. Acaricié su cabello con lentitud escuchando su respiración tranquila y cómo su cuerpo disfrutaba de mis

caricias.

—Hola —susurré en su oído con una sonrisa—. Eres hermoso —dije mirándolo. Nunca había visto a un joven tan hermoso y cautivador como Shep; él parecía simplemente no notar el efecto que tenía en mí.

—¿Quieres ir al agua? —preguntó con los ojos cerrados y besé su mejilla pegando mi frente a su costado.

Observé el maravilloso día soleado que hacía a nuestro alrededor, parecíamos estar en una isla desierta. ¿Qué más podía pedir? Solo tener a Shep para mí, disfrutando de mis caricias y besos.

—No, prefiero que nos quedemos aquí —susurré acariciando su cabello para luego darle un beso en la frente, él sonrió ampliamente como si esa fuera la respuesta que estaba esperando—. ¿Cómo te llamas? —pregunté con suavidad, él carcajeó.

—Mi nombre siempre estuvo frente a ti, cariño —susurró.

—Vamos, Shep. Dímelo —insistí relajada. Él abrió los ojos, parecían más claros de lo normal, su color marrón se había tornado en un avellana claro; me miró fijo para luego acercar su rostro al mío.

—Siempre estuvo frente a ti —volvió a decir para luego sonreír de lado y besar mi mejilla con lentitud.

Abrí mis ojos, la luz me molestaba. Observé la habitación desconocida y supe que estaba en un hospital. Mi mirada fue a la pierna enyesada y levantada con un arnés. Me moví intentando acomodar mi cuerpo, estaba claramente sedada porque no sentía nada de dolor. Toqué el cuello ortopédico de goma espuma, una puntada en mi cabeza se hizo presente cuando me volví a mover. Mis brazos estaban lastimados y golpeados. Recordé lo último: las rocas, las olas y Shep intentando salir de la rompiente.

—Sí, por favor, revisión en la 8 —dijo una mujer al entrar por la puerta. Al verme sonrió. Llevaba un delantal blanco y un rodete tirante un poco más arriba de su nuca.

—Adelina, te has despertado —dijo caminando hacia mí—. Tu familia está realmente preocupada... —comentó mientras anotaba algo en su libreta—. Vamos a revisarte —dijo mientras comenzaba a tocar mi brazo con delicadeza—. ¿Sientes algo? —preguntó, negué con la cabeza—. Te hemos dado una buena dosis de calmantes —comentó mientras me seguía revisando para anotar.

—¿Qué me ocurrió? —pregunté.

—Te has dado un buen golpe —dijo mientras utilizaba el estetoscopio—. Tienes una fractura en el fémur y otra en la rodilla. Tuviste una hemorragia interna que pudimos detener; tienes suerte de que tu cabeza no haya tenido ningún problema. No podrás surfear por un tiempo —dijo cuando terminó para luego mirarme.

Esperen, esperen, esperen. Mi garganta estaba cerrada.

—No quiero sonar dramática, pero... ¿podré caminar? —pregunté y ella hizo una mueca.

—Claro que podrás caminar, tienes mucho trabajo por delante para volver a tener movilidad. Pero no hay riesgos, te hemos tratado en cuanto llegaste y la operación fue exitosa —su voz era suave.

—Yo bailo... hace muchos años —dije en un intento de no derrumbarme.

—Podrás volver a bailar. Será una recuperación que precisa mucha voluntad y esfuerzo, pero

sé que lo lograrás y podrás bailar sin inconvenientes. —Supe que lo estaba haciendo para darme tranquilidad—. Aun así, hay riesgos y... como siempre, tengo que decir que la posibilidad de que tu pierna no vuelva a ser la misma siempre existe, Adelina —comentó—. Si te parece bien, dejaré pasar a tu familia —comentó. Asentí sintiendo mis ojos llenarse de lágrimas. La mujer me dejó sola y mis lágrimas cayeron.

Observé el techo sin poder creer que me encontraba allí, prácticamente con la mitad de mi cuerpo hecho pedazos.

—¡Adelina! —Mi madre entró con las manos abiertas y los ojos llorosos—. Mírate —llevó sus manos a su boca tapándose. Atrás de ella, de mi padre y Marcos, que también me veían con los rostros serios y apagados.

—Mamá —susurré con lágrimas en los ojos, ella se acercó a mí y acarició mi mejilla.

—Santa mierda —habló Marcos.

—Lenguaje, Marcos —lo reprendió mi padre prácticamente sin mirarlo; él negó con la cabeza mirándome.

—¿Cómo te sientes, cariño? —preguntó mi madre ya a mi lado.

—No siento nada, pero sé que me veo como la mierda... —susurré mirándolos mientras caían lágrimas de mis ojos.

—¡Ah! A ella no le dices «lenguaje»... —comentó Marcos. Mi padre simplemente lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo puede ser que te arriesgaras así? Sabíamos que Shep no cuidaría de ti, ese chico es un temerario.

—Shep no tiene nada que ver, mamá —lo defendí.

—Marcos nos contó todo lo ocurrido, cariño. No dejaremos que él se acerque a ti —dijo mi padre. ¿Qué? Marcos de seguro había dicho cualquier cosa.

—¿De qué hablan? —pregunté—. Fue mi culpa, yo lo obligué a ir a esa playa —dije intentando acomodarme, pero mi cuerpo dolía.

—Tranquila —dijo mi madre asustada.

—Los Soriano ya están lejos. Ellos ya cumplieron una etapa con nosotros —dijo agarrando mi mano.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —pregunté sin entender absolutamente nada.

—Nada, cariño. Luego hablamos... —comentó acariciando mi mano.

—¿Dónde está Shep? —pregunté intentando sacarme el cuello ortopédico, pero mis padres me detuvieron.

—Bien, ya está estable en su casa —dijo mi madre claramente sin querer hablar del tema—. Es todo lo que sabemos. —Se encogió de hombros sin más. Observé a Marcos que me veía desde la punta de la habitación, sus ojos estaban fijos en mí; sabía que él había mentado sobre lo ocurrido.

Iba a ser imposible hablar con mis padres ahora, debía calmarme y procesar. Calmarme y procesar...

Capítulo 9

—Con cuidado —le dije a Terra que me llevaba en la silla de ruedas.

—Lo sé, lo sé. Pero León no podrá despistar a tus padres por tanto tiempo, suben continuamente a ver cómo estás —dijo mi amiga con ansiedad.

Habíamos vuelto a la casa, mis padres estaban intentando encontrar la forma más rápida de volver a Buenos Aires y poder continuar allí mi tratamiento.

No había sabido nada de los Soriano; según mis padres, ya se habían ido, pero sabía por los mellizos que era mentira. Se irían esa noche.

—Allí, en el auto —dijo mi amiga.

El *jeep* turquesa se acercó hacia nosotras y frenó. El primero en bajar fue Peter desde el asiento del conductor para luego dar la vuelta y abrir la puerta del copiloto. Shep salió con dificultad dejando ver su brazo enyesado; estaba lleno de hematomas y lastimaduras, más de las que ya tenía la última vez que nos habíamos visto. Los dos chicos caminaron hacia mí.

—Es provisoria —dije por la silla de ruedas. Peter largó el aire.

—Madre santa, Adelina. Pensé que no volverías a caminar —dijo este; luego de un silencio corto se dispuso nuevamente a hablar—. Tuviste que haber visto tu cuerpo golpearse contra las rocas —dijo pasando una mano por su cabeza afeitada—. Y Shep... madre santa... —Sus ojos estaban como platos, como si recordar las imágenes lo asustaran.

Shep puso una mano en el hombro de su amigo y le hizo una seña con la cabeza, este asintió.

—Les daremos un poco de privacidad —comentó mirando a Terra. Luego de unos segundos, salieron de la escena. Shep me observó, su rostro estaba serio.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Cuando los calmantes pasan, el dolor es insoportable. Pero mientras tanto... estoy flotando en una nube —bromeé y él sonrió de lado.

Se agachó con algo de dificultad frente a mí; supuse que él estaría golpeado también, según lo que me había dicho León, aparte de destrozarse el hombro, se había partido una costilla.

—Lo que pasó fue una mierda —susurró y pude ver tristeza en sus ojos—. Y ahora nuestras familias están en guerra —dijo.

—Todavía no entiendo qué está pasando allí —comenté confundida. Mis padres ahora parecían estar completamente en contra de los Soriano, como si fuesen escoria.

—No sé cómo ocurrió... Marcos dio una versión errónea de lo que pasó y Axel lo avaló —relató.

—¿Y eso qué importa? ¿Crees que ellos le creerán a Marcos y Axel? —pregunté confundida.

—Tu familia piensa que tengo la culpa y la mía me defiende... —susurró—. Es fácil, Lina.

—Le dije a mis padres que no tienes la culpa, pero no me escuchan —dije frunciendo el ceño. Acaricié su mejilla y él cerró los ojos. Por un segundo volví a mi sueño en el que ambos estábamos en una playa desierta y él estaba solo para mí y mis caricias. El silencio entre ambos se prolongó y la tensión fue creciendo.

—Yo... —suspiró—. Fue horrible ver cómo caías a las rocas, Lina. Tú no entiendes... —

susurró mirándome con los ojos aterrados y la voz temblando—. Tú... tú no tienes idea —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas—. No vuelvas a hacer esa mierda. No tienes nada que demostrar... pensé que te perdía —dijo y volví a acariciar su mejilla en un intento de calmarlo, él cerró sus ojos por unos segundos.

Shep no era la clase de chico que se mostraba vulnerable, así que verlo así era realmente doloroso.

—Lo lamento, fui demasiado lejos —le dije sintiendo su piel fría, él abrió los ojos y vi que las lágrimas seguían en ellos.

—Sí, fuiste demasiado lejos —susurró ahora con un tinte de molestia—. No puedo pasar de vuelta por eso... yo... no... no puedo —comentó con la voz quebrada y me di cuenta de que yo también estaba llorando.

—Ya está, no volverá a pasar —susurré inclinando mi cuerpo hacia él, me quejé del dolor.

Shep miraba levemente hacia abajo evitando mi mirada; yo tenía mi mano todavía en su mejilla.

—No estoy preparado para esto, Lina —susurró mirándome. Pasé mi mano barriendo una lágrima de su mejilla—. Nadadora, no estoy listo para esto. No después de ver cómo te golpeabas contra las rocas... necesito tiempo. Lo siento —dijo volviendo a esquivar mi mirada.

—No. Espera, Shep. No entiendo... —dije buscando su mirada—. Estaba todo bien hace tan solo horas, tuvimos un accidente. Está bien, esto pasa. Los dos estamos chamuscados, pero vivos y bien. Ahora que las vacaciones terminaron, tal vez podamos empezar una verdadera relación —dije y él me miró. Sus ojos marrones eran realmente hermosos—. Siendo más que amigos —finalicé.

—No, es que no lo entiendes —susurró como si fuera para sí mismo—. Estoy hecho mierda, Lina —susurró mirándome; otra lágrima cayó por su mejilla—. No puedo estar contigo, no ahora. No estoy listo —habló y mi mano cayó como si su piel quemara—. Nosotros nos iremos hoy a la noche, mis padres quieren irse con urgencia... Un médico conocido de mi familia quiere verme —dijo todavía sin mirarme.

—Así que te escapas... —Él levantó la mirada.

—¿De qué? ¿De esta relación? Lina, todavía no empezamos nada y ya se acerca una puta guerra. No es el momento, no estoy preparado mentalmente para vivir todo esto. Verte a ti... caer... fue una imagen realmente fuerte. Mucho más fuerte que ver a Valentín salir por el vidrio del auto —dijo intensamente—. Y me di cuenta de que tal vez... todavía no terminé el duelo —comentó—. Me sentí tan débil viéndote caer, tan... desesperado —susurró mirando hacia el piso como si volver a recordar lo lastimara.

—Entonces, ¿quieres terminar todo porque te da miedo perderme? —pregunté frunciendo el ceño e intentando entender.

—Sí... supongo que sí —dijo mirándome fijamente.

—Te das cuenta de que con esto me estás perdiendo, ¿no? Tú me apoyaste al meterme a surfear esas solas. Los dos somos responsables. —Él negó con la cabeza y se paró como si no quisiera escuchar—. ¿Qué fue esto para ti? ¿Un amor de verano? —pregunté mirándolo, él me observó dolido sin contestar—. Así que simplemente fui un puto arenero para tus hormonas veraniegas... —dije sintiendo cómo mi ira comenzaba a crecer—. ¿Sabes? A diferencia de lo que piensan los demás, eres un cobarde —susurré mirándolo a los ojos—. Tú no eres ningún héroe, eres un cobarde. Haces como si tuvieses todo bajo control, pero es lo contrario. No tienes ni mierda; te mantienes alejado de todos con esa fachada de que nada te importa solo porque estás

tan lastimado como para dejar a alguien entrar a tu vida —dijo y las lágrimas cayeron por mis mejillas.

—Realmente te quiero, Lina... en serio... te —dijo volviéndose a agachar en un intento de acariciar mi mejilla, pero corrí su mano haciendo que mi pierna doliera.

—Está bien —le dije todavía con el dolor corriendo por mi cuerpo—. No te quiero volver a ver nunca más. Vete ahora. —Intenté calmar el dolor de mi pierna—. ¡VETE! ¿¡ACASO NO ME ESCUCHAS!?! ¡NO ERES NINGÚN HÉROE! —grité en un intento también de largar el dolor corporal que se unía al de mi corazón—. Simplemente, eres un chico que no sabe a dónde va, y que cree que está a salvo ocultándose detrás de un maldito apodo. —Peter y Terra aparecieron en la escena, Shep por su lado continuaba con lágrimas en los ojos sin decir nada, solo observándome, como si quisiera decir algo que no le salía.

—Vamos, amigo, tu familia te debe estar esperando —le dijo suave Peter en un intento de sacar de la escena al castaño.

—¿Quieres irte? —me preguntó Terra.

—Sí —contesté mirando a Shep que tenía la mirada en la mía—. No tengo nada más que hacer aquí, es momento de volver —susurré mirando hacia otro lado.

—Nos vemos, chicos —saludó Terra dando vuelta la silla y comenzando a caminar. Podía sentir cómo me alejaba de un Shep que no se movía, que solo me veía ir, y que en realidad no era lo suficientemente valiente como para pelear por mí.

—¿Cómo te va con el reposo? —preguntó Terra frente a mí. Hacía un mes que no la veía luego de haber terminado nuestras vacaciones, sabía que ella había estado algo ocupada preparando el inicio de las clases en la universidad.

—Doloroso, tedioso y molesto —contesté luego de darle un bocado a mi hamburguesa.

Hacía un mes del accidente, hacía un mes que habían terminado las vacaciones, hacía un mes en el que... tantas cosas eran diferentes ahora.

—¿Qué dicen los médicos? —preguntó mirándome con la bebida en la mano.

—Que hay que esperar a ver cómo evoluciona la pierna para luego empezar la rehabilitación —contesté.

—Te noto extremadamente... gris —dijo mirándome con pena. El accidente me había quitado varias cosas; no podía bailar y eso me estaba llevando a la locura.

—Me siento gris —susurré distraída con una papa frita en la mano—. Pero los médicos dicen que es normal —comenté.

—Sabes que no es el fin, ¿no? Esto es pasajero, la pierna se curará y todo volverá a la normalidad —dijo Terra en un intento de calmar el ambiente. La observé—. Está bien, tal vez no a la normalidad. Pero... volverá a ser tu vida cotidiana, ya verás.

—Lo dices tan segura que siento que debo creerte —dije agarrando una papa frita.

—Lo digo en serio. Recuerdo que cuando éramos chicos, León se quebró los dos brazos corriendo a un perro de la calle; en un intento por agarrarlo con su patineta se cayó de cara al piso —dijo luego de masticar—. Todos debíamos ayudarlo para casi todo. Y tú conoces a mi hermano... Hubo un momento en el que incluso había dejado de hablar. Solamente se sentaba por un largo rato y miraba a la nada —comentó. Era algo muy propio de León—. Aún más de lo que ya lo hacía —dijo riendo—. Cuando le pregunté qué le ocurría, si estaba triste por lo que había pasado... él simplemente me contestó que estaba aprovechando el tiempo para aprender —dijo

encogiéndose de hombros—. Para estar con él mismo y aprender de lo que le había ocurrido, y así también ver cómo el resto se comportaba ante una crisis... —relató—. Tenía trece malditos años, Lina. Y ese hijo de puta ya sabía el secreto de la vida —comentó riendo.

—Lo sé, pero yo no tengo la paciencia de León. Estoy harta de estar sentada o acostada esperando ¿qué? Que se me arregle la maldita pierna. Es como cuando te engripas... estás acostado en tu cama sin poder respirar porque tienes la nariz tapada y comienzas a valorar poder respirar bien —dije y ella carcajeó—. Quiero ir por un maldito vaso de agua sin tener que pedirle a alguien. Quiero escuchar una canción y bailar... —comenté frustrada. Y solo iba un mes.

—Esto pasará, Lina. Cuando quieras darte cuenta, ya habrá pasado y habrás aprendido todo lo que este accidente trajo para enseñarte —comentó agarrando mi mano por arriba de la mesa. Seguimos comiendo en silencio—. ¿Él... no te habló? —preguntó con voz medida, negué con la cabeza. Sabía perfectamente a quién se refería.

—Primero no quise contactarlo pero luego lo hice y él no contestó mis mensajes ni mis llamadas. Y mis padres no quieren saber nada de los Soriano... así que estos últimos días simplemente dejé de intentarlo —dije encogiéndome de hombros—. Es como si la puta tierra los hubiese tragado —hablé algo dolida. Luego de lo ocurrido con la pierna, pasaba mucho tiempo encerrada en mi cuarto o en el médico, realmente me sentía sola y mi cabeza solo podía volver a los últimos momentos en los que había sido completamente feliz. El problema de eso era que en la mayoría de esos recuerdos... estaba Shep. Con su maldita sonrisa, carisma y dulzura.

—Tal vez fue lo mejor... —comenté algo distraída.

—¿Cómo? —preguntó mi amiga.

—Él se fue cuando las cosas se pusieron difíciles... está bien. Es mejor darme cuenta ahora del tipo de chico que es... y no haberme dado cuenta más tarde... —dije encogiéndome de hombros.

—No entiendo —dijo frunciendo el ceño.

—No es tan difícil de entender, Terra —comenté con la voz ácida—. Mi cuerpo golpeó contra unas rocas y él se asustó. Eso hizo que desapareciera... como el cobarde que es. Es como si nunca lo hubiese conocido, como si la imagen de héroe que hay a su alrededor no fuese más que una mentira —susurré algo perdida—. Él simplemente me dio la espalda...

—No, lo que no entiendo es que... Lo conoces desde hace años, Lina. Por Dios, lo conocemos desde que somos niñas —corrigió—. Todavía no comprendo qué ocurrió con él. A mí tampoco me contesta las llamadas, pero sé que habló con León. Solo unos minutos por teléfono. Le dijo que estaba muy ocupado... y no sé qué más... no me quiso contar toda la conversación —comenté algo molesta. León, cuando quería, podía ser reservado—. Nunca me hubiese imaginado algo así de Shep... —dijo mirándome con pena—. Y menos contigo, siempre te trató con tanto amor, como si fueses la única persona con la que realmente le interesara pasar el tiempo —dijo levantando un hombro. De pronto tuve ganas de llorar.

—La gente cambia y las circunstancias hacen que las personas muestren su verdadero rostro —dije en un susurro ahogado—. Para mi sorpresa, Axel sí me mandó algunos mensajes —comenté luego de un rato como quien no quiere la cosa. Mi amiga se sorprendió.

—¿En serio? —preguntó y asentí—. ¿Qué decían?

—Cosas triviales —me encogí de hombros bebiendo un poco de mi Sprite—. Que cómo estaba, si necesitaba algo, que sentía que todo hubiera terminado así... blablablá —dije mirando a mi amiga que seguía algo sorprendida.

—Mira que es un cabrón, pero... tiene corazón. Por lo menos, contigo —dijo sonriendo—. Le

dio miedo, Lina —dijo con voz suave y supe que volvía a hablar de Shep.

—A todos nos da miedo algo, él lo sabe. Siempre enfrentó todos sus miedos y esa era una de las cosas que más valoraba de él —contesté—. Pero esto... es cobardía, no miedo —dije dura. Estaba enojada, era claro.

Había pasado por las clásicas etapas: decepción, angustia, arrepentimiento y ahora venía la ira. Tarde o temprano vendría la aceptación y esa sería mi puerta de liberación o, por lo menos, eso me repetía continuamente.

—No me interesa hablar de él —suspiré—. Cuéntame cómo va la universidad... —pregunté en un intento de cambiar de tema.

—Interesante —dijo sonriendo—. No lo sé, no estoy segura de si quiero seguir arquitectura. Pero igual así, me gusta mucho el ambiente, creo que es muy diferente al instituto —comentó.

—No veo la hora de terminar el instituto... —suspiré. Por el momento estaba haciendo las clases desde mi casa con un tutor especial que había asignado el colegio.

—¡Ah! Es verdad que eres una pequeña ardilla que todavía no lo terminó —comentó divertida. Me reí por las ocurrencias de Terra, ella siempre lograba sacarme una sonrisa... De alguna extraña manera, siempre lo lograba.

—¿Estás cómoda? —preguntó mi padre mientras terminaba de ayudarme a acostarme en la cama.

Odiaba necesitar ayuda para todo. Durante los últimos años me había manejado de forma cada vez más independiente; ahora, tener que depender de alguien para cada paso era equivalente a estar en el puto infierno sintiendo cómo los mismísimos demonios me pinchaban el trasero.

—Sí, papá. Gracias —le dije sintiendo ganas de llorar por estar así. Observé mi pierna completamente enyesada. Dolía siempre que hacía un movimiento, por más pequeño que fuera.

—¿Te encuentras bien? —preguntó acariciando mi mejilla agachado a un lado de la cama.

—He estado mejor —contesté evitando su mirada, simplemente porque podía sentir un nudo formarse en mi garganta—. Papá, ¿te puedo preguntar algo? —dije de repente y él asintió—. El día del accidente, tú me dijiste que pensara en dejar el surf, que una mujer no tenía futuro en ese deporte y que... no era del todo buena —recordé. Mi padre respiró hondo por unos segundos cerrando los ojos.

—No quise decir eso, Lina. Estaba asustado y lo que dije estuvo fuera de lugar. El mundo está cambiando y a los mayores a veces nos cuesta aceptar que estamos equivocados —dijo—. Cuando sacaron a esa joven del agua... me asusté mucho y, por un segundo, te vi allí —confesó.

—Fui a *La Pepita* a probar algo, papá. A probar que era buena en algo que me apasionaba —dije y él negó con la cabeza—. Y fallé —mi voz se quebró.

—No, cariño. No fallaste. Eres tenaz y audaz —dijo acariciando mi cabello—. Desde pequeña, que ibas con esa tabla de barrenar y entrabas al agua sin miedo. Te revolcaba una ola y hasta se te partía la tabla y tú seguías intentándolo. Eres extremadamente talentosa —susurró— y no dudo de que cuando te repongas vas a volver al agua y a demostrarle a todos que eres la mejor; le patearás el trasero a cualquier idiota que intente decir lo contrario. Incluso si ese idiota soy yo... Lo lamento, cariño. Pero a veces nosotros, los padres, también nos asustamos... —dijo con una sonrisa de lado.

—Me hice papilla la pierna, papá. No creo volv... —dije pero no pude terminar.

—No, esa no es la Adelina que conozco. ¿Qué? ¿Dejarás que un golpe te pare? —preguntó. Las lágrimas cayeron por mi mejilla con lentitud—. Cariño, todo estará bien —me dijo luego de

un rato acariciando mi cabello—. Lo de la pierna pasará y está bien que estés triste —me dijo con suavidad—. ¿Quieres que te traiga algo? —preguntó. Negué con la cabeza, él me dio un beso en la frente—. Y, cariño, él no te merece —susurró. ¿Qué les había dicho Marcos?—. Si necesitas algo avísame, ¿sí? —Asentí y él apagó la luz de la habitación, dejando encendido el velador de la mesita de luz.

Pasaba tanto tiempo sola que ya no sabía realmente qué hacer. Ni siquiera tenía sueño por las noches, a veces por el dolor y a veces porque simplemente no había hecho nada constructivo en el día como para querer descansar. Observé mi habitación con lentitud hasta que mi mirada reparó en las tablas de surf apoyadas en una de las paredes; mi madre las había subido para guardarlas ya que no las podría usar durante un largo tiempo. Sentí cómo las lágrimas se juntaban en mis ojos; me tapé el rostro con las manos en un intento de calmar el llanto, pero era imposible. Mi respiración era entrecortada y la desesperación se había apoderado de mi cuerpo. Me senté en la cama sintiendo un dolor punzante proveniente de la pierna, pasé mis dedos por mi cabello tirándolo hacia atrás para calmarme. La presión en mi pecho y garganta eran insostenibles, era como si alguien me estuviese apretando justo allí. Observé nuevamente las tres tablas de surf apoyadas y las miré por un largo rato sin dejar de llorar.

Con determinación, salí de la cama. El doctor había dicho que no debía caminar y, que si lo hacía, era mejor que usara una silla de ruedas o que alguien me ayudara, pero este no sería el caso. Me quejé cuando el yeso tocó el piso sintiendo la electricidad pasar por mi cuerpo. Caminé sin dejar de llorar por el dolor, sintiendo cómo mi pierna se quejaba; algo dentro de mí estaba creciendo con fuerza. Agarré el bate de béisbol que Marcos había dejado hacía un tiempo para perseguirme, justo antes de irnos de vacaciones, y sentí todo mi cuerpo doler; claramente mi pierna estaba siendo la creadora del malestar.

Ya frente a las tablas algo impulsó a mi cuerpo a reaccionar; golpeé las tablas con el bate, sintiendo cómo el dolor de mi pierna se enardecía aún más. Solo había alguien en mi cabeza... y era él. Su sonrisa, sus hoyuelos, su dulzura, su manera de pensar y ayudar. ¡Era un maldito impostor! Grité completamente fuera de control mientras las tablas caían al piso y yo seguía golpeándolas.

—¡Lina! —Mis padres entraron de repente, asustados—. ¡¿Qué hacés parada?! —dijo mi padre mirándome con horror.

—No te acerques —le dije amenazándolo con el bate, completamente perdida.

—Adelina. Baja eso... necesitas volver a la cama —dijo mi madre en un intento de sonar suave.

—¿Qué ocurre? —Marcos algo adormilado apareció y observó la escena, su rostro se endureció.

—Q... quiero destruir estas tablas —dije mirándolos. Los tres me observaron con ojos grandes.

—Lina, no es necesario que hagas esto. Podemos tirarlas o donarlas... —volvió a hablar mi padre.

—Sí, cariño. O podemos guardarlas en el depósito para que vuelvas a usarlas más adelante —dijo mi madre en un intento de calmarme.

—¡No volveré a surfear! —grité y sentí la pierna latir del dolor—. ¡Manténganse al margen! —dije apuntándolos con el bate para luego comenzar a golpear nuevamente las tablas; no lograba partirlas, las lágrimas caían sin parar y los gritos seguían en un intento de apagar mi cabeza y el dolor corporal. Pero había algo peor que todo eso: el dolor de mi corazón. Un dolor que nunca

antes había sentido, tan intenso, que no había calmante que lo apaciguara.

Era imposible olvidarme de él. Porque no quería hacerlo.

Tantos años... nuestra amistad y nuestro amor eran difíciles de superar.

Unas manos se posaron en mis brazos por atrás deteniendo mi ataque. Mi padre me había agarrado y ahora estaba levantándose en un intento de retenerme.

—¡Suéltame! —grité tratando de zafarme. Mi cuerpo se quejó y grité del dolor en la pierna.

—Llamaré al médico —dijo mi madre saliendo de la habitación.

Mi padre me acostó en la cama intentando calmarme.

—Te estás haciendo mal, Lina —dijo mi padre tratando de mantenerme quieta.

El dolor de la pierna era insoportable, pero eso no me impidió tratar de soltarme.

—Por favor, Lina —susurró casi desesperado—. Deja de lastimarte. —Esas palabras llegaron a lo más profundo, quedé en posición fetal en mi cama con la respiración agitada y las lágrimas que seguían cayendo sin piedad.

Mi cuerpo temblaba y dolía. Demasiado. Mi mirada fue a Marcos, que todavía miraba la escena pasmado; mis ojos lo miraron fijo, él bajó la mirada para luego retirarse en completo silencio, como si solo fuera un espectador de mi vida.

—Todo estará bien... —volvió a susurrar mi padre al ver que me estaba calmando.

—¿Doctor Terrero? —se escuchó la voz de mi madre desde la otra habitación—. Lina tuvo una crisis... Sí... está bien. —Y todo quedó en silencio.

Mis lágrimas continuaron cayendo, pero el llanto cesó; estaba completamente fuera de mí, tanto que no noté cuando los paramédicos entraron a mi habitación para subirse a una camilla. Tenía la pierna destrozada una vez más.

Marcos volvió a aparecer con los ojos rojos, era la primera vez que lo veía llorar. Por lo menos, lo había conmovido.

Todo era un caos, hasta los vecinos habían salido por los gritos; me caían bien, lamentaba haberlos levantado. Todo se veía en cámara lenta. Me subieron a la ambulancia y cuando estaban a punto de cerrar las puertas lo vi.

Shep estaba parado a unos pasos, en la mitad de la calle, mirándome. Dejé que cerraran las puertas, dejé que él quedara afuera y no dije nada al respecto. Los paramédicos me hablaban y me inyectaron algo. De seguro, un calmante.

Pero había un lugar al que ningún calmante alcanzaría.

Un corazón roto no tiene cura. Parece un lugar común, una frase cursi y estúpida, que nadie al que no le haya pasado entendería.

Había sido un amor largo que había crecido con los años; una amistad fuerte y una relación intensa pero mi mente no dejaba de repetir una frase... que, tal vez... este había sido tan solo un amor de verano.

Agradecimientos

Tengo una lista larga de personas a las que quiero agradecer y me sorprende pensar que son casi las mismas que me acompañan desde que comencé a publicar.

A mi mamá María Laura y a mi papá Osvaldo. Gracias por ayudarme a destrabarme cuando me quedaba en blanco; con una palabra, logran abrirme la cabeza. Los amo, son mi lugar seguro.

A Teo Scoufalos, la editora de este libro, que me tuvo toda la paciencia del mundo mientras atravesaba un embarazo.

A Majo Ferrari, también de la editorial; estoy eternamente agradecida por darme la oportunidad de seguir escribiendo y publicando. Ella fue la creadora de la temática de este libro y, apenas me propuso la idea, me fascinó. Gracias, Majo, por confiar en mí todos estos años.

Y, por último, a los lectores, que espero me acompañen en esta nueva etapa. Es algo diferente a lo que están acostumbrados y a lo que yo también estoy acostumbrada... espero que les guste.

¡Gracias!

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

